

D O S A Ñ O S D E
V A C A C I O N E S

J U L I O V E R N E

DOS AÑOS DE VACACIONES



DOS AÑOS DE VACACIONES.

PRÓLOGO

Muchos Robinsones han despertado ya la curiosidad de nuestros jóvenes lectores. Daniel de Foë, en su inmortal *Robinson Crusóe*, ha puesto en escena al hombre solo; Wyss, en su *Robinson Suizo*, a la familia; Cooper, en *El Cráter*, a una sociedad con sus múltiples elementos, y yo en *La Isla Misteriosa* he presentado a algunos sabios luchando con las necesidades de su penosísima situación.

Se ha escrito también *El Robinson de doce años*, *El Robinson de los hielos*, *El Robinson de las niñas*, y otros; pero con ser tan grande el número de novelas que componen la serie de los *Robinsones*, no la considero completa, y he creído que para ello sería conveniente publicar un libro cuyos protagonistas fueran algunos jovencitos de ocho a trece años, abandonados en una isla, luchando por la vida en medio de las

contrariedades ocasionadas por la diferencia de nacionalidad; en una palabra, *un colegio de Robinsones*.

Verdad es que en *Un capitán de quince años* procuró demostrar lo que pueden el valor y la inteligencia de un niño enfrente de los peligros y de las dificultades de una responsabilidad muy grande para su edad; pero se me ha ocurrido después que si la enseñanza contenida en dicho libro ha de ser para muchos provechosa, se hacía necesario completarla.

He aquí los dos motivos que me han impulsado a escribir esta nueva obra, que me permito ofrecer al público bajo el título de: *Dos años de vacaciones*.

JULIO VERNE.

I

**La tempestad. -Un «schooner» desamparado.
-Cuatro muchachos en el puente del «Sloughi».
-La mesana hecha pedazos. -Visita en el interior
del yate. -El grumete medio ahogado. -Una ola
por la popa. -La tierra a través de las nieblas de
la madrugada. -El banco de arrecifes.**

Durante la noche del 9 de Marzo de 1860 las nubes, confundiéndose con el mar, no permitían a la vista extenderse más allá de algunas brazas en derredor.

En aquel mar furioso, cuyas olas se desplegaban dejando en pos de sí surcos lívidos y espumosos, un buque ligero huía casi sin velas.

Era un yate de cien toneladas, un *schooner*, como llaman a las goletas en Inglaterra y en América.

Este *schooner* se denominaba el *Sloughi*, nombre que se hubiera buscado en vano en el cuadro de popa, en atención a que había sido arrancado en parte por debajo del coronamiento, quizá por el huracán, tal vez por algún choque.

. Eran las once de la noche. Bajo la latitud en que se hallaba, y a principios de Marzo, éstas son bastante cortas. Los primeros albos no es dejarían ver hasta las cinco de la madrugada. ¿Pero serían acaso menores los peligros que amenazaban al *Sloughi* cuando el sol alumbrase el espacio? Tan débil nave ¿no estaría sin cesar, hasta destruirse, a merced de las olas, cada vez más embravecidas?

Seguramente que esto último acontecería, pues sólo la calma podría salvarla de un horroroso naufragio, cual lo es el que ocurre en medio del Océano, lejos de toda tierra, cuya presencia alienta siempre y hace muchas veces que algunos náufragos, reanimados por la esperanza, encuentren su salvación.

En la popa del *Sloughi*, y al lado del timón, se hallaban tres muchachos, uno de catorce años, otros dos de trece y un grumete de raza negra, que contaba apenas doce. Los pobres niños reunían sus fuerzas para impedir que las olas cogieran al *schooner*

por los costados, haciéndole perecer. Era un trabajo muy rudo, porque la rueda del gobernalle, dando vueltas a pesar de los esfuerzos que las pobres criaturas hacían para dominarla, podía de un momento a otro sobreponerse a ellos y lanzarlos al mar. Un poco antes de las doce arreciaron tanto las olas que batían el flanco del yate, que puede considerarse como un milagro que no se rompiera el timón. Los golpes de mar eran rudísimos, y uno de ellos, muy fuerte, derribó a nuestros pequeños marineros, si bien pudieron éstos levantarse casi en seguida.

-¿Sirve todavía el timón? preguntó uno de ellos.

-Sí, Gordon, respondió otro muchacho, llamado Briant, que, habiendo vuelto a ocupar su sitio, conservaba toda su sangre fría.

Luego, dirigiéndose al tercero, dijo:

-Agárrate fuerte, Doniphan, y procura no acobardarte. Tenemos que salvar a los demás.

Estas frases fueron dichas en inglés; mas por el acento de Briant dejábase conocer que era de origen francés.

Éste se volvió hacia el grumete, diciéndole:

-¿Estás herido, Mokó?

-No, señor Briant; pero procuremos mantener el buque dando la popa a las olas, si no queremos irnos a pique.

En este momento se abrió la escotilla que daba patio al salón del *schooner*, y dos cabecitas aparecieron al nivel del puente, oyéndose al mismo tiempo los ladridos de un perro, que no tardó en dejarse ver también.

-¡Briant!... ¡Briant!... exclamó un niño como de unos nueve años de edad: ¿qué sucede?

-Nada, Iverson, nada, replicó Briant. Bájate otra voz con Dole... ¡Pronto, muy pronto!...

-¡Es que tenemos mucho miedo! añadió el otro más pequeño.

-¿Y los demás?... preguntó Doniphan.

-¡Los demás también están asustados! replicó Dole.

-Vamos, volved abajo, dijo Briant; encerráos, tapáos la cabeza con la sábana, cerrad los ojos, y así no tendréis miedo. No hay peligro ninguno.

-¡Atención!... ¡Otra ola!... exclamó Mokó.

Y, en efecto, un violento choque se sintió en la popa; pero felizmente no embarco agua, porque si tal hubiera sucedido, la ruina sería completa, pues

penetrando el agua en el interior por la puerta de la escotilla, el yate no hubiera podido levantarse más.

-¡Volvéos adentro, con mil rayos! exclamó Gordon: ¡volvéos, si no queréis que os castigue!

-Vamos, niños, marcháos, volvió a repetir Briant con más dulzura.

Las dos cabecitas desaparecieron; mas en aquel momento, otro muchacho, que acababa de subir, preguntó:

-¿No nos necesitas, Briant?

-No: Baxter, Cross, Webb, Service, Wilcox y tú, quedáos con los pequeños. Bastamos aquí los cuatro.

Baxter volvió a cerrar por dentro.

-Los demás también tienen miedo, había dicho Dole, según recordarán nuestros lectores.

Pero ¿es que no había más que niños en aquel *schooner* llevado por el huracán? ¿Es que no existía ningún hombre a bordo, ni un capitán que mandara, ni un marino siquiera que ejecutara las maniobras, ni un timonel que gobernase en medio de aquella tormenta? ¡No, no había más que niños! ¿Y cuántos eran? Quince, contando a Gordon, Briant, Doniphan y el grumete que ya conocemos. ¡Y en

qué circunstancias se embarcaron y por qué se encontraban solos? Pronto lo sabremos.

Lo cierto es que, dado tal personal, no es de extrañar que nadie a bordo pudiese decir la posición exacta del *Sloughi* en medio de aquel Océano... ¡Y qué Océano! El más grande de todos, el Pacífico, que tiene dos mil leguas de anchura desde Australia y Nueva Zelandia hasta el litoral suramericano.

¿Qué había sucedido? ¿La tripulación varonil del yate habla desaparecido por efecto de alguna catástrofe? ¿Piratas de la Malasia se habían apoderado quizás de los marineros, no dejando a bordo más que unos cuantos niños entregados a sí mismos, no pasando el mayor de catorce años? Un buque de cien toneladas necesita, por lo menos, un Capitán, un contramaestre, cinco o seis hombres; y de ese personal, indispensable para maniobrar, no quedaba más que un grumete. Pero, en fin, ¿de dónde venía ese *schooner*? ¿De qué paraje austrolasiano, o de qué archipiélagos de Oceanía? ¿Desde cuánto tiempo estaba en el mar, y cuál era su rumbo? Seguramente que aquellos pobres niños podrían contestar a todas aquellas preguntas si hubieran encontrado algún navío y el capitán les preguntara el motivo de su aislamiento; mas por

desgracia no se divisaba ningún buque, ni siquiera de los transatlánticos, cuyos itinerarios se cruzan en los mares oceánicos, ni tampoco barcos del comercio, de vapor o veleros, que Europa y América mandan a centenares hacia los puertos del Pacífico. Y aunque uno de esos buques, tan potentes por su máquina o por su velamen, estuviera en aquellos parajes, le hubiese sido muy difícil socorrer al yate, ocupado él mismo en luchar con la tempestad.

Briant y sus compañeros procuraban, por todos los medios que estaban a su alcance, que el *schooner* no se tumbara por completo.

-¿Qué hacemos?... dijo Doniphan.

-¡Todo lo que sea posible para salvarnos, con la ayuda de Dios! respondió Briant con serenidad admirable, precisamente en momentos en que ciertamente aun el hombre de más energía hubiera conservado muy pocas esperanzas de salvación.

En efecto; la tempestad arreciaba y el huracán crecía en intensidad, amenazando a cada instante hundir la embarcación, privada hacía cuarenta y ocho horas de su palo mayor, que, roto a cuatro pies de altura por encima del puente, no permitía izar ninguna vela con que auxiliar el gobierno del buque. El palo mesana se sostenía aun, pero era de temer

cercano el momento en que, falto de los obenques, se cayera sobre el puente. Hacia la proa, el pequeño foque, hecho pedazos, era de tal modo agitado por el huracán, que sus sacudidas parecían detonaciones de armas de fuego. No quedaba ya más vela que la mesana, pronta a desgarrarse también, pues los pobres muchachos no hablan tenido la suficiente fuerza para quitar el último rizo, a fin de disminuir su superficie. Si aquella vela se rompía, sería ya imposible que el yate hiciera frente al viento, y las olas, cogiéndolo por los lados, lo tumbarían de seguro, yéndose irremisiblemente a pique, y sus pasajeros desaparecerían con él en el terrible abismo.

Hasta entonces, ni una isla, ni un continente se había visto al Este. Chocar con una costa es una eventualidad terrible, sin embargo, esos niños lo hubieran temido menos que a los furoros de aquel inmenso mar. Un litoral cualquiera, con sus escollos, sus rompientes, sus rocas incesantemente invadidas por la resaca, era preferible a ese Océano, pronto a abrirse bajo sus pies.

Así es que los pobres chicos miraban siempre al horizonte, esperando ver alguna luz que los guiase. ¡Vana esperanza!

De repente, hacia la una de la madrugada, un ruido espantoso dominó el silbido del huracán.

-¡El palo de mesana se ha roto!... exclamó Doniphan.

-No, respondió el grumete. Es la vela, que se ha soltado de las relingas.

-Es menester arrancarla, dijo Briant. Gordon, ponte en el timón con Doniphan; y tú, Mokó, ven a ayudarme.

El negrito, siendo grumete, tenía algunas nociones de náutica, de las que no carecía tampoco Briant, por haber atravesado ya el Atlántico y el Pacífico cuando hizo el viaje de Europa a Oceanía, habiéndose familiarizado algún tanto con las maniobras. Esto explica el por qué los demás, que no sabían nada de eso, habían confiado a Briant y a Mokó el cuidado de dirigir el *schooner*.

En un instante, ambos muchachos corrieron valerosos hacia la proa, pues era menester a toda costa desembarazarse de la mesana para evitar que el buque cayera de costado; porque si esto hubiese sucedido, sería de todo punto imposible levantarlo, a manos que no cortasen por completo el palo después de quitarle los obenques metálicos, trabajo

que no podían ejecutar los infantiles tripulantes del yate.

En tales condiciones, Briant y Mokó dieron pruebas de una notable destreza. Resueltos a conservar todo el velamen posible para tener el *Sloughi* en posición de recibir el viento por la popa mientras durase la borrasca, consiguieron largar la driza de la verga, que cayó a cuatro o cinco pies del puente. Los jirones de la mesana, cortados con un cuchillo por su parte inferior y sujetos por algunas abrazaderas, fueron amarrados a los cabos del empavesado, no sin que ambos intrépidos muchachos se vieran a punto de ser arrastrados por las olas.

Con este reducido velamen el buque pudo conservar la dirección que ya seguía desde tanto tiempo, dando su casco bastante presa al viento para que corriese con la velocidad de un torpedero. Lo que importaba sobre todo era librarse de las olas, huyendo con rapidez, para evitar que algún golpe de mar saltase por encima del buque. Esto hecho, Briant y Mokó se reunieron a Gordon y a Doniphan para ayudarles a gobernar.

La puerta de la escotilla se abrió en aquel momento por segunda vez, y dejóse ver una cara

infantil. Era Santiago, hermano de Briant, con tres años menos de edad que él.

-¿Qué quieres, Santiago? le preguntó el mayor.

-¡Ven... ven!... respondió el niño. ¡Hay agua hasta en el salón!

-¡Es posible! exclamó Briant.

Y precipitándose por la escalera, la bajó casi de un salto.

-El salón estaba débilmente alumbrado por una lámpara, que el vaivén del buque balanceaba con violencia. Esta luz permitía distinguir a una docena de niños tendidos en los divanes o en las camitas del *Sloughi*. Los más pequeños (los había de ocho y nueve años), apretados unos contra otros, estaban llenos de espanto.

-¡No hay peligro! les dijo Briant, queriendo tranquilizarlos. ¡Estamos nosotros aquí!... ¡No tengáis miedo!...

Entonces, bajando hasta el suelo un farol que tenía en la mano, vio que cierta porción de agua corría de un lado a otro del yate.

¿De dónde era aquella agua? ¿Había penetrado por alguna grieta? Esto era preciso averiguar.

Contiguo al salón se encontraba una gran cámara, luego el comedor, y después la habitación de los tripulantes.



Urmas y otros, en una de las cámaras de la gran cámara.

Briant recorrió dichos departamentos y observó que el agua no penetraba ni por encima ni por

debajo de la línea de flotación. Esta agua, despedida hacia popa por la inclinación del buque, provenía de las olas que entraban por la proa, y filtraba por las rendijas de la toldilla del puesto de la tripulación. No había que temer ningún peligro por aquel lado.

Briant tranquilizó a sus compañeros cuando volvió a pasar por el salón, y un poco menos inquieto, ocupó de nuevo su sitio en el timón. El *schooner*, sólidamente construido, forrado con buenas planchas de cobre, no podía hacer agua y estaba en estado de resistir el embate de las olas.

Sería como la una de la mañana. En aquel momento la noche era cada vez más oscura por el espesor de las nubes; la borrasca se desencadenaba con atronadora violencia, y el yate navegaba con sin igual velocidad, saludado por las gaviotas con gritos agudos que rasgaban los aires. La presencia de estas aves ¿era señal de que la tierra se hallaba cerca? No, porque se las encuentra a veces a varios centenares de leguas de la costa. Además, impotentes para luchar contra la corriente aérea, esos pájaros, que sienten placer en medio de las tormentas, la seguían como el *schooner*, al que ninguna fuerza humana hubiera podido detener.

Una hora más tarde lo que quedaba de la mesana acabó de desgarrarse, esparciéndose por el espacio.

-¡Ya no tenemos velas!, exclamó Doniphan, y es imposible colocar ninguna otra.

-¡Qué importa! respondió Briant; no por eso navegaremos con menos velocidad.

-¡Vaya una contestación! replicó Doniphan: ¡si éste es tu modo de maniobrar!...

-¡Cuidado con las olas, que amenazan por la popa! Es necesario atarnos, si no queremos que nos arrastren, dijo Mokó.

Apenas había concluido el grumete de pronunciar estas palabras, cuando un gran golpe de agua cayó encima del puente. Briant, Doniphan y Gordon fueron despedidos contra la toldilla a la que se agarraron; pero el pobre Mokó había desaparecido en aquella masa líquida, que barrió toda la cubierta del *Sloughi*, arrastrando parte de la obra muerta, dos canoas, una chalupa, algunos otros objetos y la cubierta de la brújula. Sin embargo como parte de la obra muerta había sido levantada por el golpe, el agua, saliendo por allí, salvó el yate del peligro de zozobrar bajo el peso de aquella enorme carga.

-¡Mokó!... ¡Mokó! exclamó Briant, cuando pudo hablar.



Briant estaba... ¡que se cayó en el mar por culpa de un árbol de la zona de las rocas.

-¿Se habrá caído al mar? preguntó Doniphan.

-No, pues no se lo ve... dijo Gordon, que registraba con la vista las aguas.

-Es preciso salvarlo... Echemos una cuerda por si acaso, respondió Briant.

-Y con una voz que retumbó con fuerza, gritó de nuevo:

-¡Mokó!... ¡Mokó!...

-¡Aquí!... ¡Aquí!... respondió el grumete.

-No está en el agua, de seguro, dijo Gordon: su voz se oye hacia la proa.

-¡Salvémosle! exclamó Briant.

Y púsose a andar a gatas, evitando el choque de las garruchas desprendidas de las maromas, procurando no escurrirse, a causa del vaivén, sobre aquel puente resbaladizo.

La voz del grumete se dejó oír otra vez, y luego todo quedó en silencio.

Después de muchos esfuerzos, Briant llegó a la toldilla de la tripulación.

Llamó.

No obtuvo respuesta.

¿Sería que el mar se había llevado a Mokó después de su último grito? En este caso el desgraciado niño debía estar ya muy lejos, hacia atrás, porque el viento no había podido empujarle con tanta velocidad como al *schooner*.

Si así era, estaba perdido sin remedio.

Mas no: un nuevo grito, si bien más débil, llegó hasta Briant, e hizo que éste se precipitase hacia el

hueco del montante en que se empotraba el pie del bauprés. Allí, a tientas encontró un cuerpo que se movía... Era el grumete, cogido en el ángulo que formaba el empavesado uniéndose en la proa. Además, una driza que con sus esfuerzos apretaba cada vez más, le rodeaba la garganta, exponiéndose a morir estrangulado.

Viendo esto Briant, sacó su cuchillo y cortó, no sin mucho trabajo, la cuerda que molestaba al grumete.

Mokó fue llevado hacia la popa y cuando tuvo bastante fuerza para hablar, exclamó:

-¡Gracias, señor Briant, gracias!

Y volvió a colocarse en el timón, en donde los cuatro se amarraron para resistir a las enormes olas que amenazaban el *Sloughi*.

Al contrario de lo que había creído Briant, la velocidad del buque había disminuido algún tanto desde que había desaparecido la mesana, y esto constituía un nuevo peligro. En efecto; las olas, siendo más veloces que el yate, podían asaltarle por la popa y llenarle. ¿Qué más podían hacer? Era imposible aparejar la menor vela.

En el hemisferio austral, el mes de Marzo corresponde al mes de Septiembre en el boreal, y las noches tienen corta duración.

Eran ya las cuatro de la mañana; la luz del día no debía tardar en aparecer al Este, es decir, encima de aquella parte del Océano hacia la que la tempestad empujaba al yate. Puede ser que con la alborada la tormenta pierda en intensidad, o que se divise la tierra, y en ambos casos la suerte de esta tripulación de pequeñuelos se decida en algunos minutos.

A eso de las cuatro y media, alguna luz se dejó ver efectivamente; mas por desgracia, las nieblas limitaban el alcance de la vista a menos de un cuarto de milla. Las nubes corrían con una velocidad espantosa. El huracán no había perdido nada de su fuerza, y el mar desaparecía bajo la espuma de las olas al romperse. El *schooner*, tan pronto levantado en la cima de una ola como hundido, al parecer, en el fondo del abismo, hubiera zozobrado veinte veces si el viento le hubiese cogido por los costados.

Los cuatro muchachos miraban atónitos aquel caos, comprendiendo que si los furiosos elementos no se calmaban pronto, su situación era desesperada, pues materialmente imposible parecía que el *Sloughi*

resistiera aun veinticuatro horas la violencia de las olas, que indudablemente acabarían por desbaratarle.

Pero ¡oh alegría! en este mismo instante Mokó gritó:

-¡Tierra!... ¡Tierra!...

A través de la niebla el grumete creyó divisar al Este los contornos de una costa. ¿No se equivocaba? Nada más difícil de reconocer que esas vagas líneas que se confunden con tanta facilidad con pequeñas nubes.

-¿Tierra? preguntó Briant.

-Sí, replicó Mokó; tierra al Este.

E indicaba un punto del horizonte, si bien algo oculto por los vapores de la madrugada.

-¿Estás cierto de ello? preguntó Doniphan.

-¡Sí... sí... ciertísimo!... respondió el grumete. Si la niebla se despeja un poco, mirad bien allá... hacia la derecha del palo de mesana... ¡Mirad... mirad!...

La bruma, que empezaba a aclararse, remontándose a las zonas superiores, dejó que la vista se extendiera sobre el Océano en un espacio de varias millas delante del yate.

-¡Sí, es la tierra... la tierra!... exclamó Briant.

-¡Y una tierra muy baja! añadió Gordon, que acababa de observar con más atención el litoral.

Esta vez no había que dudarlo. Una tierra, continente o isla, se dibujaba a cinco o seis millas en una ancha parte del horizonte. Con la dirección que llevaba, y de la que la borrasca no le permitía apartarse, el *Sloughi* llegaría en menos de una hora; mas era de temer que se destrozara al llegar, sobre todo si las rompientes le detenían antes de abordar. Pero los pobres muchachos no pensaban en eso; esa tierra que tan inopinadamente se ofrecía a su vista, les parecía de segura salvación.

En aquel momento, el viento se puso a soplar con más violencia; el *Sloughi*, llevado como un pluma, sé precipitó hacia la costa, que se dibujaba como un rasgo de tinta negra sobre el fondo blancuzco del ciclo. Avanzando algo el buque, pudo observarse que en segundo término se elevaba un acantilado, cuya altura no excedería de ciento cincuenta a doscientos pies, y, en primer término se extendía una playa amarillenta, cerrada a la derecha por masas redondeadas que parecían pertenecer a algunos bosques del interior.

¡Ah! Si el *Sloughi* pudiera alcanzar esa playa arenosa sin encontrar arrecifes; si la embocadura de algún río les ofreciese un refugio seguro, tal vez los

infantiles pasajeros podrían llegar a tierra sanos y salvos.

Mientras que Doniphan, Gordon y Mokó se quedaban en el timón, Briant se fue a proa y miraba aquella tierra que se acercaba con mucha velocidad; pero buscaba en vano un sitio en que el yate pudiera abordar en condiciones favorables. No se veía ni una embocadura de río o de riachuelo, ni un banco de arena en el que se pudiera encallar sin peligro. Delante de la playa se desarrollaba a la vista una fila de rocas cuyas cimas negruzcas salían del agua más o menos, según la ondulación de las olas, sacudidas sin cesar por la resaca. Allí, de seguro, al primer choque el *Sloughi* se haría pedazos.

Briant tuvo entonces el pensamiento de que más valía que todos sus compañeros estuvieran sobre el puente en el momento en que el buque encallara, y abriendo la puerta de la escotilla, gritó:

-¡Arriba todo el mundo!

En seguida el perro se lanzó fuera, seguido de unos diez niños que se arrastraron hacia popa. Los más pequeños, viendo las olas, gritaban asustados.

Un momento antes de las seis de la mañana el *Sloughi* llegó al lado de las rompientes.

-¡Agarráos, agarráos! exclamó Briant.

Y medio despojado de sus vestidos, se aprestó a socorrer a los que la resaca arrastrase, porque seguramente que el yate iba a romperse contra los arrecifes. Sintióse una violenta sacudida; de repente el *Sloughi* dio un golpe con la popa, y aunque su casco es resintió algo, el agua no penetró en él.

Levantado por una segunda ola, fue despedido a unos cincuenta pies hacia adelante sin tocar a las rocas, cuyas puntas sobresalían por todos lados. Luego se inclinó a babor y quedó inmóvil en medio del hervor de las aguas.

Si no estaba ya en alta mar, le faltaba aun un cuarto de milla para llegar a la playa.

II

**En medio de la resaca. -Briant y Doniphan.
-Observación de la costa. -Preparativos de
salvación. -Disputa por la canoa. -Desde lo alto
de palo de mesana. -Valerosa tentativa de
Briant. -Efectos del reflejo.**

Libre ya de nieblas el espacio, la mirada podíase extender sin dificultad por un vasto radio en

derredor del *schooner*. Las nubes corrían siempre con extremada rapidez, y la borrasca no perdía nada de su furia; su misma violencia hacía esperar que acabase pronto, y que una calma bienhechora tranquilizase algún tanto a esos pobres niños que, apretándose unos con otros, debían creerse perdidos sin remedio cuando alguna gigantesca ola caía encima del puente, cubriéndolos de espuma. Los choques eran bastante rudos; el *schooner*, que no podía evitarlos, se estremecía hasta la quilla, pero no había, sin embargo, recibido gran daño al penetrar entre las rocas. Briant y Gordon bajaron a los camarotes, y asegurándose de que el buque no hacía agua por ninguna parte, tranquilizaron en cuanto les fue posible a sus compañeros, y sobre todo a los pequeños, diciéndoles:

-¡No tengáis miedo!... ¡El yate es muy sólido!... ¡La costa no está lejos!... Esperemos y procuremos llegar a la playa.

-¿Y por qué esperar? preguntó Doniphan.

-Sí: ¿por qué? añadió otro niño de unos doce años, llamado Wilcox. Doniphan tiene razón... ¿Por qué tenemos que esperar?

-Porque el mar está muy revuelto aun, y pereceríamos en medio de las rocas, respondió Briant.

-¿Y si el yate se abre? repuso un tercero, llamado Webb, y de la misma edad que Wilcox.

-No creo que esto esa de temor por ahora, replicó Briant; a lo menos, mientras bajo la marca. Después que haya bajado, y en tanto que nos lo permita el viento, nos ocuparemos del salvamento. Briant tenía razón. Aunque las marcas sean relativamente de poca consideración en el Océano Pacífico, pueden, sin embargo, producir una diferencia de nivel bastante importante entre la alta y la baja. Era, por consiguiente, una ventaja esperar algunas horas, y sobre todo si el viento disminuía; pudiendo suceder también que el reflujo dejara en seco parte de los arrecifes, lo que haría más fácil la travesía del cuarto de milla que aun separaba al *schooner* de la playa.

No obstante, por más que este consejo fuese bueno, Doniphan y otros dos o tres que no se hallaban con ánimos de seguirlo, se agruparon hacia la proa, hablando en voz baja, y se comprendía claramente que Doniphan, Wilcox, Webb y otro llamado Cross, no parecían dispuestos a entenderse

con Briant. Durante la larga travesía del *Sloughi*, si habían consentido en obedecerlo, era porque Briant, según hemos dicho ya, tenía costumbre de navegar y poseía algunos conocimientos de las maniobras; pero conservaban el pensamiento de recuperar su libertad de acción en cuanto tocaran tierra. Doniphan, especialmente, no pensaba someterse, porque se creía superior a todos sus compañeros en instrucción e inteligencia. Esta especie de envidia que experimentaba Doniphan respecto a Briant, tenía ya larga fecha, y además bastaba que este último fuese francés para que los demás, siendo ingleses, no quisieran ser por él dominados, siendo de temer, por lo tanto, que estas diferencias acrecentaran la gravedad de una situación de suyo embarazosa.

Sin embargo, Doniphan, Wilcox, Cross y Webb miraban el mar lleno de remolinos y surcado de corrientes contrarias, que no se podían atravesar sin graves peligros. El nadador más hábil no hubiese podido resistir la acción de la marea baja, que el viento cogía de través. El consejo de esperar algunas horas era justificado, y preciso fue que Doniphan y sus compañeros se rindiesen ante la evidencia,

yéndose otra vez hacia la popa, en donde estaban los demás.

Briant decía en aquel momento a Gordon y a algunos de los que le rodeaban:

-¡No nos separemos!... ¡Unámonos todos, o somos perdidos!...

-¡No pretenderás imponernos la ley! exclamó Doniphan que le oyó.

-Nada pretendo, respondió Briant, sino que es preciso que obremos con perfecto concierto para la salvación de todos.



Doniphan

-Briant tiene razón, añadió Gordon, muchacho frío y serio que no hablaba jamás sin reflexionar.

-¡Sí!... ¡Sí!... exclamaron algunos de los pequeños, a quienes un secreto instinto impulsaba a confiar en Briant.

Doniphan no replicó, pero sus compañeros y él persistieron en quedarse apartados de los demás, esperando la hora de proceder al salvamento.

Pero ¿qué tierra era aquella? ¿Perteneía a alguna de las islas del Pacífico, o a un continente? Esta cuestión no podía resolverse, porque estando el *Sloughi* demasiado cerca del litoral, no era dable la observación en un perímetro suficiente. Su concavidad, formando ancha bahía, terminaba en dos promontorios; uno bastante elevado y liso hacia el Norte, y el otro afilado en punta hacia el Sur. Pero más allá de ambos cabos, ¿seguiría o no el mar los contornos de una isla? Briant procuró en vano asegurarse de ello con ayuda de los anteojos que encontró a bordo.

En el caso de que esa tierra fuera una isla, ¿cómo sería posible abandonarla si no se podía volver a poner el buque a flote, pues la marea alta no tardaría en desbaratarle, arrastrándole por los arrecifes? Y si esa isla no estuviese habitada, cual acontece en alguna del Pacífico, ¿cómo esos niños abandonados a sí mismos y no teniendo más víveres que los existentes en el barco, proveerían a las necesidades de la existencia?

Si fuese continente, dado que no podría ser otro que el de la América del Sur, las probabilidades de salvación serían mayores, porque atravesando el territorio de Chile o de Bolivia, más pronto o más

tarde hallarían auxilios, si bien es verdad que en aquel litoral, cercano a las Pampas, muchos malos encuentros eran de temer.

Como el tiempo era bastante claro, dejábanse percibir todos los detalles de aquella tierra. Se distinguía perfectamente la playa, el acantilado que la rodeaba y algunos árboles agrupados en su base. Briant divisó también la embocadura de un río a la derecha de la ribera.



En suma; si el aspecto de aquella costa no tenía ningún atractivo, la fronda de aquellos árboles indicaba cierta fertilidad comparable con la de las zonas de la latitud media. No podía haber duda de que más allá del acantilado, y al abrigo de los vientos, la vegetación, encontrando un suelo más favorable, debía desarrollarse con más vigor.

En cuanto a habitantes, no parecía que los hubiese en aquella parte de la costa, pues no se veía ni casa ni choza alguna en la desembocadura del río. Los indígenas, si los hubiera, residían tal vez en el interior, en donde estaban menos expuestos a los crudos ataques de los vientos del Oeste.

-¡No veo ni el menor rastro de humo! dijo Briant bajando el antejo.

-¡Ninguna embarcación se ve en la playa! observó Mokó.

-¿Cómo es posible que las haya, puesto que no hay puerto? repuso Doniphan.

-El puerto no es necesario, replicó Gordon, pues las barcas de pescadores encuentran refugio en la entrada de los ríos; y si no vemos ninguna, quizás sea porque la tormenta las haya obligado a internarse.

La observación de Gordon era justa; mas cualesquiera que fuesen los motivos, la verdad es que no se divisaba ninguna embarcación, y que en realidad aquella parte del litoral parecía deshabitada. Pero en el caso de que nuestros jóvenes náufragos se viesen obligados a quedarse allí algunas semanas, ¿sería habitable? He aquí lo que debía sobre todo preocuparles.

Aun cuando la marea ciertamente se retiraba con mucha lentitud, porque el viento se lo impedía, como éste parecía calmarse algún tanto con tendencia a cambiar hacia el Noroeste, importaba mucho estar apercebidos y dispuestos para aprovechar el momento en que el banco de arrecifes ofreciese un paso practicable.

Eran cerca de las siete. Cada cual se ocupó en subir sobre el puente los objetos de primera necesidad, dejando lo demás para cuando el mar los empujase hacia la costa. Pequeños y grandes trabajaron todos con afán; y como a bordo había bastante provisión de conservas, galleta y carnes saladas y ahumadas, hicieron paquetes destinados a ser repartidos entre los mayores, quienes se encargarían de transportarlos a tierra.

Mas para que este transporte pudiera efectuarse, era preciso que los arrecifes estuvieran en seco. ¿Sucedería así durante la marea baja? ¿Bastaría el reflujó para dejar el paso libre hasta la playa?

Briant y Gordon fijaron toda su atención en el mar. Con el cambio de dirección del viento, la calma se acentuaba, y apaciguándose la resaca, permitía notar el decrecimiento de las aguas a lo largo de las puntas de las rocas. Este decrecimiento influía en el *schooner*, que se apoyaba más y más hacia babor, hasta el punto de temerse que, si su inclinación aumentaba, se tumbase por completo sobre el flanco, pues este yate, como todos los de gran marcha, era muy esbelto de formas, con las compuertas muy elevadas y la quilla de mucha altura.

En este caso, si el agua invadía el puente, la situación sería en extremo grave. Era muy de sentir que las chalupas hubiesen sido arrebatadas, como hemos visto, porque aquellas embarcaciones, bastante capaces para conducirlos a todos, les hubiera sido permitido llegar a la costa y transportar tantos objetos útiles que sería preciso dejar provisionalmente a bordo. Y si en la próxima noche el *Sloughi* se hiciera pedazos, ¿qué valdrían aquellos restos después que las olas los hubieran destrozado

entre las rocas? ¿Podrían aprovecharlos aun?
 ¿Nuestros jóvenes no se verían pronto reducidos a los únicos recursos que les ofreciera aquella tierra?

De repente se oyeron algunas exclamaciones hacia la proa; Baxter acababa de hallar una cosa que no carecía de importancia.

Una canoa que creían perdida se encontraba escondida entre el cordaje del bauprés. Aquella canoa no podía llevar más que cinco o seis personas; pero como estaba intacta, sería posible utilizarla en el caso en que no fuese dable pasar a pie seco.

Convenía, pues, esperar que la marea bajase por completo, y, sin embargo, una viva discusión se entabló entre los náufragos, discusión que tomó mayores proporciones entre Briant y Doniphan.

Este último, Wilcox, Webb y Cross, después de apoderarse de la canoa, preparábanse a lanzarla al mar, cuando Briant llegó a su lado.

-¿Qué vais a hacer? preguntó.

-¡Lo que nos convenga! respondió Wilcox.

-¿Vais a embarcaros en esa canoa?

-Sí, replicó Doniphan; y no serás tú quien nos lo impida.

-Te equivocas, repuso Briant; no sólo te lo impediré, sino que me ayudarán a estorbártelo los compañeros a quienes quieres abandonar.

-¡Abandonar!... dices. ¿Cómo lo sabes? Respondió Doniphan con arrogancia. Yo no quiero abandonar a nadie, ¿lo oyes? Mi plan es que tan luego como uno de nosotros llegue a la playa, vuelva con la canoa.

-¿Y si no puede volver? exclamó Briant conteniéndose con trabajo. ¿Y si se hace pedazos en las rocas?...

-¡Embarquémonos!... ¡Embarquémonos!... respondió Webb rechazando a Briant.

Y ayudado por Cross y Wilcox, levantó la lanchita para botarla al mar; pero Briant, cogiéndola por una de las puntas, dijo con energía:

-¡No embarcaréis!

-Eso lo veremos, respondió Doniphan.

-¡No, no embarcaréis! repitió Briant muy decidido a resistir en beneficio del común interés. La canoa debe reservarse para los más pequeños, por si acontece que en la baja mar queda demasiado agua y no puedan llegar a la playa.

-¡Déjanos en paz! exclamó Doniphan encolerizado. Te lo repito; no eres tú quien pueda impedirnos hacer lo que nos dé la gana.

-¡Y yo te digo por segunda vez que te lo impediré, Doniphan!

Ambos muchachos estaban a punto de llegar a las manos y la lucha hubiera sido general, porque cada uno de ellos tenía sus parciales. Wilcox, Webb y Cross estaban naturalmente de parte de Doniphan; mientras que Baxter, Service y Garnett se colocaron al lado de Briant. Las consecuencias de la colisión serían tristísimas.

Así lo comprendió Gordon, a quien, como de mayor edad que los otros, y también más dueño de sí, no se le ocultó lo trascendental de semejante proceder, y tuvo el buen sentido de interponerse en favor de Briant.

-Vamos, vamos, dijo; ten un poco de paciencia, Doniphan. Bien ves que el mar está aun demasiado picado, y que nos arriesgamos a perder la canoa.

-¡No quiero que Briant nos imponga la ley, como acostumbra de algún tiempo acá! respondió Doniphan.

-No pretendo imponérsela a nadie, repuso Briant, así como tampoco permitiré que la imponga nadie cuando se trate del interés de todos.

-Cada cual debe cuidarse de ello tanto como tú, replicó Doniphan. Y ahora que estamos en tierra...

-Desgraciadamente no es así todavía, respondió Gordon. Doniphan, no seas terco, y esperemos un momento favorable para servirnos de la canoa.

Muy oportuna, ahora como otras varias veces, fue la mediación de Gordon entre Doniphan y Briant, pues todos sus compañeros acataron su opinión.

La marea había bajado dos pies durante la disputa, y ya calmados los ánimos, surgió entre nuestros marineros la duda de si existiría algún canal entre las rocas, cosa que sería muy útil conocer.

Briant, creyendo que se daría mucho mejor cuenta de la posición de las rocas observando desde el palo de mesana, se dirigió a la proa, asiéndose a los obenques de estribor, a fuerza de puños se elevó hasta las barras.

Entre los arrecifes se veía un paso, cuya dirección señalaban las puntas de las rocas que sobresalían del agua por ambos lados, y juzgó que convendría seguir dicho paso para llegar a la playa,

embarcándose en la canoa; pero había aun demasiados remolinos en la superficie para que la ligera embarcación llegara sin tropiezo, y era de temor que, lanzada la barquilla sobre alguna punta de roca, se hiciese pedazos; valía, por lo tanto, más, esperar hasta ver si las aguas, en su completa retirada, dejaban un sitio practicable.

Desde lo alto de las barras, sobre las que estaba a caballo, Briant se puso a observar el litoral, y con ayuda del anteojo examinó toda la playa hasta el pie del acantilado.

La costa entre los dos promontorios, separados por una distancia de ocho o nueve millas, parecía completamente deshabitada.

Después de media hora de observación, Briant bajó a dar cuenta a sus compañeros de lo que había visto. Si Doniphan, Wilcox, Webb y Cross le escucharon sin hablar una palabra, no hizo lo mismo Gordon, que le preguntó:

-¿No eran las seis de la mañana cuando encalló el *Sloughi*?

-Sí, respondió Briant.

-¿Y cuánto tiempo se necesita para que baje la marea?

-Me parece que cinco horas. ¿No es así, Mokó?

-Sí, de cinco a seis horas, respondió el grumete.

-¿De modo que a las once será el momento favorable para llegar a la costa?

-Así lo he calculado, replicó Briant.

-Pues bien, prosiguió Gordon; preparémonos y tomemos algún alimento. Si nos vemos obligados a echarnos al agua, que sea a lo menos algunas horas después de haber comido.

Este era un buen consejo dado por aquel prudente muchacho, y aceptado por todos; se ocuparon en seguida del desayuno, compuesto de conservas y galletas. Briant cuidó mucho de los pequeños Jenkins, Iverson, Dole y Costar, quienes, con el carácter propio de su poca edad, empezaban a tranquilizarse, y comieron sin tasa, pues tenían mucha hambre, en atención a que no habían tomado casi ningún alimento en veinticuatro horas; y para que no les hiciese daño la comida, Briant les dio un poco de aguardiente con agua para ayudar la digestión.

Hecho esto, dejó a los pequeños y se fue a proa, poniéndose a observar los arrecifes.

¡Con cuánta lentitud se efectuaba el decrecimiento de las aguas! Se veía, sin embargo, que bajaba, puesto que la inclinación del yate se

acentuaba cada vez más. Mokó, echando una sonda, reconoció que había aun unos ocho pies de agua encima del banco. ¿Podían esperar que la marea baja lo dejara completamente seco? No lo creía así Mokó, y manifestó su parecer a Briant en voz baja, para no asustar a nadie.

Este último fue a hablar con Gordon respecto al particular: ambos comprendían sobradamente que el viento, si bien con tendencia a cambiar al Norte, impedía al mar que bajase tanto como en tiempo de calma.

-¿Qué partido hemos de tomar? preguntó Gordon.

-No sé... no sé, respondió Briant. ¡Qué desgracia es la de no saber...; la de no ser más que niños, cuando era preciso que fuéramos hombres!

-La necesidad nos instruirá, replicó Gordon. No desesperemos, Briant, y obremos con prudencia.

-Tengamos cuidado, Gordon. Si no abandonamos el *Sloughi* antes de la marea alta y tenemos que pasar aun una noche a bordo, estamos perdidos.

-Ciertamente, porque el yate se hará pedazos. Es preciso, pues, salir de aquí a todo trance...

-Tienes razón, Gordon.

-¿No sería posible construir una especie de balsa para ir y venir?

-He pensado en ello, respondió Briant; mas, por desgracia, los materiales faltan. Nos queda la canoa, de la que no podemos servirnos, porque el mar está muy fuerte. Lo que puede hacerse es llevar un cable a través de los arrecifes y amarrarle a la punta de una roca; tal vez por ese medio fuera posible llegar cerca de la playa.

-¿Quién llevará el cable?

-Yo, respondió Briant.

-¡Y yo te ayudaré!... dijo, Gordon.

-¡No, yo solo! replicó Briant.

-Sírvete de la canoa.

-Podría inutilizarse, Gordon; vale más conservarla como último recurso.

Antes de ejecutar su peligroso proyecto, quiso Briant tomar una útil precaución para hacer frente a cualquier eventualidad.

Como había a bordo algunos cinturones de salvamento, obligó a los niños a que se los pusiesen para el caso en que, teniendo que abandonar el buque, el agua estuviera demasiado profunda para sentar los pies en el suelo; este aparato los mantendría a flote, y los mayores los empujarían hacia la

orilla, sosteniéndose ellos mismos en el cable tendido.

Eran las diez y cuarto. Antes de cuarenta y cinco minutos la marea alcanzaría su mayor descenso. Ya no quedaban sino cuatro o cinco pies de agua; pero parecía que no bajaría más que algunas pulgadas. Es verdad que a unas sesenta yardas se veía el fondo, y se comprendía que seguía su lenta retirada, porque íbanse descubriendo también muchas puntas de rocas a lo largo de la playa. La dificultad consistía en franquear la profundidad del agua que había en los contornos del buque.

No obstante, si Briant llegaba a colocar un cable en aquella dirección y conseguía fijarlo con solidez en una de las rocas, este cable, puesto muy tirante con ayuda del torno, les permitiría sostenerse hasta encontrar pie. Además, haciendo deslizar sobre aquella maroma los paquetes que encerraban las provisiones y los útiles más indispensables, llegarían a tierra sin pérdida alguna.

Por peligroso que fuera su intento, no quiso Briant dejar a nadie que lo verificase en su lugar, y tomó sus disposiciones al efecto.

Había a bordo varios cables de cien pies de largo, de esos que sirven para remolcar. Briant

escogió uno de un grueso mediano, que le pareció conveniente, y rodeó la extremidad a su cintura después de desnudarse.

-¡Vamos, vosotros, exclamó Gordon, venid aquí para que podamos soltar entre todos la maroma! ¡Venid a proa!



Wright y su hermano George.

Doniphan, Wilcox, Cross y Webb no podían rehusar su concurso para una operación cuya importancia comprendían. Así es que se pusieron a desliar el cable para soltarle poco a poco, a fin de no amenguar las fuerzas de Briant.

En el momento en que éste iba a tirarse al mar, se le acercó Santiago, exclamando:

-¡Hermano mío!...¡Hermano mío!...

-No tengas cuidado por mí, hermanito, no tengas miedo, respondió Briant.

Y un instante después se le veía en la superficie del agua, nadando con vigor mientras que el cable se desenrollaba detrás de él.

Esta maniobra, difícil aun con un tiempo de calma, lo era mucho más con la resaca, que pegaba continuamente contra las rocas. Corrientes y contracorrientes impedían al valeroso muchacho mantenerse en línea recta, y cuando le cogían, le costaba mucho trabajo librarse de ellas.

Sin embargo, Briant ganaba poco a poco terreno, mientras que sus compañeros soltaban la maroma a medida que la necesitaba; pero notábase que, a pesar de no hallarse más que a una distancia de cincuenta pies del yate, las fuerzas del pobre muchacho principiaban a agotarse. Delante de él se

agitaba una especie de remolino producido por el encuentro de dos olas contrarias. Si llegaba a bordearle, era fácil que consiguiera su objeto, pues más allá estaba el mar en calma; así es que procuró, haciendo un violento esfuerzo, dirigirse hacia la izquierda; pero su tentativa debía ser infructuosa, en atención a que un hábil nadador, con todo el vigor de su edad, no lo hubiese conseguido tampoco.

El pobre Briant fue envuelto por las olas y llevado con irrefragable fuerza al centro del remolino.

-¡Socorro!... ¡Tirad!... ¡Tirad y pronto de la cuerda!... pudo gritar antes de desaparecer.

A bordo del yate el espanto llegó a su colmo.

-¡Tirad!... mandó Gordon con ímpetu, aunque con gran serenidad.

Y sus compañeros se apresuraron a ejecutar la maniobra para traer a Briant a bordo antes de que una inmersión demasiado larga produjera la asfixia.

En menos de un minuto, el pobre muchacho se encontraba encima del puente sin conocimiento, en brazos de su hermano y rodeado por todos aun compañeros; pero no tardó en volver en sí.

El intento, como se ve, de tender una maroma hasta los arrecifes, no salió bien, y los pobres niños se veían, por lo tanto, reducidos otra vez a esperar...

¿Esperar qué? ¿Un socorro? ¿Y de dónde había de venir?

Eran ya más de las doce. La marea alta había empezado, y la resaca crecía. La luna era nueva y por consiguiente las olas iban a ser más fuertes que la víspera; así es que, por poco que soplara el viento, la goleta corría el peligro de destrozarse si las aguas agitadas la levantaban y la dejaban caer sobre los arrecifes.

Nadie, seguramente, sobreviviría a tan funesto desenlace. ¡Y nada se podía hacer para impedirlo!

Agrupadas todas aquellas pequeñas criaturas, miraban cómo crecía el mar y cómo desaparecían las puntas de las rocas debajo del agua.

Para mayor desgracia, el viento sopló de nuevo del Oeste, como la noche anterior. Las olas más altas cubrían de espumas el *Sloughi*, y no tardarían en invadir el puente. Sólo Dios podía ayudar a los pobrecitos náufragos, que mezclaban sus oraciones a sus gritos de espanto.

Un poco antes de las dos el *schooner*, influido por la marea, no se apoyaba ya sobre la banda de babor; pero a consecuencia del vaivén, la proa chocaba con el fondo, mientras que la popa estaba aun sostenida entre dos rocas. Pronto los golpes redoblaron, y el

Sloughi caía tan pronto hacia babor como hacia estribor, teniendo los niños que sostenerse unos con otros para no ser arrojados al mar.

En aquel instante, una montaña de agua espumosa, llegando con la furia de un torrente, se levantó a dos brazas del buque, y cubriendo por completo el banco de arrecifes, levantó el yate y lo arrastró por encima de las rocas, sin que ninguna tocara a su casco.

En menos de un minuto, y en medio de aquella masa enorme de agua, el *Sloughi*, llevado hasta la mitad de la playa, chocó contra un montón de arena a doscientos pasos de los primeros árboles, agrupados al pie del acantilado, y se quedó inmóvil, pero en tierra firme esta vez, mientras que el mar, retirándose, dejaba la playa enteramente enjuta.

III

El colegio Chairmán en Auckland. -Grandes y pequeños. Vacaciones en el mar. -El schooner «Sloughi.» -La noche del 15 de Febrero. -Abordaje. -Siguiendo la corriente. -Una tempestad.

-Información en Auckland. -Lo que queda del «schooner.»

En aquella época, el colegio Chairmán era uno de los de más fama de la ciudad de Auckland, capital de Nueva Zelandia, importante colonia inglesa en el Pacífico. Este establecimiento de enseñanza contaba con un centenar de alumnos, perteneciendo a las principales familias del país, sin que los *maoris*, que son los indígenas de aquel archipiélago, hubieran conseguido jamás que admitiesen en él a sus hijos, quienes se educaban en escuelas especiales para ellos. El colegio Chairmán se componía de jóvenes ingleses, franceses, americanos y alemanes, hijos de propietarios, rentistas, comerciantes o empleados del país, recibiendo allí una educación completísima y en todo igual a la que se da en los establecimientos similares del Reino Unido.

El archipiélago de Nueva Zelandia se compone de dos islas principales; al Norte, Ika-Na-Mawi, o isla del Pescado; al Sur, Tawai-Ponamou, o tierra del Jade-Vert. Separadas por el estrecho de Cook, se encuentran entre el trigésimocuarto y el cuadragésimoquinto paralelo Sur; posición equivalente a la que ocupa en el hemisferio boreal la

parte de Europa que comprende desde Francia hasta el Estrecho de Gibraltar y el Norte de África.

La isla de Ika-Na-Mawi, muy desigual en su parte meridional, tiene la forma de un trapecio irregular, que se prolonga hacia el Noroeste, siguiendo una curva terminada por el cabo Van Diemen.

Casi en el principio de aquella curva, en un punto en que la península mide apenas algunas millas, está edificada la ciudad de Auckland. Tiene, pues, una situación igual a la de Corinto en Grecia, por lo que se la llama la Corinto del Sur. Posee dos puertos abiertos, uno al Oeste y otro al Este; pero siendo poco profundo este último, en el golfo Hauraki ha sido preciso formar, cual lo hacen los ingleses, alguno de esos largos *piers*, o pequeños golfos para los buques de medio tonelaje. Entre otros hay el *Commercial-piers*, en el cual desemboca *Queen's-street*, una de las calles principales de la ciudad.

Hacia el medio de aquella calle se encontraba el colegio Chairmán.

En la tarde del día 15 de Febrero de 1860 salían del mencionado colegio un centenar de muchachos, acompañados de sus padres, y parecían, más que

colegiales, pájaros escapados de sus jaulas, dadas la alegría y algazara con que caminaban.

Y no podía menos de ser así. Era el principio de las vacaciones. ¡Dos meses de independencia y de libertad, con la circunstancia de que para cierto número de ellos existía además la perspectiva de un viaje marítimo, del que se hablaba hacia tiempo en el colegio!

Inútil es decir la envidia que excitaban aquellos a quienes su buena fortuna permitía formar parte de los expedicionarios en un paseo de circunnavegación que debía verificarse a bordo del *Slonghi* para visitar las costas de la Nueva Zelandia.

Aquel bonito *schooner*, que pertenecía al padre de uno de ellos, Mr. William H. Garnett, antiguo capitán de la marina mercante, en quien se podía tener entera confianza, había sido fletado y dispuesto para un período de seis semanas. Una suscripción abierta entre las diversas familias de aquellos jóvenes serviría para cubrir los gastos del viaje, que se efectuaría de una manera cómoda y en las mejores condiciones de seguridad.

La realización de este proyecto era causa de gran alegría para los muchachos, y en verdad que no pudo excogitarse mejor medio de dar conveniente

empleo a aquellas seis semanas, si se mira bajo el punto de vista de la salud, del esparcimiento, de la instrucción y de la moralidad de aquellos jóvenes.



El alto relieve representado con la escuela de niños de la montaña.

En los colegios ingleses la educación difiere bastante de la que se da en otros países. En aquellos

se deja a los alumnos más iniciativa, y por consiguiente cierta relativa libertad, que influye bastante felizmente en su porvenir. Son niños menos tiempo, en una palabra; la educación marcha de consuno con la instrucción, resultando de aquí que la mayor parte de los jóvenes son corteses y de exquisita atención para las personas mayores, cuidadosos de sí mismos y, lo que es digno de ser notado, poco aficionados al disimulo y refractarios a la mentira, aunque se trate de evitar un castigo. Es preciso advertir también que en aquellos establecimientos escolares los muchachos están menos sujetos a la regla de la vida en común y a las leyes del silencio. La mayoría de los alumnos ocupa habitaciones particulares, comiendo en ellas muchas veces, y cuando se sientan en la mesa del refectorio pueden hablar con toda libertad.

Según la edad, los clasifican por divisiones. Cinco hay en el colegio Chairmán. Si en la primera y en la segunda los pequeños abrazan a sus padres y los besan en las mejillas, los de tercera cambian el beso filial por el apretón de manos de los hombres. No necesitan vigilantes; se les permite la lectura de novelas y periódicos; tienen bastantes días de asueto; las horas de estudio son pocas; los ejercicios corpo-

rales, como la gimnasia y juegos de todas clases, que tanto ayudan al desarrollo, forman gran parte del recreo; pero como correctivo de esta independencia, de la que los discípulos abusan rara vez, los castigos corporales son de regia, y ocupan el primer lugar los azotes, que para los muchachos anglosajones no tienen nada de deshonoroso, y se someten sin protesta a dicho castigo cuando comprenden que lo han merecido.

Los ingleses -nadie lo ignora- respetan mucho las tradiciones, lo mismo en la vida privada que en la pública; y esas tradiciones, aunque sean absurdas, son respetadas también en los colegios, que, lo repetimos, no se parecen en nada a los de otros puntos.

Los alumnos antiguos están encargados de proteger a los nuevos; pero en cambio éstos se hallan obligados a prestarles algunos servicios domésticos, a los que no pueden sustraerse, tales como llevarles el desayuno, a cepillarles los vestidos, limpiarles el calzado y hacerles algunos recados. Estos servicios son conocidos con el nombre de *faggisme*, y los que los han de prestar se llaman *fags*. Los más pequeños, pertenecientes a la primera división, son los que sirven de *fags* a los de las clases

superiores, y ya es sabido que si rehusaran obedecer, es los haría la vida insoportable. Es costumbre, y se observa religiosamente, sin que nadie piense en protestar. La tradición lo exige así; y si existe un país que observe las tradiciones escrupulosamente, es de seguro el Reino Unido, en donde se imponen lo mismo al más humilde mendigo que a los más altos señores.

Los jóvenes que debían tomar parte en la expedición del *Sloughi* eran alumnos del colegio Chairmán. Ya hemos visto que a bordo de la goleta los había desde ocho a catorce años, y por consiguiente que pertenecían a varias divisiones o clases del colegio.

Esos pobres muchachos, incluso el grumete, iban a verse lanzados lejos, durante mucho tiempo, en terribles aventuras, e importa que conozcamos sus nombres, su edad, sus aptitudes, sus caracteres, la situación de sus familias, ya que sabemos las relaciones que existían entre ellos en aquel establecimiento que acababan de dejar para entrar en vacaciones.

Exceptuando a los dos hermanos Briant, que son de nacionalidad francesa, y a Gordon, americano, todos los demás son de origen inglés.

Doniphan y Cross pertenecen a una rica familia de propietarios que ocupan el primer rango en la sociedad de Nueva Zelandia. Ambos de edad de trece años y algunos meses son primos y forman parte de la quinta división. Doniphan, elegante y cuidadoso de su persona, es, sin contradicción, el alumno más distinguido. Inteligente y estudioso, procuraba no desmerecer, ya porque le agrada instruirse, ya también por el deseo de sobrepasar a sus compañeros. Cierta aire aristocrático le valió el nombre de «lord Doniphan,» y su carácter altivo le determinaba a querer dominar en donde quiera que se hallase; procediendo de aquí aquella rivalidad de que hablaremos después, cuya fecha se remontaba a mucho tiempo atrás, y que se acentuó más y más desde que las circunstancias acrecentaron la influencia de Briant sobre sus compañeros.

En cuanto a Cross, era un alumno bastante ordinario, pero lleno de admiración por todo lo que piensa, dice y hace su primo Doniphan.

Baxter, de la misma división, de trece años, muchacho de carácter frío, reflexivo, trabajador, muy ingenioso y con mucha destreza, es hijo de un comerciante de mediana fortuna.

Webb y Wilcox tienen doce años y medio, y pertenecen a la cuarta división. De inteligencia menos que mediana, voluntariosos y amigos de querellas, se han mostrado siempre muy exigentes en la observancia de las prácticas del *faggisme*. Sus familias son ricas y ocupan un puesto elevado en la magistratura del país.



Garnett y su amigo Service, los dos de la tercera división y ambos de doce años, son hijos, el uno de un capitán de marina retirado, y el otro de un colono acomodado, que habitan el North Shore, en la costa septentrional de Waitemala. Las dos familias se profesan una profunda amistad, de esa intimidad resulta que Garnett y Service se han hecho inseparables. Tienen muy buen corazón, pero poco afán por el trabajo, no pensando más que en divertirse. Garnett es apasionado por el acordeón, instrumento muy apreciado en la marina inglesa. Y como buen hijo de marino, toca dicho instrumento siempre que puede, y ha tenido buen cuidado de llevarlo a bordo. En cuanto a Service, podemos asegurar que es el más alegre y travieso de todos; no sueña sino con aventuras de viajes, alimentando su espíritu con *el Robinsón Crusoé* y *el Robinsón Suizo*, que sabe casi de memoria.

Otros dos muchachos de nueve años Jenkins, hijo del director de la Sociedad científica la *New-Zealand-Royal Society*, e Iverson, heredero del pastor de la iglesia metropolitana de San Pablo, aunque no pertenecen aun más que a la segunda y tercera división, se les considera ya en el colegio como de los más aplicados.

Tenemos después dos pequeñuelos; Dole, de ocho años y medio, y Costar, de ocho; ambos son hijos de oficiales del ejército anglo-zelandés, que habitan la ciudad de Ouchunga, a seis millas de Auckland, en el litoral del puerto de Manukau. Estos niños son de los pequeños, de quienes no se dice nada más sino que Dole es muy terco y Costar muy goloso. Si no brillan en la primera división, creen estar muy adelantados porque saben leer y escribir, cosa de la que no debían envanecerse, por no ser raro a su edad.

Como se ve, nuestros valientes marinos pertenecían todos a dignas familias, establecidas desde mucho tiempo en Nueva Zelanda.

Quedan aun tres muchachos embarcados en el *schooner*. El americano y los dos franceses, de los que vamos a ocuparnos.

El americano es Gordon: tiene catorce años; su cara y su porte llevan ya el sello de la rigidez de los *yankées*. Aunque algo torpe y pesado, es el más grave de los alumnos de la quinta división. Si no tiene el brillo de su compañero Doniphan posee, en cambio, un espíritu justo y un buen sentido práctico, del que ha dado muchas pruebas. Siendo de un carácter observador y de un temperamento frío lo gustan las

cosas serias. Metódico por demás, arregla las ideas en su cerebro como los objetos en su pupitre, en el que todo está clasificado con etiquetas y anotado en un cuaderno especial. En suma; sus compañeros le estiman, aprecian sus cualidades, y, aunque no es inglés, se le acoge siempre bien.

Gordon es oriundo de Boston; huérfano de padre y madre, no tiene más parientes que su tutor, antiguo agente consular que, después de haber hecho fortuna, fijó su residencia en Nueva Zelandia, habitando en una de esas lindas villas esparcidas en las alturas, cerca del pueblecillo de Moun-San-John.

Los dos franceses, Briant y su hermano Santiago, son hijos de un distinguido ingeniero llegado hacía dos años y medio para dirigir los trabajos de desecación de los pantanos de Ika-Na-Mawi. El mayor tiene trece años; es poco amante del estudio, aunque muy inteligente; le sucede muchas veces ser uno de los últimos de la división. Sin embargo, cuando quiere, con su facilidad de asimilación y su notable memoria, se eleva al primer rango, con lo que excita la envidia de Doniphan, siendo éste el motivo de que no están nunca en buena inteligencia, como lo hemos visto ya a bordo del *Sloughi*. Además, Briant es audaz,

emprendedor, diestro en los ejercicios corporales, vivo en las contestaciones, servicial, buen muchacho, no teniendo nada del orgullo de Doniphan, y algo descuidado de su persona; en una palabra, muy francés, y por tanto muy diferente de sus compañeros, de origen inglés. Protegía muchas veces a los débiles contra el abuso que los mayores hacían de su fuerza, y nunca quiso someterse a las obligaciones del *faggisme*. Hubo resistencias, luchas, batallas, de las que salió casi siempre vencedor, gracias a su valor y a sus bríos. Era generalmente querido; así es que cuando se trató de la dirección del *Sloughi*, la mayoría de sus compañeros no titubeó en obedecerle; teniendo en cuenta que, como lo hemos dicho ya, había adquirido algunos conocimientos de náutica durante su travesía de Europa a Nueva Zelanda.

Santiago había sido considerado hasta entonces como el más travieso de la tercera división, ya que no del colegio entero, sin exceptuar a Service, que lo era mucho también. Inventaba siempre nuevas diabluras, no dejando en paz a ninguno de sus compañeros, y originándose de eso que la castigasen con muchísima frecuencia; pero, a pesar de todo esto, su carácter, como tendremos ocasión de

notarlo, se había modificado en absoluto, sin sabor por qué, desde la salida del yate del puerto de Auckland.

Ya nos son conocidos cada uno de los muchachos que la tempestad acababa de arrojar a una de las tierras del Océano Pacífico.

Durante este paseo de algunas semanas a lo largo de las costas de la Nueva Zelandia, el *Sloughi* debía ser mandado por su dueño, el padre de Garnett, uno de los más atrevidos *yactmen* de Australasia. Muchas veces el *schooner* había arribado al litoral de Nueva Caledonia y de Nueva Holanda, había navegado por el estrecho de Torres hasta las puntas meridionales de Tasmania, y hasta aquellos mares de las islas Molucas, Filipinas y Celebes, tan funestos, a veces, aun para los buques de mayor tonelaje; pero no infundía temores, porque era un yate sólidamente construido, muy veloz, y que podía resistir los más fuertes temporales.

La tripulación se componía de un contramaestre y seis marineros, un cocinero y un grumete, Mokó, negrito de doce años de edad, y cuya familia servía desde hacía mucho tiempo a un colono de Nueva Zelandia. Tenemos también que hacer mención de un hermoso perro de caza, *Phann*, de raza americana,

que pertenecía a Gordon y que no dejaba nunca a su amo.

La marcha había sido fijada para el 15 de Febrero. Mientras tanto, el *Sloughi* quedó amarrado por la popa a la extremidad del *Commercial-pier*, y, por consiguiente, bien dentro del puerto.

Cuando el 14 por la noche los jóvenes pasajeros fueron a embarcarse, la tripulación no se encontraba a bordo.

El capitán Garnett no debía llegar hasta el momento de aparejar.

Solo el conrmaestre y el grumete, recibieron a Gordon y a sus compañeros; los marineros habían ido a beber su última copa de whisky, como ellos decían.

Después de haber instalado cómodamente a todos los niños, el conrmaestre creyó poder reunirse a su tripulación en una de las tabernas del puerto, en la que se estuvo ¡falta imperdonable! hasta una hora bastante avanzada de la noche.

El grumete se quedó dormido.

¿Qué sucedió entonces?

Es muy probable que no se sepa jamás.

Lo cierto es que la amarra del yate se desató, bien por descuido o por malevolencia, sin que a bordo lo notaran.

La noche estaba muy oscura y las tinieblas envolvían el puerto y el golfo de Hauraki. El viento de tierra se hacía sentir con fuerza, y el *schooner*, cogido en la quilla por una corriente del reflujo, fue llevado a alta mar.

Cuando el grumete despertó, el *Sloughi* andaba como mecido por una ola y con un movimiento que no se podía confundir con el producido por las aguas del puerto.

Mokó se apresuró a subir a la toldilla. ¡El yate seguía la corriente!

A los gritos del grumete, Gordon, Doniphan, Briant y algunos otros saltaron de la cama, lanzándose fuera. ¡Inútil fue que llamaran en su ayuda! No se veía ya ni una luz de la ciudad o del puerto; el *schooner* se encontraba en medio del golfo, a tres millas de la costa.

En los primeros momentos, por consejo de Briant, al que se unió el grumete, los muchachos procuraron colocar una vela para volver al puerto corriendo una bordada; pero demasiado pesada para ellos, no pudieron orientarla bien y no produjo otro

efecto que el de arrastrarlos más lejos, por la presa que daba al viento Oeste.

El *Stoughi* dobló el cabo Colville, atravesó el estrecho que lo separa de la isla de la *Grande Barrière*, y se halló pronto a varias millas de Nueva Zelanda.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores la gravedad de semejante situación. Briant y sus compañeros no podían ya esperar ningún socorro de tierra. En el caso de que algún buque saliera del puerto a buscarlos, muchas horas tenían que pasar antes de que fuesen encontrados, admitiendo que pudiesen ver al *schooner* en medio de aquella oscuridad tan profunda. Y aun de día, ¿sería posible divisar un buque tan pequeño en alta mar? En cuanto a salvarse, entregados a sus propias fuerzas, ¿cómo podrían hacerlo? Si el viento no cambiaba, tendrían que renunciar a volver a tierra.

Quedábales, es verdad, la esperanza de encontrar algún buque con rumbo a alguno de los puertos de Nueva Zelanda; y previendo esta eventualidad, Mokó se apresuró a izar un farol en la punta del palo de mesana, hasta el amanecer.

Hecho esto, y como los infantiles viajeros no se habían despertado por el ruido de las maniobras, los mayores convinieron en dejarlos dormir, porque su

espanto no hubiera producido más que desorden a bordo.

Varias tentativas se hicieron para dar la proa del *Sloughi* al viento; pero fueron inútiles, porque la goleta se volvía en seguida, corriendo hacia el Este.

De repente, divisaron una luz a distancia de tres millas. Esta luz, blanca y colocada en el extremo de un mástil, era el distintivo de los *steamers* en marcha. Bien pronto se distinguieron también las luces de los costados, encarnada y verde; y como ambas aparecían visibles a la vez, era de suponer que dicho *steamer* se dirigía en línea recta sobre el yate.

Nuestros pobres muchachos gritaron en vano; el ruido de las olas, el silbido del vapor al salir por los tubos de escape, y el viento, más violento cada vez, todo contribuía a que las voces de los niños se perdieran en el espacio.

Pero si los marineros de cuarto no podían oírlos, les quedaba la esperanza de que los vigilantes verían la luz que Mokó había colocado en el palo de mesana. Mas ¡oh desgracia! en aquel instante, un movimiento del buque hizo que se rompiera la driza, y el farol cayó el mar.

Nada quedaba ya que indicase la presencia del *Sloughi*, sobre el que el *steamer* corría con una velocidad de doce millas por hora.

Algunos segundos después, el yate fue abordado, y se hubiera ido a pique irremisiblemente si el buque le hubiera cogido de costado; pero felizmente recibió el choque por la popa, no sufriendo más avería que la pérdida de parte del cuadro, sin perjudicar el casco.

El golpe fue tan débil, que los tripulantes del *steamer* apenas si pararon mientes en ello, y continuaron su ruta sin preocuparse lo más mínimo del *Sloughi*, que desgraciadamente quedaba a merced de una próxima borrasca.

Sucede con demasiada frecuencia que los capitanes se cuidan poco de socorrer a los buques con quienes chocan los suyos. Es un crimen del que existen numerosos ejemplos; mas por lo que hace a este caso, es admisible que a bordo del *steamer* no se hubiera notado el encuentro con aquel ligero yate, a quien no habían entrevisto siquiera en la sombra.

Entonces ya, empujados por el viento, los pobres niños debieron creerse perdidos. Cuando amaneció, la inmensidad del agua estaba desierta. En aquella parte, poco frecuentada, del Pacífico, los

buques que van de Australia o a América, y viceversa, corren más al Sur o más al Norte. Ni uno pasó al alcance del yate. La noche llegó, peor que el día aun, y si bien hubo alguna calma, el viento Oeste no cesó de soplar.

¿Cuánto duraría aquella travesía? Ni Briant ni sus compañeros podían formarse una idea exacta de ello. En vano quisieron maniobrar para llevar al yate a los parajes neo-zelandeses; faltábanles los conocimientos necesarios para modificar su marcha, y carecían de la fuerza suficiente para colocar las velas.

En esas críticas circunstancias, Briant, desplegando una energía muy superior a su edad, empezó a tomar ascendiente sobre sus compañeros; ascendiente que sufrió Doniphan como los demás. Y la verdad es que si ayudado por Mokó no llegó a conseguir que el yate tomara rumbo al Oeste, empleó al menos lo poco que sabía para mantenerla en condiciones de navegación. Olvidado de sí mismo, velaba noche y día, y sus miradas recorrían sin cesar el espacio buscando la salvación, sin dejar de echar al mar algunas botellas encerrando un documento relativo al *Sloughi*, que, aunque débil

recurso, sin duda no quiso descuidar por si daba resultado.

Los vientos del Oeste empujaban siempre al yate a través del Pacífico, sin que fuera posible arreglar su marcha ni disminuir su velocidad.

Ya saben nuestros lectores lo que sucedió. Algunos días después que el *schooner* salió del golfo Hauraki, se levantó una recia tempestad, que durante dos semanas aumentó extraordinariamente en ímpetu y dio por efecto que, asaltada la goleta por olas monstruosas y expuesta al peligro de destrozarse muchas veces si no hubiera estado sólidamente construida, encalló en una tierra desconocida del Pacífico.

Y ahora, ¿cuál sería la suerte de aquellos colegiales náufragos, a mil ochocientas leguas de Nueva Zelandia? ¿Por dónde les llegarían los socorros de que tanto habían menester? Porque sus familias no los buscarían, en atención a creerlos hundidos en el fondo del mar, juntamente con el yate.

He aquí la razón.

Tan luego como en Auckland notaron en la noche del 14 al 15 de Febrero la desaparición del *Sloughi*, se avisó al capitán Garnett y a los parientes de aquellos desgraciados niños, siendo inútil

describir el efecto que tal noticia produjo en la ciudad, en donde fue general la consternación.

Al pronto pensaron que, si bien la amarra se había desatado o estaba rota, era posible que la corriente no hubiese empujado aun al buque hacia alta mar, no siendo difícil encontrarlo, a pesar de que el viento Oeste, cada vez más fuerte, inspiraba seria inquietud.

En tal creencia, y sin pérdida de tiempo, el comandante del puerto tomó sus medidas para socorrer al *Sloughi*, haciendo que dos vaporcitos saliesen a recorrer muchas millas hacia afuera, empleando toda la noche en andar por aquel mar que empezaba a enfurecerse. Su vuelta quitó toda esperanza a las familias, heridas por tan espantosa catástrofe; pues si esos vapores no habían encontrado al yate, habían hallado, en cambio, los restos del cuadro de popa caídos al mar después del choque con el *steamer* peruano *Quito*, choque del que, como hemos indicado antes, ni siquiera se dieron cuenta los tripulantes del *steamer*. En aquellos restos se leían aun tres o cuatro letras del nombre *Sloughi*. La pérdida, pues, del buque, era segura. El *schooner* se había sumergido a unas doce millas de Nueva Zelandia.

IV

Primera exploración del litoral. -Briant y Gordon a través de los bosques. -Vana tentativa para descubrir una gruta. -Inventario del material. -Provisiones, armas, vestidos, camas, utensilios, instrumentos. -Primer almuerzo. -Primera noche.

Ya hemos dicho que dejado lo alto del palo de mesana había observado Briant que la costa estaba desierta.

Hacía lo menos una hora que el schooner yacía en su lecho de arena, y ningún indicio se había dejado ver: debajo de los árboles, al pie del acantilado, ni en las orillas del río, se divisaba casa ni choza alguna. En la playa no se encontraba la menor señal que diera a conocer la presencia del hombre, no viéndose tampoco humo en todo el perímetro de la bahía comprendido entre los dos promontorios del Sur y del Norte.

Briant y Gordon tuvieron, en primer lugar, el pensamiento de penetrar entre los árboles para llegar al acantilado y subir por allí, si era posible.

-Ya estamos en tierra ¡Esto es algo! dijo Gordon. Pero ¿qué tierra es ésta, que parece no estar habitada?...

-Lo importante es que no sea inhabitable, respondió Briant. Tenemos provisiones y municiones para algún tiempo... No nos falta más que una vivienda, y es menester encontrarla, aunque no sea más que para los pequeños... ¡Ellos antes que nada!

-Sí, tienes razón, replicó Gordon.

-En cuanto a saber en dónde nos encontramos, repuso Briant, tiempo tendremos de ocuparnos de ello cuando hayamos atendido a lo más preciso. Si fuera un continente, tendríamos alguna probabilidad de ser socorridos. Si es una isla... una isla inhabitada... pero ya veremos... ¡Ven, Gordon; vamos a la descubierta!...

Ambos alcanzaron rápidamente el límite de los árboles, que se desarrollaban en línea oblicua entre el acantilado y la orilla derecha del río, como unos trescientos o cuatrocientos pasos más arriba de la embocadura.

Ninguna huella se veía en aquella selva que enunciara la existencia del ser humano; ora un bosque completamente virgen, sin sendero ni paso

alguno. Algunos troncos, vencidos por la pesadumbre de la vejez, yacían en el suelo, y Gordon y Briant se hundían hasta la rodilla en la alfombra de hojas caídas. Sin embargo, los pájaros huían como si hubiesen aprendido a desconfiar de los hombres, y esto hacía pensar que si aquella costa no era habitada, la visitaban ciertamente indígenas de algún territorio próximo. En diez minutos nuestros muchachos atravesaron el bosque, cuya espesura era mayor al lado del acantilado, que se levantaba en corte perpendicular con una altura media de ciento ochenta pies.

¿Presentaría el basamento alguna hendidura en donde encontrar abrigo?

Era de desear.

Allí, en efecto, una caverna, protegida por los árboles contra los vientos y fuera del alcance del mar, hubiera ofrecido, aun en el peor tiempo, un excelente refugio en donde los jóvenes náufragos pudieran instalarse provisionalmente, hasta tanto que una exploración más extensa de la costa les permitiera aventurarse con seguridad hacia el interior del país.

Desgraciadamente, Gordon y Briant no descubrieron ninguna ruta, ni siquiera una cortadura

que facilitase la ascensión del acantilado. Sería preciso, probablemente, para internarse en el territorio, dar la vuelta a aquel promontorio de piedra, cuyas disposiciones había examinado Briant desde la cubierta del *Sloughi*.

Durante media hora, ambos jóvenes bajaron hacia el Sur, siguiendo la base de las rocas, y llegaron a la margen derecha del río, que se dirigía, llena de sinuosidades, en dirección al Oriente. Esta margen recibía la sombra de hermosos árboles, mientras la otra, por el contrario, presentaba un aspecto completamente distinto, pues sin verdura y sin accidentes en el terreno, parecía un vasto pantano, desarrollándose hasta el horizonte del Sur. Ante semejante perspectiva, y burlados Briant y Gordon en su esperanza de poder subir al acantilado para observar el país en un radio de varias millas, regresaron al *Sloughi*.

Doniphan y algunos otros iban y venían sobre las rocas de la playa, mientras Jenkins, Iverson, Dole y Costar se entretenían en buscar conchas.

Como es de suponer; nuestros dos exploradores apenas llegaron adonde estaban los demás, dieron cuenta del resultado de su excursión, y convinieron no abandonar la embarcación hasta que investi-

gaciones más detenidas y extensas les proporcionarán conveniente albergue; pues la goleta, si bien tenía algún desperfecto en la cala y se hallaba inclinada hacia babor, podía servir de vivienda interina en el sitio mismo en que había encallado, y si el puente se había abierto hacia proa encima del puesto de la tripulación, el salón y los camarotes ofrecían suficiente abrigo en caso de tormenta. La cocina no había experimentado la más mínima alteración, con gran alegría de los pequeñuelos, a quienes la cuestión de las comidas interesaba en alto grado.

En medio de todo, hemos de convenir en que era una suerte que aquellos pobres muchachos no se viesan obligados a transportar a la playa todos los objetos indispensables a su instalación; porque, aun admitido que hubiesen salido bien, ¡a cuántas dificultades y a cuántas fatigas se hubieran visto expuestos! Y si el yate hubiera encallado entre los arrecifes, ¿cómo salvar el material? Las aguas hubieran indefectiblemente destrozado en poco tiempo la goleta, con pérdida de muchas cosas que habían de serles muy útiles con el tiempo. Felizmente, la marea alta había empujado el buque hacia la playa; y si bien es cierto que se encontraba

impedido para volver a navegar, podía servir de morada, puesto que nada podría arrancarle de la arena, en la que estaba hundida su quilla. Era evidente que, por efecto del sol y de la lluvia, llegaría a quedar inservible; pero cuando esto sucediera, ya los náufragos habrían encontrado alguna ciudad o pueblo, y si la tempestad los había relegado a una isla desierta, no dejarían de hallar, para sustituir al barco, alguna gruta en las rocas del litoral.

Lo mejor era, pues, quedarse provisionalmente a bordo, y convencidos de ello, tomaron sus disposiciones al efecto, siendo la primera la de colocar a estribor una escala de cuerdas que les facilitase la bajada a la playa.

En el ínterin, Mokó, que entendía algo de cocina, ayudado por Service, a quien gustaba guisar, se ocupó en preparar la comida, que, una vez condimentada, sirvió para amortiguar en todos el gran apetito que tenían, y Jenkins, Iverson, Dole y Costar se entregaron a la alegría y a los juegos propios de su edad.



Detalle de una de las escenas que se ven en el libro.

Sólo Santiago Briant, que era antes el diablillo del colegio Chairmán, continuó triste y aislado de sus compañeros.

Semejante cambio en su carácter y en sus costumbres no pudo menos de sorprender extraordinariamente a los demás, quienes le

interrogaban la causa de tal mudanza; pero el muchacho, cada vez más taciturno, no respondía a sus preguntas.

En fin, cansadísimos de tantos días y tantas noches pasadas en medio de los mil peligros de la tormenta, no pensaron ya más que en dormir.

Sin embargo, Briant, Gordon y Doniphan quisieron velar algunas horas cada uno, por temor a las fieras; pero la noche pasó sin ninguna alarma, y cuando salió el sol, después de una oración a Dios en acción de gracias, se ocuparon de las faenas que exigían las circunstancias.

En primer lugar, procedieron a inventariar las provisiones que encerraba el yate; luego el material, incluso las armas, instrumentos, utensilios, ropas y demás útiles.

La cuestión de alimento era la más grave, puesto que pareciendo aquella costa desierta, los recursos se limitaban a los productos de la pesca y de la caza, si es que ésta última se presentaba realizable. Doniphan no había visto más que numerosas bandadas de ciertos volátiles en los arrecifes y las rocas de la playa; pero verse reducidos a alimentarse sólo de aves marinas era cosa triste, y de aquí la necesidad de saber cuánto tiempo podían durar,

economizando, las provisiones encerradas en el *schooner*.



FRANCO, DICK y GORDON en sus cuartos durante el viaje.

A parte de la galleta, que tenían en cantidad considerable, había varias conservas de legumbres, jamones, empanadas de carne, compuestas de harina

de primera calidad, picadillo de cerdo y especias, *cornbeef*, salazones y otros víveres y sustancias alimenticias; pero, sin embargo, todo eso no podía durar más allá de dos meses, aun gastándolo con parquedad. Así es que desde un principio se hacía necesario recurrir a los productos del país, economizando las provisiones para el caso de que tuviesen que andar algunos centenares de millas en busca de los puertos del litoral o de las ciudades del interior.

-¡Con tal de que parte de esas conservas no estén echadas a perder! observó Baxter. Si el agua del mar ha entrado en la cala después de encallar...

-Ya lo veremos abriendo las cajas que nos parezcan averiadas, respondió Gordon. Tal vez volviendo a cocer el contenido pudieran aprovecharse...

-Me encargo de ello, dijo Mokó.

-Pues no tardes en ponerte a la faena, repuso Briant, porque en estos primeros días tendremos que vivir con las provisiones del *Sloughi*.

-¿Y por qué desde hoy mismo, replicó Wilcox, no nos ponemos a buscar huevos en las rocas que se elevan al Norte?

-¡Sí... sí...! exclamaron Dole y Costar.

-También podemos pescar, añadió Webb. ¿No hay cañas a bordo y pescado en el mar? ¿Quién quiere pescar?

-¡Yo... yo!...exclamaron a una los pequeños.

-¡Bien!... ¡Bien!... respondió Briant; pero no se trata de jugar, y no daremos cañas sino a los pescadores formales.

-Tranquilízate, Briant, repuso Iverson; cumpliremos nuestro cometido como se cumple con un deber.

-Bien: empecemos por el inventario de lo que encierra nuestro yate, dijo Gordon. Tenemos que pensar también en otras cosas tan necesarias como el alimento...

-¿Podríamos recoger algunos mariscos para almorzar? advirtió Service.

-Sea, pues, respondió Gordon. Id tres o cuatro de los pequeños. Mokó, acompáñalos.

-Sí, señor Gordon.

-¡Cuida bien de ellos! añadió Briant.

-No temáis.

El grumete, en quien se podía tener confianza, era un muchacho muy servicial muy diestro y valeroso, y estaba llamado a prestar grandes servicios a los jóvenes náufragos. Era asimismo muy adicto a

Briant, quien a su vez no ocultaba la simpatía que le inspiraba Mokó; simpatía que hubiera avergonzado a sus compañeros anglosajones.

-Vamos, exclamó Jenkins.

-¿No vas con ellos, Santiago? preguntó Briant a su hermanito.

Santiago respondió negativamente.

Jenkins, Dole, Costar e Iverson, bajo la tutela de Mokó, partieron hacia los arrecifes, que el mar acababa de abandonar, esperando encontrar en los intersticios de las piedras una buena cosecha de mariscos, especialmente ostras y cangrejos, que, crudos o cocidos, serían un componente agradable y nutritivo del almuerzo.

Como buenos chicos, saltaban y brincaban, viendo en esta excursión más placer que utilidad. Era cosa propia de sus pocos años, pues apenas les quedaba ya el recuerdo de las duras pruebas que acababan de pasar, ni se cuidaban tampoco de los peligros que les amenazaban en lo porvenir.

Desde el momento en que los pequeños se alejaron, los mayores emprendieron la tarea del inventario. Por una parte, Doniphan, Cross, Wilcox y Webb hicieron el censo de las armas, de las municiones, de las ropas, de los objetos de cama y

demás utensilios de a bordo; por otra, Briant, Garnett, Baxter y Service inventariaron los vinos, cerveza, brandy, wisky y demás bebidas encerradas en el fondo de la cala, en barriles de diez a cuarenta galeones cada uno.

Gordon tomaba nota de todo ello en una cartera de bolsillo. El metódico americano poseía ya un estado completo del material de a bordo, resultando de él que poseían un velamen de repuesto, y también aparejos, muchas cuerdas, cables y otros enseres. Si el yate estuviese en estado de navegar, nada hubiera faltado para aparejarle bien; y si aquellas lonas no habían de servir más para el buque, podían aprovecharlas para otras cosas cuando se tratase de la instalación de nuestros náufragos. Algunos utensilios de pesca, redes y cañas de fondo u otras, figuraron también en el inventario; preciosos artefactos si abundaba el pescado en aquellos parajes.

En cuanto a las armas, he aquí la nota que Gordon escribió en su cartera: ocho escopetas de percusión central, utilizables para caza, y una docena de revólvers; las municiones se componían de trescientos cartuchos para las armas que se cargaban por la culata, dos toneles de pólvora, de veinticinco

libras cada uno, y bastante cantidad de plomo en perdigones y en balas. Estas municiones, embarcadas con el fin de proporcionar el recreo de la caza a los expedicionarios durante las paradas del *Sloughi* en las costas de Nueva Zelandia, se emplearían ahora para asegurar el alimento de los náufragos, ¡ojalá que no llegaran a servir para defender su vida! La cala encerraba también cierta cantidad de cohetes para las señales de noche y algunos proyectiles para las dos chalupas del yate, que también era de desear no sirviesen para rechazar los ataques de los indígenas.

Los objetos de tocador y los utensilios culinarios eran más que suficientes para las necesidades de todos, aun en el caso de que su estancia allí se prolongase; y si parte de la vajilla se había roto por el choque del *Sloughi* con los arrecifes, quedaba aun bastante para el servicio de la cocina y del comedor; verdad es que éstos no eran objetos de primera necesidad. Más valiera que las ropas de franela, o de paño, de algodón o de hilo, figurasen en gran cantidad para mudarse, según las exigencias del clima, pues si aquella tierra se encontraba en la misma latitud que Nueva Zelandia, cosa probable, puesto que desde su partida de Auckland el *schooner*

había ido siempre empujado por los vientos de Oeste, había que esperar temperaturas extremas; fuertes calores y grandes fríos, respectivamente, según las estaciones. Por fortuna, había a bordo gran cantidad de esos trajes indispensables en una excursión de varias semanas por el mar. Además, se encontraron en las maletas de la tripulación pantalones, blusas, capotes de hule y almillas de lana, que sería fácil arreglar para los pequeños, abrigándolos bien, a fin de que soportasen con menos riesgo los rigores de la estación invernal. Inútil es decir que si las circunstancias obligaban a nuestros jóvenes a abandonar el buque, cada cual llevaría su cama, pues los camarotes estaban bien provistos de colchones, sábanas, almohadas, mantas y otros objetos, que, cuidándolos, podían durar largo tiempo.

¡Largo tiempo!... Palabras que significaban tal vez... ¡siempre!

He aquí lo que Gordon anotó también en su cartera, en el capítulo de instrumentos de a bordo: dos barómetros aneróides, un termómetro centígrado de espíritu de vino, dos relojes marinos, varias trompas o bocinas de cobre de las que sirven en las noches de nieblas, y que se oyen a gran

distancia, tres catalejos, una brújula con su cubierta y otras dos más pequeñas un *storn-glase*, indicando la proximidad de las tormentas, y, en fin, varias banderas del Reino Unido, sin contar otras más pequeñas para signos de inteligencia entre dos buques. Había también un *halkettsbouts*, pequeña canoa de cautchuc que se dobla como una maleta y sirve para atravesar un río o un lago.

El cofre del carpintero encerraba un surtido bastante completo de herramientas, herrajes y clavos para las ligeras reparaciones que hubiese necesitado el yate.

Los botones, hilos y agujas no faltaban tampoco, en previsión de la rotura de los vestidos, pues las pobres madres de los desgraciados niños habían pensado en todo lo que pudiera ocurrir a aquellos pedazos de sus entrañas.

Tenían también gran provisión de fósforos, mechas de yesca, eslabones, y no debían temer, por consiguiente, la falta de fuego.

A bordo se hallaban varios mapas especiales del archipiélago neo-zelandés, inútil para estos parajes desconocidos; pero afortunadamente Gordon había llevado consigo un atlas general de Stieler, comprensivo del Antiguo y del Nuevo Mundo, siendo

este atlas lo mejor y lo más perfecto de la geografía moderna.

La biblioteca del yate contenía cierto número de buenas obras inglesas y francesas, historias de viajes y libros científicos, sin contar los famosos *Robinsones* que Service, aun con gran riesgo suyo hubiera salvado de todo peligro, como Camoëns salvó sus *Lusiadas*; lo mismo que hubiese hecho Garnett con su famoso acordeón, sacado sano y salvo de los choques del buque.

Y, por fin, no les faltaba nada para escribir; plumas, lápices, tinta, papel, y también un calendario del año 1860, en el que Baxter fue encargado de borrar los días a medida que pasaban.

-¡Es el 10 de Marzo, dijo, el día en que nuestro pobre *Sloughi* ha sido a arrojado sobre la costa! Borro, pues, ese 10 de Marzo, así como los anteriores a aquella fecha.

Hallaron también una suma de quinientas libras en oro en la caja del yate. ¡Quién sabe si ese dinero serviría para que los náufragos, encontrando algún puerto, pudieran volver a su patria!

Gordon se ocupó en contar minuciosamente los barriles que estaban en la bodega. Varios de ellos, llenos de gin, de cerveza o de vino, se habían roto, y

su contenido se había escapado por las rendijas del buque. Era una pérdida irreparable, y sería preciso, por lo tanto, economizar lo restante.

En suma; la cala encerraba cien galeones de clarete y de sherry, cincuenta de gin, de brandy y de whisky, y cuarenta toneles de cerveza, de veinticinco galeones cada uno; además, unos treinta frascos de diversos licores que encerrados en sus envoltorios de paja, habían podido resistir el choque contra los arrecifes.

Como se ve, los quince náufragos del *Sloughi* tenían asegurada la vida material durante cierto tiempo; pero lo incierto del porvenir les obligaba a examinar aquella para saber si podía proporcionar algunos recursos que les permitiera reservar las provisiones que tenían; porque si aquel país estaba desierto, no era probable salir de él como no fuera con el auxilio de algún navío que viniese por aquellos parajes y que ellos pudiesen hacerle señales que indicasen su presencia. Reparar el buque, no había que pensar en ello; esto exigía un trabajo superior a sus fuerzas, careciendo además de las herramientas necesarias al efecto. Construir uno nuevo con los desperdicios del yate, ¿para qué? Sin conocer a fondo la navegación, ¿cómo hubieran podido

atravesar el Pacífico para volver a Nueva Zelanda? No obstante, con las chalupas del *schooner* no sería difícil buscar alguna otra isla o continente, si existieran cerca; pero dichas embarcaciones habían sido arrebatadas por la tormenta y no quedaba más que la canoa, buena únicamente para navegar a lo largo de la costa.

A las doce, los pequeños, guiados por Mokó, volvieron a bordo. Traían una buena provisión de moluscos, que el grumete se puso a preparar. En cuanto a huevos, debía haberlos en gran cantidad, pues Mokó había visto muchas palomas que anidaban en los huecos del acantilado.

-Está bien, dijo Briant; uno de estos días organizaremos una cacería, que puede dar buena cosecha de aves.

-Seguramente que sí, respondió Mokó; tres o cuatro tiros nos darán pichones por docenas. En cuanto a los nidos, atándose cualquiera con una cuerda, no sería difícil apoderarse de ellos.

-Convenido, dijo Gordon; mientras tanto, si Doniphan quiere cazar mañana...

-Me conviene, replicó éste; Webb, Cross y Wilcox vendrán conmigo.

-Con mucho gusto, respondieron los tres muchachos, encantados de poder tirar a aquellos millares de volátiles.

-Sin embargo, observó Briant, os recomiendo que no matéis demasiados pichones; cuando nos hagan falta ya sabremos buscarlos. Importa mucho no desperdiciar el plomo y la pólvora...

-¡Bueno... bueno!... respondió Doniphan, poco amigo de observaciones, y sobre todo si éstas venían de parte de Briant. No es la primera vez que cazo, y no necesito consejos.

Una hora más tarde, Mokó avisó que el almuerzo estaba preparado, y todos se apresuraron a subir a bordo del *schooner* para sentarse en el comedor, en el que, a consecuencia de la inclinación del yate, la masa estaba algo pendiente hacia babor; pero esto no era un gran inconveniente para niños acostumbrados al vaivén del buque. Los mariscos, y en particular las almejas, fueron declarados excelentes, aunque su preparación dejaba mucho que desear. Mas a aquella edad, ¿no es el apetito el mejor condimento? Galletas, un buen trozo de *corn-beef*, agua fresca cogida en la embocadura del río en el momento de la bajamar, para que no tuviese

mal gusto, y advertía con algunas gotas de brandy, constituyeron esta comida, bastante aceptable.



Mrs. G. H. and her son

La tarde se empleó en diversos trabajos de mudanza de la cala y en escoger los objetos inventariados. Durante este tiempo, Jenkins y sus compañeritos se ocuparon en pescar en el río, en donde hormigueaban una infinidad de peces de

diversa clases. Luego, después de cenar, todos se fueron a descansar, menos Baxter y Wilcox, que estaban de guardia hasta el amanecer.

Así pasó la primera noche en aquella tierra del Océano Pacífico; tierra desconocida, y, al parecer, inhabitada.

En suma: estos muchachos no carecían de ninguno de los recursos que faltaban muy a menudo a la mayor parte de los náufragos en parajes desiertos. En el estado en que se encontraban, hombres de ingenio o industriosos hubieran salido adelante; pero ellos, el mayor de catorce primaveras, si estuviesen condenados a vivir muchos años en aquellas condiciones, ¿llegarían a proveer a las necesidades de su existencia?

Esto, por lo menos, se presentaba dudoso a los jóvenes náufragos.



J. K. & Co. Paris.

V

¿Isla o continente? -Excursión. -Briant parte solo. -Los anfibios. -Bandadas de aves. -Almuerzo. -Desde lo alto del cabo. -Los tres islotes de alta mar. -Una línea azul en el horizonte. Vuelta al «Sloughi.»

¿Isla o continente? Esa era siempre la cuestión más grave que preocupaba a Briant, Gordon y Doniphan, cuyo carácter e inteligencia hacían verdaderamente los jefes de aquella sociedad en miniatura. Pensando en el porvenir, cuando los pequeños no se acordaban más que de lo presente, hablaban muchas veces de ello. En todo caso, ya que aquella tierra fuese isla, ya continente, era indudable que no pertenecía a la zona tropical. Esto se conocía en su vegetación, compuesta de robles, abedules, hayas, alisos y pinos de diferentes clases, numerosos mirtáceos y saxífragas, que no son árboles ni arbustos, vegetales todos esparcidos por las regiones centrales del Pacífico. Hasta parecía que aquel territorio debía de tener una latitud algo más alta que Nueva Zelandia, y por consiguiente más próxima al polo austral. En este caso se podía temer que el

invierno fuese en extremo riguroso. Ya una espesa alfombra de hojas secas cubría el suelo en el bosque que se extendía al pie del acantilado. Los pinos eran los únicos que conservaban sus hojas, pues sabido es que estos árboles se renuevan de año en año sin despojarse por completo jamás.

-Me parece prudente, dijo Gordon al día siguiente en que transformaron el *Slonghi* en vivienda, no instalarnos definitivamente en esta parta de la costa.

-Ese es también mi parecer, respondió Doniphan. Si esperamos la estación de los fríos, será demasiado tarde para llegar algún sitio habitado, pues por poco que tengamos que andar, siempre será algunos centenares de millas.

-¡Paciencia! replicó Briant; no estamos aun más que a mediados de Marzo.

-Pues bien, repuso Doniphan; el buen tiempo puede durar hasta fines de Abril, y en seis semanas mucho camino se puede andar...

-¡Cuando hay caminos! replicó Briant.

-¿Y por qué no ha de haberlos?

-Sin duda, respondió Gordon. Pero si hay alguno, ¿sabemos adónde va?

-No sé más que una cosa, repuso Doniphan, y es que sería un absurdo no abandonar el *schooner* antes de la estación de los fríos, y de las lluvias, y para esto es menester que no surjan dificultades a cada paso, más vale preverlas que aventurarse como locos a través de un país desconocido.

-¡Qué pronto llamáis locos a los que no son de vuestro parecer! -replicó Doniphan.

Tal vez la respuesta de este último hubiese hecho degenerar la conversación en querella, sin la intervención de Gordon.

-De nada sirve disputar, dijo, y para salir de este atolladero es preciso empezar por entendernos. Doniphan tiene razón en decir que si estamos cerca de algún país habitado, se hace necesario ir, sin más tardanza. Pero ¿es eso posible? pregunta Briant, y tiene razón.

-¡Que diablo, Gordon! replicó Doniphan; remontándose hacia el Norte, bajando al Sur, dirigiéndonos hacia el Este, concluiríamos por llegar...

-Sí, con tal que nos encontremos en un continente, dijo Briant; pero no si estamos en una isla, y si esta isla está desierta.

-Así, pues, repuso Gordon, es preciso saber a qué atenerse. En cuanto a dejar el barco sin asegurarnos antes si hay o no un mar al Este...

-¡Ah! Sobre eso digo que él es el que nos dejará. No podrá resistir las borrascas en esta playa, exclamó Doniphan, siempre inclinado a aferrarse en sus ideas.

-Convengo en ello, replicó Gordon; y sin embargo, antes de aventurarse por el interior, es indispensable saber adónde se va.

Las razones expuestas por este último eran de tal peso, que Doniphan no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia.

-Estoy pronto a ir a la descubierta, dijo Briant.

-Yo también, respondió Doniphan.

-Y lo estamos todos, añadió Gordon; pero como sería una imprudencia llevar a los pequeños a una exploración larga y fatigosa, dos o tres de nosotros bastarán para realizar nuestro propósito.

-¡Lástima es, observó Briant, que no haya una colina bastante elevada desde la que se pueda examinar el territorio! Por desgracia, estamos en una tierra muy baja, y es lo cierto que desde alta mar no he visto ni una sola montaña en el horizonte. En verdad que no aparece por aquí más altura que este

acantilado que se eleva detrás de la playa. Más allá, sin duda, encontraremos llanuras, bosques y pantanos, a través de los que corre ese río cuya embocadura hemos explorado.

-Sería útil, sin embargo, tener un conocimiento exacto de esta comarca antes de dar la vuelta al acantilado, en donde Briant y yo hemos buscado en vano una cueva.

-Pues bien: ¿por qué no irnos al Norte de la bahía? dijo Briant; me parece que subiendo al cabo que la cierra se vería muy lejos.

-Esto es precisamente lo que yo pensaba, respondió Gordon. Sí; ese cabo, que puede tener de doscientos cincuenta a trescientos pies de altura, debe dominar el acantilado.

-Me ofrezco a ir... dijo Briant.

-¿Para qué? replicó Doniphan; ¿que se podrá ver desde allá arriba?

-¿Qué se podrá ver? ¡Lo que hay! respondió Briant.

En efecto, en la punta extrema de la bahía se alzaba un amontonamiento de rocas como cortadas a pico del lado del mar, y que del otro lado parecían unirse al acantilado. Desde el *Sloughi* hasta aquel promontorio, la distancia era, a lo más, de siete a ocho

millas, siguiendo la curva de la playa, y de cinco a vuelo de abeja, según dicen los americanos; así, pues, Gordon no debía equivocarse mucho estimando en trescientos pies sobre el nivel del mar la elevación del cabo.

Esa altura ¿bastaría para que la vista pudiera extenderse sobre el país? ¿La mirada no sería detenida hacia el Este por algún obstáculo? De todos modos, se vería lo que existía a más allá del cabo, es decir, si la costa se prolongaba indefinidamente al Norte, o si el Océano se desarrollaba más allá.

Convenía, por lo tanto, irse a la extremidad de la bahía y verificar la ascensión. Por poco que el territorio estuviese en descubierto, la vista abrazaría una extensión de varias millas.

Discutido el punto, se decidió que el proyecto se pondría en ejecución, pues si Doniphan no veía su utilidad, era sin duda porque la idea pertenecía a Briant, y no a él; mas esto no impedía que diese buenos resultados.

Acordaron también con firme resolución no abandonar el *Sloughi* hasta tener la seguridad de si había encallado en el litoral de un continente, el que no podía ser otro que el americano.

La excursión no pudo emprenderse durante los cinco días siguientes, porque el tiempo se puso nebuloso, cayendo de vez en cuando una lluvia muy fina. Si el viento no refrescaba, los vapores que ocultaban el horizonte harían inútil el proyectado reconocimiento.

Aquellos días no fueron perdidos: se emplearon en diversos trabajos. Briant se ocupaba de los niños, sobre los que velaba incesantemente, como si el esparcirse en afecto paternal fuera una necesidad de su naturaleza. Su constante preocupación en cuidarlos todo lo mejor que permitiesen las circunstancias, así es que como notase que la temperatura tenía tendencias a bajar, les obligó a ponerse vestidos de más abrigo, arreglando para ellos los que se habían encontrado en los cofres de los marineros. Esta fue una obra de sastre, en que las tijeras trabajaron más que la aguja, y para la que Mokó, que en clase de grumete sabía algo de costura, se mostró muy ingenioso. Decir que Costar, Dole, Jenkins e Iverson fueron elegantemente vestidos con aquellos anchos y largos pantalones y aquellas blusas, no es posible; pero poco importaba, con tal que estuvieran bien abrigados.

Tampoco se les dejaba ociosos. Bajó la vigilancia de Garnett o de Baxter iban a menudo a recoger mariscos en la bajamar o a pescar con redes o cañas en el río, cosa que era divertida para ellos y provechosa para todos; con la ventaja de que, ocupados alegremente, no pensaban en su situación, y si bien el recuerdo de sus padres les entristecía, la tristeza no era constante, máxime cuando a ellos no se les ocurría que tal vez no los volverían a ver jamás.

En cuanto a Gordon y Briant, podemos decir que apenas dejaban el buque, toda vez que se habían reservado el cuidado de su conservación.

Service se quedaba algunas veces con ellos, y, siempre alegre, su compañía les era útil. Amaba a Briant, y jamás se unió con aquellos de sus compañeros que hacían causa común con Doniphan; así es que Briant sentía gran afecto hacia tan buen muchacho.

-¡Vamos, esto va bien, bien! repetía a veces Service. En verdad que nuestro barco ha sido colocado perfectamente en la playa por una ola complaciente, que, tratándole con cariño, no le ha destrozado mucho... He aquí una suerte que no han tenido ni *Robinson Crusoe*, ni *Robinson Suizo* en su isla imaginaria.

¿Y qué era de Santiago Briant? Si bien ayudaba a su hermano en las diversas faenas de a bordo, apenas respondía a las preguntas que se le dirigían, apresurándose a hurtar la vista cuando se le miraba de frente.

Esta actitud de Santiago no dejaba de inspirar alguna inquietud a Briant, que, como mayor, ejercía sobre el pequeño cierta influencia. Desde la partida del *schooner*, lo hemos dicho ya, el carácter de Santiago se había modificado de tal modo; que parecía presa de los remordimientos. ¿Había cometido alguna grave falta, que no se atrevía a confesar a su hermano? Lo cierto es que más de una vez sus ojos enrojecidos atestiguaban que acababa de llorar, y Briant, impresionado, no dejaba de preguntarse si la salud de Santiago estaría en peligro. Si enferma ese niño, se decía, ¿qué cuidados podrían prestársele? Esta consideración le apenaba mucho y le impelía a interrogar a su hermano sobre lo que tenía; pero éste contestaba siempre:

-¡No... no... no tengo nada... nada!

Era imposible sacar de él otra contestación.

Desde el 11 al 15 de Marzo, los náufragos se ocuparon en dar caza a los pájaros anidados en las rocas. Iban siempre todos juntos; pero Doniphan,



Wald, cerca y 181100.

Wilcox, Webb y Cross procuraban apartarse de los demás de un modo tan notable, que Gordon se apesadumbraba por semejante proceder; y cuando la ocasión se presentaba propicia mediaba entre unos y otros, procurando hacerles comprender la necesidad de estar todos unidos. Pero Doniphan respondía con tanta frialdad a esas observaciones, que el americano juzgaba prudente no insistir. No desesperaba, sin embargo, de destruir esos gérmenes

de disensiones, que podían llegar a ser funestos, confiando también en que los acontecimientos quizás llegasen a conseguir lo que sus consejos no habían podido obtener.

Durante aquellos nebulosos días que impidieron emprender la excursión proyectada por la orilla de la bahía, las cacerías fueron bastante provechosas. Doniphan, apasionado por aquel ejercicio, era verdaderamente hábil en el manejo de la escopeta. Extremadamente orgulloso con su habilidad, desdeñaba todos los demás artefactos de caza, trampas, redes o ballestas. Wilcox, por el contrario, prefería éstas, con las que prestaba muy buenos servicios. Webb tiraba bien, sin pretender por eso igualarse a Doniphan. En cuanto a Cross, no tenía afición, y se contentaba con aplaudir las proezas de su primo. Conviene también mencionar a *Phan*, que se distinguía en aquellas cacerías y no titubeaba jamás en lanzarse en medio de las olas para buscar la caza caída entre los arrecifes. Es preciso confesar que entre las piezas muertas por nuestros cazadores, había gran número de aves marinas que no se podían comer; pero en cambio abundaban las palomas, los ánades y ocas, cuya carne fue muy apreciada por nuestros jóvenes náufragos. La

dirección que seguían los gansos cuando huían oyendo las detonaciones, indicaba que debían habitar el interior de aquella tierra. Algunas de esas aves necesitaban cierta preparación, que no salía siempre bien; pero no se podía ser exigente, como lo repetía muchas veces el previsor Gordon, porque era preciso economizar las conservas del yate, toda vez que, como hemos dicho antes, sólo la galleta existía en cantidad considerable, no siendo ésta la menor razón de sus afanes por realizar la ascensión del cabo, ascensión que les resolvería tal vez la importante cuestión de saber si aquella tierra era isla o continente. De eso, en efecto, dependía el porvenir, y por consiguiente la instalación provisional o definitiva en aquella parte del globo.

El 15 de Marzo el tiempo pareció favorable para el éxito de aquella empresa. Durante la noche, el cielo se despejó de los vapores amontonados por la calma, el viento de tierra lo serenó en algunas horas. Vivos rayos de sol doraron la cima de las rocas, se podía esperar que después del medio día el horizonte del Este estaría bastante limpio para examinarlo detenidamente, porque, en efecto, si por aquel lado se veía una línea continua de agua, aquella tierra era una isla, y los socorros no podrían

esperarse sino de algún buque que surcara aquellos mares.

No se habrá olvidado que la idea de esa excursión pertenecía a Briant, que resolvió hacerla solo. Mucho gusto hubiera tenido sin duda en que lo acompañase Gordon; pero el pensamiento de que sus compañeros no estuviesen bajo la vigilancia del americano, lo atormentaba demasiado.

El día 15 por la noche, después de haberse asegurado de que el barómetro señalaba buen tiempo, Briant anunció a Gordon que partiría al día siguiente al amanecer. Andar una distancia de diez u once millas, ida y vuelta no era cosa que arredrara a un muchacho vigoroso que no temía a la fatiga. El día entero le bastaría seguramente para llevar a cabo la exploración, y el americano podía tener la seguridad de que volvería antes del anochecer.

Briant partió, pues, al despuntar el día, sin que los demás tuviesen conocimiento de su marcha. Iba armado con un bastón y un revólver, por si encontrase alguna fiera, si bien es verdad que los cazadores no habían encontrado huella alguna de esos animales en sus precedentes excursiones.

Briant no olvidó un instrumento que debía facilitar mucho su empresa cuando llegase a lo alto

del promontorio: hablamos del catalejo de gran alcance y cuyos cristales eran de notable limpieza. Una cestita colgada de su cinturón encerraba algunas galletas, un trozo de carne salada, una calabaza con agua y unas gotas de *brandy*, lo suficiente para almorzar y comer si algún percance retrasara su vuelta a bordo.

El muchacho, andando a buen paso, siguió la curva de la costa, señalada en el límite de los arrecifes por una fila de plantas acuáticas, húmedas aun por las aguas de la bajamar. Una hora más tarde, dejaba detrás de sí el sitio en que Doniphan y sus compañeros cazaban las palomas. Estos volátiles no tenían nada que temer de él en aquel momento, porque no quería perder un minuto para llegar cuanto antes al pie del cabo. Siendo el tiempo bueno y el cielo completamente despejado de nubes, era preciso aprovecharle de tales circunstancias, pues si los vapores llegaban a amontonarse por la tarde hacia el Este, el resultado de la expedición sería nulo. Durante la primera hora, Briant anduvo con bastante rapidez, recorriendo la mitad del trayecto, y por lo tanto, no presentándose ningún obstáculo, contaba con llegar al promontorio sobre las ocho de la mañana; pero a medida que el acantilado se

acercaba a los arrecifes, el suelo ofrecía más dificultades, pues el camino arenoso era tanto más estrecho cuanto más avanzaba hacia las rompientes, y en vez de aquel terreno, movedizo, sí, pero seguro, que se extendía entre el bosque y el mar, en las cercanías del río nuestro joven se vio reducido a aventurarse a través de un sinnúmero de rocas resbaladizas, de balsas de agua que tenía que rodear, de piedras movedizas, sobre las que no encontraba suficiente apoyo, ocasionándole todo esto una gran fatiga, y, lo que era aun más sensible, un retraso de dos horas por lo menos.

-¡Es preciso, no obstante, que yo llegue al cabo antes de la pleamar! se decía Briant. Esta parte de la playa ha sido cubierta por la última marea, y lo estará también por la próxima hasta el pie del acantilado. Si me viese obligado a retroceder o a refugiarme sobre alguna roca, llegaría demasiado tarde. ¡Es necesario que pase, cueste lo que me cueste, antes de que las olas invadan la playa!

Y el valeroso muchacho, no haciendo caso de la fatiga que empezaba a entumecer sus músculos, procuró tomar el camino más corto. Tuvo muchas veces que quitarse botas y calcetines para atravesar anchas lagunas con el agua a media pierna, y luego,

cuando se encontraba otra vez en la superficie de los arrecifes, seguía su camino, no sin tener alguna caída, por más que las evitaba a fuerza de agilidad y destreza.

En aquella parte de la bahía las aves acuáticas abundaban más que en ninguna otra; pululaban de un modo asombroso. Vio también dos o tres parejas de focas solazándose cerca de las rompientes; no demostraban ninguna señal de espanto, ni trataron de esconderse debajo del agua, lo que hacía creer que si aquellos anfibios no desconfiaban del hombre, es porque no tenían por qué temerle; prueba segura de que hacía muchos años que ningún pescador había ido a cazarlas.

No obstante, reflexionándolo bien Briant comprendió, por la presencia de esas focas, que aquella costa tenía una latitud más elevada aun de lo que él creía, y que, por consiguiente, se hallaba más al Sur que el archipiélago neo-zelandés. El *Sloughi* había torcido el rumbo hacia el Sudeste durante su travesía en el Pacífico. Esta opinión se confirmó cuando llegado por fin al pie del promontorio, distinguió una bandada de una especie de gallinetas que frecuentan los parajes antárticos. Se movían sin cesar, agitando torpemente sus alas, que, más bien

que para volar, les sirven para nadar. No son comestibles, porque su carne es rancia y aceitosa.

Eran ya las diez. Las últimas millas habían agotado las fuerzas del joven, que extenuado y con apetito, juzgó pertinente tomar algún alimento antes de emprender la ascensión del promontorio, cuya cima se clavaba a trescientos pies sobre el nivel del mar.

Se sentó sobre una roca, al abrigo de la marea, que llegaba ya a los arrecifes. Una hora más tarde no hubiera podido pasar sin riesgo, a causa de la pleamar; mas eso no era ya de temer, y por la tarde, cuando la marea bajase, encontraría de nuevo el paso libre.

Un buen trozo de carne y algunos sorbos de agua con *brandy* fueron bastante para que Briant recuperase sus fuerzas. Solo, lejos de sus compañeros, nuestro muchacho se puso a considerar fríamente su situación, bien decidido a proseguir hasta el fin, con mayores bríos, la obra de salvación para todos. La actitud de Doniphan y de sus parciales no dejaba de preocuparle, porque veía en ello el manantial de serias disensiones; pero estaba firmemente resuelto a oponer una absoluta resistencia a todo acto que perjudicase al bien

general. Luego se acordó de su hermanito, cuyo modo de ser la daba mucho en que pensar. Parecía que aquel niño ocultaba alguna falta cometida antes de la salida del *schooner*, y se prometía instarle tanto, que le obligara a contestarle.

Después de una hora de descanso, empezó Briant la ascensión de las primeras rocas.

El promontorio, terminado en punta aguda y situado en la extremidad de la bahía, presentaba una estratificación y una formación geológica bastante rara: parecía una cristalización ígnea formada bajo la acción de fuerzas plutónicas, y se componía de rocas graníticas, en vez de calizas, parecidas a las que rodean el mar de la Mancha en Europa.

Nuestro joven observó también que un estrecho paso separaba aquel promontorio del acantilado. Más allá, al Norte, la playa se extendía fuera del alcance de la vista; pero, en suma, lo importante era que el Cabo fuese bastante alto para que la mirada alcanzase una gran extensión de terreno.

La subida fue en gran manera penosa, y gracias a su agilidad, a su audacia y a sus costumbres de la gimnasia, pudo, por fin, llegar hasta la punta, no sin haber evitado muchas veces caídas que hubieran sido mortales.

Ya en lo alto, tomó el anteojo y dirigió la visual hacia el Este. Aquella región era llana en todo lo que abarcaba la mirada. El acantilado formaba la principal altura, si bien su meseta se inclinaba al interior; y aun cuando más allá se presentaban algunas tumescencias, éstas no modificaban en nada el aspecto del país. Verdes bosques cubrían el suelo en aquella dirección, ocultando bajo su follaje el lecho de los ríos que corrían hacia el litoral. Era una superficie plana, cuyo radio podía calcularse en unas diez millas, y el mar parecía ser el límite de aquel territorio; mas para cerciorarse de si era continente o isla, hacía-se preciso organizar en dirección al Oeste una excursión más larga.

Al Norte, nuestro intrépido explorador no distinguía la conclusión del terreno, que se desarrollaba en una línea recta de siete u ocho millas, y a lo lejos se divisaba un nuevo cabo, muy largo, formando una concavidad semejante a una inmensa playa arenosa, que presentaba a la imaginación la idea de un vasto desierto.

Al Sur, detrás del cabo, afilado en la extremidad de la bahía, la costa se dirigía de Noreste a Sudeste, rodeando un inmenso pantano, que formaba contraste con la desierta playa del Norte.

Briant miró con atención todos los puntos de aquel ancho perímetro. ¿Era una isla? ¿Era un continente? No se atrevería a decirlo. Todo lo que



El mar y el cielo se unían para formar una sola línea.

podía afirmar era que, en caso de ser una isla, tenía gran extensión.

Se volvió después al Oeste. El mar resplandecía bajo los rayos oblicuos del sol, que bajaba con lentitud hacia el horizonte.

De repente, nuestro joven alzó con presteza el catalejo, fijando su mirada en alta mar.

-¡Buques!... exclamó: ¡buques que pasan por allí!...

En efecto; tres puntos negros aparecían en la superficie de las relumbrantes olas a una distancia que no llegaba tal vez a quince millas.

¡Qué emociones tan grandes experimentó Briant! ¿Sería una ilusión? ¿Era cierto que tres buques se encontraban allí?

El muchacho limpió el anteojo y miró de nuevo...

Aquellos tres puntos negros parecían, en efecto, buques de los que no se veía más que el casco, sin que ningún humo indicase que fueran *steamers* en marcha.

El joven pensó que si efectivamente eran buques, estaban demasiado lejos para distinguir sus señales, y siendo posible que sus compañeros no hubiesen visto aquellos barcos; lo mejor sería volver pronto al *Sloughi* para encender una gran hoguera en la playa, y entonces... después de la puesta del sol...

Briant, al hacer estas reflexiones, no dejaba de observar aquellos tres puntos negros. ¡Y cuál no fue su desengaño al notar que no se movían! Fijó de nuevo el antejo, y no tardó en conocer que lo que había creído buques no eran ni más ni menos que tres islotes situados al Oeste de la costa, cerca de los que había debido pasar el *schooner* cuando la tempestad le arrastraba en medio de las nieblas.

Su decepción fue grande.

Eran ya las dos. El mar empezaba a retirarse, dejando en seco los arrecifes al pie del acantilado. Pensando que era ya tiempo de volver, Briant se dispuso a bajar del promontorio.

Quiso, sin embargo, echar una última ojeada al Este, permitiéndole tal vez la posición más oblicua del sol alcanzar a ver algún punto del territorio que no había fijado aun su atención.

Y no se arrepintió de aquella buena idea, pues distinguió más allá de los bosques una línea azulada, prolongándose de Norte a Sur en una extensión de muchas millas, y cuyas extremidades se perdían detrás de la masa compacta de árboles.

-¿Qué puede ser? se preguntó.

Y miró aun con más atención.

-¡El mar... sí... es el mar!...

El antejo estuvo a punto de caérsele de las manos.

Puesto que el mar es extendía al Este, ya no cabía duda; no era un continente aquella tierra en la que había encallado el *Sloughi*, era una isla; una isla en aquella inmensidad del Pacífico; una isla de la que sería imposible salir.

Entonces asaltó al espíritu de Briant la consideración de todas las vicisitudes que tendrían que sufrir, y su corazón se encogió de tal modo, que dejó de sentir sus latidos; pero sobreponiéndole a aquella debilidad, impropia de su carácter, comprendió que era preciso no abatirse, por oscuro que es presentase el porvenir. Un cuarto de hora después había bajado a la playa, volviendo a tomar el camino que había seguido por la mañana, y antes a las cinco llegó al *Sloughi*, en donde sus compañeros le esperaban con gran impaciencia.

VI

**Discusión. -Excursión proyectada y aplazada. -
 Mal tiempo. -La pesca. -Las algas gigantes.
 -Costar y Dole a caballo sobre un corcel poco**

**veloz. -Los preparativos de marcha. -De rodillas
ante la cruz del sur.**

Aquella misma noche, después de la cena, Briant dio cuenta a sus compañeros del resultado de la expedición, que se concretaba a esto: al Este, más allá de la zona de los bosques, había visto una línea de agua, dibujándose, de Norte a Sur. Que dicha línea de agua era el mar, no había por qué dudarlo; así, pues, podían tener la seguridad de que no era un continente, sino una isla, la tierra que les servía de refugio.

Por lo pronto, Gordon y los demás acogieron con viva emoción la nueva que su compañero les daba. ¡Cómo! ¡Estaban en una isla careciendo de todos los medios para salir de ella!

¿Había, por lo tanto, que renunciar a aquel proyecto que concibieran de buscar al Este un camino que los guiase al continente? ¿Estaban reducidos, sin más medio de salvación, a esperar el paso de algún buque por aquellos parajes?

-Pero ¿no se habrá equivocado Briant en sus observaciones? preguntó Doniphan.

-En efecto, añadió Cross; ¿no es posible que sean nubes, y no el mar, lo que has visto?...

-No, respondió Briant: estoy cierto de no haberme equivocado. Lo que he visto al Este, redondeándose al horizonte, es agua, verdadera agua.

-¿A qué distancia? preguntó Webb.

-A unas seis millas del cabo.

-¿Y más allá, añadió Webb, no hay montañas ni elevaciones de tierra?

-No; sólo el cielo...

Briant afirmaba con tanta seguridad, que no hubiera sido razonable conservar la menor duda; pero, sin embargo, Doniphan, como de costumbre, al discutir con Briant, se obstinó en su idea.

-Pues bien; repito que has podido equivocarte, y que mientras no lo veamos por nosotros mismos...

-Eso es lo que haremos, respondió Gordon, porque es preciso que sepamos a qué atenemos.

-Es menester que no perdamos momento, dijo Baxter, si queremos partir antes de que llegue el mal tiempo, caso de que nos hallemos en un continente.

-Mañana mismo emprenderemos una excursión que ha de durar algunos días; es decir, si el tiempo continúa siendo bueno, porque arriesgarse a través de los bosques del interior en malas condiciones, sería una locura.

-Está convenido, Gordon, repuso Briant; y cuando lleguemos al litoral opuesto de la isla...

-¡Si es una isla! exclamó Doniphan encogiéndose de hombros.

-Lo es, replicó Briant con un gesto de impaciencia. ¡No estoy equivocado!... He visto bien claro el mar al Este; pero Doniphan, según su costumbre, se complace en contradecirme.

-¡No eres infalible, que yo sepa, Briant!

-¡No lo soy, no! ¡Pero esta vez te convencerás de que no he cometido ningún error! Yo mismo iré a reconocer aquel mar, y si Doniphan gusta de acompañarme...

-¡Ya lo creo que iré!

-También nosotros, exclamaron tres o cuatro de los mayores.

-Bien está, repuso Gordon; ¡haya moderación, compañeros! ¡Si aun somos niños, procuremos obrar como hombres! Nuestra situación es grave, y una imprudencia pudiera agravarla aun. No debemos aventurarnos todos a través de aquellos bosques. Los pequeños no pueden seguirnos, y tampoco es conveniente dejarlos solos aquí. Que Doniphan y Briant hagan esta excursión, acompañados de otros dos.

-Yo, dijo Wilcox.

-Y yo también, exclamó Service.

-Así sea, respondió Gordon. Cuatro bastan para ello, y si tardaseis demasiado, algunos saldrán a vuestro encuentro, mientras que los demás se quedarán en el *schooner*. No olvidéis que éste es nuestro campamento, nuestra casa, nuestro *home*, que no debemos abandonar sino cuando tengamos la certeza de que nos hallamos en un continente.

-¡Estamos en una isla! respondió Briant. Lo afirmo por última vez.

-¡Ya lo veremos! replicó Doniphan.

Los acertados consejos de Gordon pusieron fin al desacuerdo de aquellos niños, y el mismo Briant, conociendo la necesidad de comprobar lo que había visto, convino en que no existía otro medio que el de atravesar los bosques del centro para llegar al litoral opuesto. Por otro lado, admitiendo que el mar se extendiera al Este, ¿no podía haber en aquella dirección otras islas, separadas sólo por un canal fácil de atravesar? Y si estas islas formaban parte de algún archipiélago; si algunas montañas se encontrasen en ellas, ¿no era útil cerciorarse de todo esto antes de tomar una determinación, pues es trataba de la salvación de todos? En lo que no cabía

duda alguna era en que al Oeste no existía tierra alguna desde aquella parte del Pacífico hasta Nueva Zelandia; razón por la cual nuestros jóvenes náufragos no podían encontrar ningún país habitado sino buscándolo hacia el lado por donde sale el sol.

Gordon acababa de decirlo; esta exploración no podía hacerse con mal tiempo; era preciso, además, raciocinar y obrar, no como niños, sino como hombres. En las circunstancias en que se encontraban, ante las eventualidades amenazadoras del porvenir, si la inteligencia de esos muchachos no se desarrollaba prematuramente, si la ligereza o la inconstancia propias de su edad sembraba la desunión entre ellos, comprometerían por completo una situación de suyo bastante grave. Estos motivos eran los que impulsaban a Gordon a mantener a todo trance la paz entre sus compañeros.

Pero por más prisa que, ya convenidos, tuvieran para emprender la marcha Briant y Doniphan, un cambio brusco que sufrió el tiempo les obligó a aplazar el viaje. Una lluvia muy fría caía a intervalos, y el barómetro bajaba, indicando borrascas, de las que no se podía prever la duración. Hubiera sido, pues, una temeridad aventurarse en tan malas condiciones.

Todos, menos los pequeños, deseaban en verdad salir de dudas; pero aun cuando tuviesen la certidumbre de hallarse en un continente, ¿podían acaso pensar en lanzarse a la ventura en medio de un país desconocido, cuando iba a empezar la estación invernal? Y si tuviesen que recorrer algunos centenares de millas, ¿podrían soportar la fatiga que resultaría de ese viaje? El más vigoroso de todos, ¿tendría fuerzas suficientes para llevarlo a cabo? ¡No! Esa expedición debía dejarse para la época en que los días son más largos, y en los que no hay que temer ni los ríos ni las lluvias del invierno. Era necesario, por lo tanto, resignarse a permanecer durante la mala estación en el *Sloughi*.

Gordon, que por su parte procuraba indagar también en qué punto del Océano habían naufragado, estudiaba en el atlas de Stieler, que contenía un mapa del Pacífico, y no encontraba, desde Auckland hasta la costa americana, hacia el Norte, más allá del grupo de islas de Pomotou, otra isla que la de Pascua y la de Juan Fernández, en la que Selkirck, un verdadero Robinsón, pasó parte de su existencia. Al Sur, ni una tierra hasta los espacios sin límites del Océano Antártico. Si miraba al Este, el mapa no señalaba más que el Archipiélago de las

islas Chiloë, o Madre de Dios, sembradas en las costas de Chile, y más abajo las del Estrecho de Magallanes y de la Tierra de Fuego, contra las que vienen a estrellarse las olas de los terribles mares del cabo de Hornos.

Si el *schooner* había naufragado en alguna de aquellas islas desiertas que confinan con las Pampas, tendrían que andar muchos centenares de millas para llegar a las provincias habitadas de Chile, de la Plata o de la República Argentina. ¿Qué socorros podían esperar en medio de aquellas inmensas soledades, en donde peligros de toda clase amenazan al viajero?

Ante tales eventualidades, era precio obrar con extremada prudencia y no exponerse a perecer miserablemente.

Esto era lo que pensaba Gordon; Briant y Baxter participaban de su modo de ver, y era de esperar que Doniphan y los suyos concluyeran por adherirse también a una determinación provechosa para todos.

El proyecto de la excursión subsistía siempre; pero por entonces fue de todo punto imposible ponerlo en práctica, pues el tiempo se hizo insoportable por las lluvias continuas y las borrascas que se desencadenaban con extremada violencia.

Mientras tanto, Gordon y sus compañeros quedaron confinados a bordo, mas no permanecieron ociosos. Aparte de los cuidados que exigía el material, tenían que reparar muchas veces las averías ocasionadas por la intemperie, pues la cubierta empezaba a abrirse, dejando filtrar el agua por las juntas, y era preciso calafatear, o sea tapar con estopas las grietas para evitarlo provisionalmente.

Lo que más urgía era buscar un abrigo más seguro, porque ciertamente el *Sloughi* no duraría mucho tiempo, y si se viesan precisados a abandonarlo en medio del invierno, ¿en dónde encontrarían un refugio, puesto que el lado del acantilado, expuesto al Oeste, no ofrecía ninguna hendidura que pudiera utilizarse? Era necesario, por lo tanto, buscar en la parte opuesta, al abrigo de los vientos del mar, y edificar, si preciso fuera, una vivienda bastante grande para aquella sociedad en miniatura.

En el ínterin debían hacerse las reparaciones más necesarias para tapar, no sólo las vías de agua, sino también las de aire abiertas en el casco.

Gordon, convencido de que el calafateo no era suficiente, tuvo la idea de cubrir las paredes del buque con las velas; pero sentía destrozar aquella

lona, que podía servir más tarde para establecer tiendas de campaña.

El cargamento, dividido en paquetes, inscritos en la cartera del americano con su número de orden,



Preparación de cargar las provisiones del buque por las velas.

podía, en un caso dado, ser transportado con rapidez al abrigo de los árboles.



—Petro ya no puede... repone Goshan.

Cuando el tiempo les concedía algunas horas de calma, Doniphan, Webb y Wilcox iban a cazar palomas, que Mokó procuraba condimentar de diversos modos, con más o menos éxito.

Garnett, Service, Cross, los pequeños, y algunas veces Santiago, cuando su hermano lo exigía, se ocupaban en pescar. La bahía, llena de algas, enganchadas en los primeros arrecifes, abundaba en peces del género *notothenia*, así como en grandes merluzas. Entre los hilos de aquellas gigantescas algas, llamadas *kelps*, que miden a veces cuatrocientos pies de largo, hormigueaba un número prodigioso de pececitos, que se podían coger hasta con la mano.

Eran de oír las exclamaciones de aquellos pescadores cuando sacaban las redes o las cañas a la orilla.

-¡Los tengo magníficos! exclamaba Jenkins. ¡Oh qué grandes son!

-¡Los míos son mayores! gritaba Iverson, llamando a Dole para que lo ayudase.

-¡Ay! ¡Qué se van a escapar! decía Costar.

-Tirad, tirad, repetían Garnett o Service yendo de unos a otros; y, sobre todo, levantad pronto las redes.

-¡Pero yo no puedo!... repetía Costar, cuya carga le arrastraba a pesar cuyo.

Y todos, reuniendo sus esfuerzos, llegaban por fin a llevar las redes hasta la arena, no sin perder

algunos peces, a quienes feroces lampreas, recorriendo aquellas aguas, devoraban entre las mallas de las redes. Pero los que quedaban bastaban para las necesidades de la masa de los niños. La merluza daba una carne excelente, bien sea la comiesen fresca o conservada.

El 27 de Marzo, una importante captura dio lugar a un incidente asaz cómico.

Por la tarde, habiendo cesado de llover, los pequeños se dirigieron al río con sus útiles de pesca.

Grandes gritos se dejaron oír algún tiempo después, y aun cuando eran en verdad exclamaciones de alegría, notábase, no obstante, que llamaban a los demás en demanda de socorro.

Gordon, Briant, Service y Mokó, ocupados a bordo del *schooner*, dejaron su trabajo, y lanzándose en dirección de los gritos, recorrieron en un momento los quinientos o seiscientos pasos que los separaban del río.

-¡Llegad... llegad! gritaba Jenkins.

-¡Venid a ver a Costar y su corcel! exclamaba Iverson.

-¡Más aprisa, Briant, más aprisa, si no, se nos va a escapar! repetía con impaciencia Jenkins.

-¡Basta!... ¡Basta!... ¡Bajadme!... ¡Tengo miedo! gritaba Costar haciendo gestos de desesperación.

-¡Arre!... ¡Arre!... gritaba Dole, que de un salto se había colocado a la grupa de aquella enorme masa puesta en movimiento.

Esa masa era una de esas grandes tortugas que se encuentran algunas veces dormidas en la superficie del mar. Sorprendida en la playa por nuestros infantiles viajeros la que montaba Costar, procuraba volver a su natural elemento.

Después de haberle pasado una cuerda alrededor del cuello, que tenía fuera de la concha, los niños procuraban en vano detener al vigoroso crustáceo. Este continuaba andando, y si bien no lo hacía muy de prisa, tiraba con bastante fuerza, arrastrándoles a todos. Entonces el travieso Jenkins subió a Costar en la tortuga, y Dole, colocado detrás, sostenía al niño, que no casaba de gritar por el miedo que tenía, pues el anfibio se acercaba cada vez más al mar.

-¡Sostente!... ¡Sostente, Costar! dijo Gordon.

-¡Y ten cuidado no se desboque el caballo! exclamó Service.

Briant no pudo detener la risa, pues no había peligro alguno, en atención a que desde el momento

en que Dole soltase al niño, éste no tenía más que dejarse caer, sin otro percance que el miedo.

Era urgente apoderarse del animal, y aunque Briant y los demás hubieran unido sus fuerzas a los pequeños evidentemente no llegarían a detener la tortuga: hacía-se preciso, pues capturarla antes de que llegase al agua, porque esto conseguido, estaría en completa seguridad.

-Los revólvers de que Gordon y Briant se habían provisto al salir del *schooner*, no les servían para nada, toda vez que la concha de ese anfibio resiste las balas, y si se le acometía a hachazos, escondería la cabeza y las patas, poniéndolas fuera de todo peligro.

-No hay más que un medio para apoderarnos de ella, y es ponerla boca abajo, dijo Briant.

-¿Y cómo puede ser eso? preguntó Service; este animal pesa por lo menos trescientas libras, y jamás podremos conseguir tu deseo.

-¡Cuerdas!... ¡Cuerdas!... ¡pronto!... dijo Briant.

Y seguido de Mokó, corrieron a escape hacia el *Sloughi*.

En aquel momento la tortuga no estaba más que a unos treinta pasos del mar, y apresurándose Gordon a bajar a Costar y a Dole de encima de la

concha, cogieron todos la soga con que estaba atada y tiraron con fuerza, sin llegar a detener al animal, que hubiera podido sólo remolcar el colegio entero de Chairmán.

Felizmente, Briant y Mokó llegaron antes de que alcanzara el agua, y consiguiendo pasar dos cuerdas por debajo de la tortuga, pudieron, no sin grandes esfuerzos, volverla patas arriba, con lo cual se hicieron dueños de ella; y antes de que escondiera la cabeza, Briant le dio tan buen hachazo, que, separada aquélla del tronco, quedó muerta en el acto.

-Y bien, Costar: ¿tienes miedo aun de ese anima?
Y preguntó al niño.

-¡No, no, puesto que está muerto!

-¡Bueno!... exclamó Service; ¡puesto a que no te atreverás a comerla!

-¿Se come eso?

-¡Ya lo creo!

-Pues sí, comeré, si es bueno, replicó Costar relamiéndose ya.

-Os respondo de quo es un bocado exquisito, respondió Mokó; y seguramente no se equivocaba al decir esto de la carne de tortuga.

Como no podían llevarla entera, tuvieron que despedazarla allí mismo, operación bastante repugnante; pero los jóvenes náufragos empezaban ya a acostumbrarse a las necesidades, muchas veces desagradables, de aquella vida de Robinsones. Lo más difícil fue romper la concha, cuya dureza hubiese mellado el hacha; pero lo hicieron introduciendo un cortafríos en los intersticios, y una vez abierta, cortaron la carne en varios pedazos, llevando cada uno un trozo al *Sloughi*. Aquel día todos se convencieron de que el caldo de tortuga era excelente, y que la carne puesta en las parrillas era muy delicada, por más que Service la hubiese dejado quemar en algunos sitios. *Phann* dio a conocer también que los restos del anfibio eran buenos para la raza canina.

Esta tortuga les dio por lo menos ciento cincuenta libras de carne, buena cantidad que les permitía economizar las conservas.

El mes de Marzo acabó con mal tiempo. Durante las tres semanas que pasaron desde el naufragio del *Sloughi*, cada cual trabajó lo mejor que pudo; pero a la fecha quedaba por resolver definitivamente la importante cuestión de si la tierra

en que estaban era continente o isla, y esto era necesario averiguarlo cuanto antes.

El primero de Abril el tiempo dio muestras de que no tardaría en mejorar. El barómetro subía con lentitud, y el viento venía de tierra; señales todas que anunciaban próxima calma, tal vez de larga duración; así, pues, las circunstancias se presentaban favorables para una exploración al interior.

Los mayores hablaron de ello aquel día, y después de alguna discusión se convino en reparar lo necesario para aquella expedición, tantas veces debatida.

-Supongo, dijo Doniphan, que nada nos impedirá partir mañana temprano.

-Así lo espero, respondió Briant; es preciso que estemos prontos para salir a primera.

-Creo, dijo Gordon, que esa línea de agua que has visto al Este, se encuentra a seis o siete millas del promontorio...

-Sí, contestó Briant; pero como la bahía está bastante profunda, es posible que la distancia sea menor desde nuestro campamento.

-Entonces, repuso Gordon, vuestra ausencia no podrá durar más que veinticuatro horas.

-Tendrías razón, si tuviésemos la seguridad de dirigirnos en línea recta al Este. Pero ¿encontraremos algún sendero para atravesar los bosques cuando hayamos dado la vuelta al acantilado?

-¡Oh, no será esa la dificultad que nos detenga! observó Doniphan.

-Sea, respondió Briant; pero otros obstáculos pueden cerrarnos el camino; un río, un pantano... ¡qué sé yo! Me parece prudente que nos proveamos de víveres para un viaje de algunos días...

-Y de municiones, añadió Webb.

-No hay que hablar de eso, repuso Briant; pero convengamos en una cosa, Gordon, y es en que, aun cuando no estuviésemos de vuelta a las cuarenta y ocho horas, no debes tener inquietud y has de procurar que los pequeños no se alarmen por nuestra ausencia.

-No estaré tranquilo desde el momento en que partáis; pero esa no es la cuestión. Puesto que este viaje explorativo se cree necesario, hacedlo en buen hora. Os recomiendo que no os limitéis al examen de aquel mar del Este; es preciso también reconocer el otro lado del acantilado. No hemos encontrado aquí ninguna cueva, y como algún día, por desgracia,

nos veremos obligados a abandonar este barco, será preciso establecer nuestro campamento en un punto que esté al abrigo de los vientos de mar. Pasar el invierno en esta playa me parece imposible y por otra parte...

-Tienes razón, respondió Briant; buscaremos un sitio conveniente en donde podamos instalarnos.

-Como no sea que veamos la posibilidad de dejar definitivamente esta supuesta isla, dijo Doniphan volviendo a su idea fija, tenaz siempre.

-Se comprende, aunque la estación no es propicia para ello, respondió Gordon. En fin, obraremos del modo que más convenga. Mañana, pues, partiréis.

Los preparativos no tardaron en acabarse. Víveres para cuatro días, dispuestos en saquitos que llevarían a la espalda; cuatro escopetas, cuatro revólvers, dos hachas pequeñas, una brújula de bolsillo, un antejo de bastante potencia para examinar el territorio en un radio de tres o cuatro millas, mantas de viaje, y luego mechas de yesca, eslabones y cerillas, que completaban lo necesario para una expedición corta, pero no exenta de peligros. Era preciso también, y lo recomendó mucho Gordon, que los intrépidos expedicionarios

a abandonar el *Sloughi*, con el fin de velar por los pequeños; mas hablando a solas con Briant, le hizo prometer que evitaría todo motivo de discusión o querrela.

Los pronósticos del barómetro se habían realizado. A la caída de la tarde, las últimas nubes desaparecieron al Occidente, dejando el cielo de un azul purísimo. Las magníficas constelaciones del hemisferio austral brillaban en el firmamento, y entre ellas se destacaba aquella espléndida Cruz del Sur que luce en el polo antártico.

En la víspera de una separación cuyas consecuencias no podían prever, Gordon y sus compañeros sentían que sus corazones latían con más fuerza, y mientras sus miradas se dirigían al cielo, pensaban en sus padres y en su país, que tal vez no volverían a ver más.

Entonces los pequeños se arrodillaron ante aquella Cruz del Sur, como lo hubiesen hecho al pie del crucifijo de una capilla, y rogaron al Criador de aquellas celestes maravillas les concediese esperanza en su divina bondad.

VII

El bosque de abedules. -Desde lo alto del acantilado. -A través del bosque. -Una barrera sobre el «creek». -El río conductor. -Campamento para la noche. -La choza. -La línea azulada. -Phann bebe.

Briant, Doniphan, Wilcox y Service partieron a las siete de la mañana. El sol, subiendo en el cielo sin nubes, anunciaba uno de aquellos hermosos días que el mes de Octubre ofrece algunas veces a los habitantes de las zonas templadas del hemisferio boreal. Nuestros muchachos no tenían que temer ni el frío ni el calor, y si algún obstáculo retrasaba su marcha, provendría únicamente de la naturaleza del suelo.

Atravesaron la playa en línea oblicua para llegar más pronto al pie de las rocas. Gordon les aconsejó que se llevaran a *Phann*, cuyo instinto podría serles muy útil: he aquí por qué el inteligente animal formaba parte de la expedición.

Un cuarto de hora después de su marcha, los jóvenes habían desaparecido debajo de los árboles. Algunos pájaros revoloteaban aquí y allí; pero como

no se podía desperdiciar el tiempo, Doniphan resistió a la tentación, absteniéndose de tirar un solo tiro. El mismo *Phann* llegó a comprender que sus idas y venidas eran inútiles, concluyendo por no apartarse sino algunos pasos delante de sus amos, reconociendo el terreno.



Doniphan. Fue el primero que salió a la conquista de las montañas.

El plan de nuestros exploradores consistía en seguir la base del acantilado hasta el cabo, situado al Norte de la bahía, y si antes de llegar a su extremo no habían podido pasar, se dirigirían hacia la laguna señalada por Briant. Este itinerario, aunque no fuese el más corto, era el más seguro; máximo cuando importaban poco dos o tres millas más o menos tratándose de unos muchachos llenos de vigor y buenos andarines.

Al llegar a las rocas, Briant reconoció el sitio en el que Gordon y él se detuvieron en su primera exploración. En esta parte de la muralla granítica no se ofrecía ningún paso al Sur; era, pues, preciso ir hacia el Norte para buscarlo, aunque tuvieran que llegar hasta el cabo. Necesitarían tal vez para ello un día entero; pero no podían proceder de otro modo en el caso de que el acantilado fuese infranqueable por su frente occidental.

Esta es la explicación que Briant dio a sus compañeros; y Doniphan, después de muchas tentativas para subir por una de las pendientes del talud, no encontró ninguna objeción que hacer.

Anduvieron tres o cuatro millas más, y temiendo Briant que tuviesen que ir hasta el promontorio, mostrábase impaciente por saber si encontrarían el

paso libre, pues a la hora que era, tal vez el mar cubriese ya la playa, en cuyo caso se perdía casi medio día esperando que la bajamar dejara en seco los arrecifes.

-Apresurémonos, dijo después de explicar el interés que tenía en llegar antes al flujo.

-¡Bah! respondió Wilcox. ¡Qué más da que nos mojemos algo los tobillos!

-Los tobillos, y luego el pecho, y también las orejas, replicó Briant. El mar sube lo menos cinco o seis pies. En verdad, creo que mejor hubiera sido dirigirnos al promontorio en línea recta.

-¿Por qué no lo propusiste? replicó Doniphan. Eres tú el que guías, y si nos retrasamos, la culpa será cuya.

-Sea, Doniphan. En todo caso no perdamos un instante. Pero ¿dónde está Service?

Y llamó a voces:

-¡Service!... ¡Service!...

El muchacho no estaba por allí. Después de haberse alejado con su cariñoso *Phann*, acababa de desaparecer detrás de una parte saliente del acantilado, a un centenar de pasos a la derecha.

Pero casi en aquel instante se oyeron unos gritos, seguidos de los ladridos del perro. ¿Se encontraría Service en peligro?

En un momento, Briant, Doniphan y Wilcox se unieron a su compañero, a quien hallaron parado ante un derrumbamiento reciente en aquella mole de piedra. A consecuencia, sin duda, de filtraciones, o sencillamente por la intemperie la masa calcárea se había desunido, formando una especie de medio embudo, con la punta hacia abajo, desde la cresta del muro hasta el suelo. Las paredes interiores formaban una pendiente de cuarenta a cincuenta grados, a lo sumo, presentando además algunas irregularidades, en las que nuestros pequeños exploradores encontrarían puntos de apoyo.

La ascensión, pues, para muchachos ágiles, no era difícil, y llegarían sin mucho trabajo a lo alto, si un nuevo derrumbamiento no lo impedía.

Empezaron a subir.

Doniphan se lanzó el primero al montón de piedras hacinadas en la base.

-¡Espera!... ¡Espera!... exclamó Briant. ¡No cometamos imprudencias!...

Pero Doniphan no le hizo caso, y como quería, por amor propio, adelantar a sus compañeros, y

sobre todo a Briant, llegó pronto a la mitad de la altura.

Los demás le imitaron, procurando no colocarse directamente detrás de él, a fin de evitar el choque de los cantos que se desprendían y rodaban hasta el suelo.

Sin incidente alguno llegaron a la altura, habiendo tenido Doniphan la satisfacción de ser el primero que pisara la cresta de las rocas.

En seguida sacó el anteojo y fijó su mirada a lo largo de aquellos bosques, que se perdían de vista en dirección al Este.

Era el mismo panorama de verdura y cielo que Briant había visto desde el cabo, si bien aparecía menos profundo, porque el punto de observación primero tenía unos cien pies más de altura que el acantilado.

-¿No ves nada? preguntó Wilcox.

Y Doniphan le entregó el catalejo, pintándose en sus facciones una viva satisfacción.

-No veo nada de agua, repuso Wilcox.

-Será, probablemente, porque no la haya por ese lado. Puedes mirar, Briant, y supongo que reconocerás tu error.

-Es inútil; estoy cierto de no haberme equivocado.

-¡Vaya una terquedad! No vemos absolutamente nada, y...

-Es muy natural, puesto que esto tiene menos elevación que el promontorio, lo que disminuye el alcance de la vista. Si estuviésemos a la misma altura en que estaba yo colocado, veríais la línea azul a una distancia de seis o siete millas, y no dudaríais de que está allí, sin que sea posible confundirla con las nubes.

-Eso es muy fácil de decir, replicó Wilcox.

-Y no menos fácil de probar, respondió Briant. Bajemos las rocas, atravesemos al bosque y marchemos en línea recta hasta que lleguemos.

-Bueno, replicó Doniphan; pero en verdad, no sé si vale la pena de que...

-Quédate, Doniphan, respondió Briant, quien, fiel a los consejos de Gordon, se contenía, a pesar de la mala voluntad de su compañero. Quédate; Service y yo iremos solos.

-Nosotros también, replicó Wilcox. Adelante, Doniphan, adelante.

-Cuando almorcemos, dijo Service.

-En efecto, contestaron los otros.

Y se pusieron a tomar un buen refrigerio, con el apetito y la alegría propios de los pocos años; y una vez terminada la comida, se pusieron en marcha.

La primera milla se anduvo sin obstáculo de ninguna clase, encontrándose tan sólo aquí y allí musgos y líquenes que cubrían las tumescencias pedregosas. Algunos arbolitos se agrupaban de trecho en trecho, según su especie; aquí, helechos arborescentes o licopodios; allá, brezos con sus diminutas flores, y *berberis*, que subido es se multiplican en casi todas las latitudes.

Cuando Briant y sus compañeros hubieron recorrido la meseta superior, empezaron a bajar con gran trabajo por el lado opuesto del acantilado, casi tan elevado y recto como el de la bahía; pero si no hubiesen encontrado el lecho de un torrente, seco en aquella época y cuyas sinuosidades facilitaban el descenso, se hubieran visto obligados a volver al promontorio.

Al llegar al bosque, la marcha se hizo más penosa en un suelo lleno de hierbas muy altas.

Árboles caídos obstruían el paso, y los matorrales eran tan espesos, que se hacía menester abrir camino. Los muchachos movían el hacha con la agilidad y energía de los mejores gastadores

atravesando las selvas del Nuevo Mundo; pero a cada instante tenían que detenerse, y en aquellas paradas más se cansaban los brazos que las piernas. Esto les ocasionaba mucho retraso, y el disgusto de ver que el camino recorrido no sería mucho; mas siguieron en su empresa.

Parecía, en verdad, que ningún ser humano hubiese penetrado jamás bajo la cubierta de aquel bosque, pues ni el más pequeño sendero denunciaba la acción de hombre alguno. Solamente las borrascas o la vejez habían podido derribar aquellos árboles, y las hierbas aplastadas en algunos sitios no indicaban otra cosa que el paso reciente de animales de mediana estatura, de los que se vieron huir a algunos, aun cuando no pudieron determinar a qué especie pertenecían.

Doniphan estuvo a punto muchas veces de descargar su escopeta sobre aquellos animales inofensivos; pero la razón le hizo comprender que no era prudente dar a conocer su presencia con las detonaciones de un arma de fuego; así es que, dadas sus aficiones, tuvo que apelar a toda la firmeza de carácter para no caer en la tentación de matar alguna de esas perdices de tan delicado gusto, u otros de los volátiles que revoloteaban a millares.

Reprimidos por tales razones sus ímpetus, se contentó con hacer constar que si tuviesen que residir en aquella región, la caza podría darles un alimento abundante y sustancioso.

Aquellos bosques estaban formados en su mayor parte por abedules y hayas que desarrollaban sus verdes ramas hasta una altura de cien pies. Habla también algunos cipreses, mirtáceos de una madera encarnada y muy compacta, y magníficos grupos de esos vegetales llamados *winters*, cuya corteza esparce un aroma muy parecido a la canela.

Eran las dos de la tarde cuando tuvieron que hacer una nueva parada en medio de un claro atravesado por un río poco profundo, que se llama un *creek* en la América del Norte. Las aguas de esto arroyo, de una limpidez perfecta; corrían suavemente sobre un lecho de negruzcas rocas, y al vérselo deslizar tranquilo por un somero cauce, sin nada que estorbara su marcha, podría creerse que su nacimiento no estaba lejos. En cuanto a vadearle, nada era más fácil, con sólo pasar por encima de las piedras sembradas en su lecho, algunas de las cuales llamaban la atención por la simetría con que estaban colocadas de trecho en trecho, unas sobre otras.

-¡He aquí una cosa singular! dijo Doniphan.

-¡Parece una calzada! exclamó Service, disponiéndose a pasar del otro lado.

-¡Espera, espera! le dijo Briant; deja que nos demos cuenta de la colocación de estas piedras.

-No puede admitirse que se hayan arreglado solas de ese modo, añadió Wilcox.

-No, dijo Briant; parece que se ha querido establecer un paso en este sitio del río... Veámoslo desde más cerca.

Y examinaron con detención cada uno de los guijarros de aquella estrecha vía, que no sobresalía del agua más que algunas pulgadas, debiendo ser, por lo tanto, inundada en la estación de las lluvias.

En resumidas cuentas, ¿podía decirse que la mano del hombre era la que había colocado allí esas piedras? No. Más fácil era creer que, arrastradas por la fuerza de la corriente, se habían ido amontonando poco a poco, formando una barrera natural. Esa fue la opinión de Briant y de sus compañeros, después de una minuciosa observación; induciendo a creerlo así también el hecho de que ninguna de las orillas presentaba indicio alguno de haber sido holladas por la planta humana.

El arroyo se dirigía al Noroeste. ¿Desembocaría en aquel mar que Briant aseguraba haber visto desde lo alto del promontorio?

-Es posible, dijo Doniphan, que ese río sea afluente de otro más importante que siga luego su curso hacia el Oeste.

-Ya lo veremos, dijo Briant, no queriendo entrar en discusión; pero soy de parecer que mientras corra al Este debemos seguirle, si no da muchas revueltas.

Y los cuatro viajeros se pusieron en marcha, después de atravesarle por la calzada. Salvo algunos sitios, en donde los árboles mojaban sus raíces en el agua, les fue fácil seguir la orilla, cuya dirección era siempre hacia el mismo punto; pero a las cinco y media Briant y Doniphan observaron que el riachuelo cambiaba de rumbo, corriendo ya al Norte, y tuvieron que abandonar su ribera para volver a internarse en lo más espeso de la selva, por la que caminan penosamente por en medio de la espesura de aquellas altas hierbas, y en muchos sitios necesitaba dar voces a cada instante para no extraviarse.

Después de un día entero de marcha, nada les indicó aun la proximidad de ningún mar. Briant no dejaba ya de experimentar cierta inquietud. ¿Habría

sido una ilusión aquella línea azul que vio desde lo alto del promontorio?

-¡No... no!... se decía. ¡No me he equivocado!... Eso no puede ser.

A las siete de la tarde no habían alcanzado aun el límite del bosque, y la oscuridad era ya demasiado grande para que pudiesen andar con seguridad.



Briant y Doniphan acordaron hacer alto y pasar la noche debajo de los árboles. Con un buen trozo de *corn-beef* no se pasaría hambre, y con buenas mantas no se sentiría el frío. Pensaron encender una hoguera; pero esa precaución, muy conveniente para alejar las fieras, les hubiera comprometido en el caso de que algún indígena la observase.

-Vale más no arriesgarse a ser descubiertos, dijo Doniphan.

Todos fueron de su parecer, y no se ocuparon ya más que de cenar, pues el apetito no faltaba. Terminada la cena, y cuando se disponían a echarse al pie de un enorme abedul, Service les señaló a algunos pasos de distancia una espesa maleza, de en medio de la que salía un árbol de mediana altura, cuyas ramas caían hasta el suelo. Parecales mejor el sitio, y en él, sobre un montón de hojas secas, los cuatro se acostaron, y después del mismo verse en las mantas, no tardaron en volدار profundamente dormidos, de en que modo que *Phann*, no obstante su obligación de velar por ellos, se dormía también.

Eran las siete cuando Briant y sus compañeros se despertaron. Los rayos oblicuos del sol alumbraban poco aun el lugar en que habían pasado la noche.

Service fue el primero que salió del matorral, y un instante después empezó con exclamaciones gritando:

-¡Briant!... ¡Doniphan!... ¡Wilcox!... ¡Venid, venid pronto!...

-¿Qué te pasa? preguntó Briant.

-¿Qué ocurre? preguntó a su vez Wilcox. ¡Con esa manía que tienes, Service, de gritar siempre, nos das unos sustos!...

-¡Bueno... bueno!... replicó el vivaz muchacho. ¡Tranquilizáos y mirad en dónde hemos dormido! No era un matorral; era una cabaña hecha con ramas, una de esas chozas que los indios llaman *ajoupa*, construida con ramas entrelazadas. Esta *ajoupa* debía de ser muy antigua, pues su techo y sus paredes no se sostenían más que por el árbol, cuyas ramas la vestían. Era en un todo igual a las que construyen los indígenas del Sur de América.

-¿Habrá aquí habitantes? dijo Doniphan mirando en derredor.

-Si no los hay, los ha habido, respondió Briant, porque esta cabaña no se ha hecho sola.

-Esto explica la existencia de la calzada del *creek*, observó Wilcox.

-¡Tanto mejor! exclamó Service; si hay habitantes, son buenas gentes, puesto que han edificado esta choza a propósito para que pasemos en ella la noche, haciéndonos un señalado favor.

Era indudable que algunos indígenas habitaban o habían habitado, en una época más o menos lejana, aquella parte del bosque. Pero que fuesen buenas gentes, como decía Service, nada era menos cierto, porque no podían ser sino indios, si esa comarca comunicaba con el Nuevo Continente, o polinesios, y tal vez caníbales, si fuera una isla de uno de los grupos de Oceanía.

Esta última eventualidad ofrecía muchos peligros: importaba, pues, ahora más que nunca, resolver la cuestión. Así es que, cuando Briant se apresuraba a emprender la marcha, Doniphan propuso a sus compañeros registrar minuciosamente la choza, que parecía abandonada desde largo tiempo.

Tal vez pudieran encontrar algún objeto, utensilio, instrumento o herramienta que les diera algún indicio sobre el antiguo habitante de aquella morada.

El lecho de hojas secas extendido en el suelo del *ajoupa* fue revuelto con cuidado, y en un rincón

Service recogió un fragmento de barro cocido, que parecía ser los restos de un porrón. Nuevo indicio del trabajo del hombre, pero que no dilucidaba el problema.

A las siete y media, y con la brújula en la mano, nuestros muchachos emprendieron de nuevo su ruta, dirigiéndose siempre al Este, en un suelo algo en declive; anduvieron así durante dos horas en medio de grandes hierbas y arbustos que dificultaban en gran manera su marcha, teniendo muchas veces que abrirse paso a hachazos.

Por fin, un poco antes de las diez lograron divisar el horizonte a través de los árboles.

Más allá del bosque se extendía una llanura sembrada de lentiscos, tomillos y helechos, y a media milla al Este estaba cerrada por un banco de arena, lamido por las aguas de aquel mar que había visto Briant, y que se extendía hasta el horizonte.

Doniphan se callaba. Sentía mucho este vanidoso joven que su compañero no se hubiera equivocado.

Briant, que no quería humillarle con su triunfo, no aparentó obtenerlo, y examinaba aquella región con el antejojo.

Al Norte, la costa, vivamente alumbrada por los rayos del sol, se encorbaba un poco a la izquierda.

Al Sur sucedía lo mismo, con la única diferencia de que la curva de la costa era mayor.

Ya no había que dudar; no era un continente, sino una isla, sobre la que la tempestad había hecho encallar el *schooner*, y era preciso renunciar a toda esperanza de salir de allí, si el socorro no venía de fuera. En alta mar nada se veía; parecía que aquella isla estaba como perdida en medio de la inmensidad del Pacífico.

Briant, Doniphan, Wilcox y Service, habiendo atravesado la llanura que se extendía hasta la playa, hicieron alto al pie del banco de arena, con el objeto de almorzar en seguida y emprender otra vez el camino del bosque, pues apresurándose, quizás les fuera posible llegar al *Sloughi* antes de la noche.

La comida fue bastante triste, sin que apenas cambiasen algunas palabras.

Por fin Doniphan, cogiendo su saquito y su escopeta, se levantó, diciendo secamente:

-Partamos.

Y los cuatro, después de echar una última ojeada hacia aquel mar, se disponían a andar, cuando *Phann* echó a correr hacia la playa.

-¡*Phann!*... ¡Ven aquí, *Phann!* gritó Service.

Pero el animal siguió corriendo, oliendo la húmeda arena. Luego, brincando en medio de las pequeñas olas de la resaca, se puso a beber con avidez.

-¡Está bebiendo!... ¡Está bebiendo! exclamó Doniphan.

En un instante atravesó la playa, y cogiendo un poco de **aquella** agua en el hueco de la mano, se la llevó a los labios... ¡Era dulce!

Era, por lo tanto, un lago, y no el mar, como creían, lo que se extendía hasta el horizonte del Este.

VIII

Reconocimiento al Oeste del lago. -Bajando la orilla. -Vista de avestruces. -Un río que sale del lago. -Noche tranquila. -El contrafuerte del acantilado. -Un dique. -Restos de una canoa. -La inscripción. -La cueva.

La importante cuestión, de la que dependía la salvación de los jóvenes náufragos, quedaba aun por

resolver, pues que aquel supuesto mar era un lago, no daba lugar a dudas.

Pero ¿no era posible que dicho lago perteneciera a una isla, y que, prolongando la expedición más allá, es encontraran tal vez con un verdadero mar, sin ningún medio de atravesarlo?



Los árboles crecen allí por las orillas del lago.

Aquel lago presentaba dimensiones considerables, puesto que un horizonte de cielo le encerraba en las tres cuartas partes de su perímetro; era, pues, admisible que estuviesen en un continente, y no en una isla.



Un grupo de viajeros en un momento de la expedición.

-Entonces hemos naufragado en el continente americano, dijo Briant.

-Siempre lo he pensado así, respondió Doniphan, y creo que no me equivoco.

-De todas maneras resulta, repuso Briant, que era agua lo que yo vi al Este.

-Sí, mas no el mar.

Esta réplica, hecha con cierta satisfacción interior, demostraba en Doniphan más vanidad que corazón. Briant no insistió; además, en interés de todos era mejor que se hubiera equivocado, porque sobre un continente no estarían prisioneros como en una isla.

Hacíase necesario, sin embargo, esperar un tiempo más favorable para emprender un viaje al Este, porque las dificultades que habían encontrado en la corta expedición que acababan de verificar serían mucho mayores cuando se tratase de ir todos juntos.

Empezaba el mes de Abril, y sabido es que el invierno, en la zona austral, se presenta mucho más precoz que en la boreal. No podían ponerse en camino hasta la primavera, y, sin embargo, la estancia en aquella bahía del Oeste, sin cesar castigada por los vientos del mar, no tenía nada de agradable, y se veían en la precisión de abandonar el buque antes de terminar el mes. Así es que, puesto

que Gordon y Briant no habían podido encontrar ningún refugio en el basamento occidental el acantilado, era necesario ver si podían establecerse en mejores condiciones por el lado del lago. Esta nueva exploración se imponía, aunque ocasionase un retraso de un día o dos. Gordon experimentaría sin duda viva inquietud; pero Briant y Doniphan no titubearon, en atención a que tenían provisiones para cuarenta y ocho horas aun, y como nada anunciaba un cambio atmosférico decidiéronse a bajar hacia el Sur, costeano aquella inmensa laguna.

Otro motivo, además, les inducía a llevar más lejos sus indagaciones. Aquella parte del territorio había sido habitada, o a lo menos frecuentada por indígenas, como lo daban a entender la calzada del riachuelo y la cabaña, cuya construcción denotaba la presencia del hombre en una época más o menos reciente.

Tal vez otros indicios les darían a conocer que, si no indígenas, algún náufrago había vivido allí, como ellos, hasta llegar a alguna ciudad del continente, y esto bien merecía la pena de prolongar la exploración de aquella costa.

La cuestión, pues, consistía en determinar si debían dirigirse hacia el Sur o el Norte; pero como

yendo al Sur se aproximaban al *Sloughi*, resolvieron andar en aquella dirección.

A las ocho y media se pusieron en marcha por la llanura cubierta de dunas llenas de hierbas. *Phann* levantaba bandadas de perdices, que se refugiaban en los grupos de lentiscos o de helechos; mas no era prudente tirar, para no llamar la atención de alguna tribu de salvajes que visitara de vez en cuando el lago.

Siguiendo la orilla, tan pronto al pie de las dunas como del banco de arena, nuestros jóvenes pudieron andar unas diez millas durante el día, sin demasiada fatiga. Ninguna huella encontraron de indígenas, y si aquel territorio había estado habitado por alguien, no parecía serlo en la actualidad.

Tampoco vieron por allí fieras ni rumiantes de ninguna especie. Dos o tres veces por la tarde, algunos volátiles aparecieron en el límite del bosque pero fue imposible acercarse a ellos. Al divisarlos, Service, exclamó:

-¡Son avestruces!

-Muy pequeños, respondió Doniphan.

-Si son avestruces, replicó Briant, y estamos en un continente...

-¿Lo dudas aun? replicó Doniphan con ironía.

-Debe ser el continente americano, en el que estos animales se encuentran en gran número, continuó Briant; eso es todo lo que yo quería decir.

A eso de las siete de la tarde hicieron alto, calculando que al día siguiente, como no surgiera algún obstáculo, llegarían a *Sloughi-bay* (bahía del *Sloughi*), nombra que dieron a aquella parte del litoral en donde se perdiera el *schooner*.

De todos modos, durante aquella noche les hubiera sido imposible ir más allá en dirección al Sur, pues por allí corría uno de aquellos ríos que salían del lago, y que tendrían que atravesar nadando, cosa que la densa oscuridad que reinaba no permitía hacer, así como tampoco estudiar la disposición del terreno en que se encontraban.

Briant y sus compañeros, después de cenar, no pensaron más que en el descanso, bajo la bóveda del cielo esta vez, pues no tenían choza para resguardarse.

Todo estaba tranquilo en el lago y en la playa. Los cuatro muchachos, acostados al pie de un haya, durmiéronse con tan profundo sueño, que el trueno más recio no los hubiera despertado; así es que ni ellos ni *Phann* oyeron unos ladridos bastante cercanos, que debían ser de chacales, ni aullidos más

lejanos, que parecían ser de fieras. En aquellas comarcas, en donde los avestruces vivían en estado salvaje, era de temer encontrar jaguares o conguares, que son el tigre y el león de la América meridional.

La noche pasó sin incidente de ninguna clase; mas a las cuatro de la mañana, antes que el alba blanqueara el horizonte, el perro gruñó sordamente, oliendo el suelo como si quisiera buscar una pista.

Eran cerca de las siete cuando Briant despertó a sus compañeros, acurrucados debajo de las mantas. En seguida se levantaron, mientras que Service comía un pedazo de galleta, los demás se pusieron a examinar el terreno más allá del río.

-En verdad, exclamó Wilcox, que hemos acertado anoche en no pasar al otro lado, pues que, según se ve, es un terreno pantanoso.

-En efecto, respondió Briant; es un pantano lo que se extiende al Sur, y tan grande, que no se alcanza a ver el fin.

-¡Mirad, exclamó Doniphan, cuántos patos, cercetas y chochas revolotean en su superficie! ¡Si pudiésemos instalarnos aquí para pasar el invierno, no nos faltaría caza!

-¿Y por qué no? dijo Briant, dirigiéndose hacia la orilla derecha.

Mas atrás de esta ribera se levantaban rocas muy altas, que terminaban en un contrafuerte de tal aspecto, que parecía cortado a pico, y cuyos enveses se unían casi en ángulo recto, uno hacia el lago y otro hacia el río. ¿Sería el mismo acantilado que rodeaba *Sloughi-bay*, prolongándose al Noroeste? Esto no podía saberse sino después de un minucioso reconocimiento de aquella región.

En cuanto al río, su orilla derecha, con anchura de unos veinte pies, seguía la base de las rocas, y la izquierda era tan baja, que apenas se distinguía cortes, aguazales y barrancos de esa llanura pantanosa que se desarrollaba hasta perderse de vista al Sur. Para conocer la dirección de ese río sería preciso subir a las rocas, y Briant se prometía verificar aquella ascensión antes de volver a *Sloughi-bay*.

Se trataba, en primer lugar, de examinar el punto en que las aguas del lago se vertían en el lecho del río, que si bien no medía en el sitio en que ellos se encontraban sino cuarenta pies de latitud, debía ensanchar mucho más en su embocadura, así como también recibir quizá algún afluente, bien de los pantanos, o tal vez de la meseta superior.

-¡Venid aquí y mirad! exclamó Wilcox en el momento en que llegaba al pie del contrafuerte.

Lo que llamaba su atención era un amontonamiento de piedras formando dique, colocadas del mismo modo que las de la calzada del arroyo.

-¡Ya no cabe duda! dijo Briant.

-No, respondió Doniphan, enseñando restos de madera en el extremo del dique.

Esos restos habían pertenecido al casco de una embarcación, y se veía, entre otros pedazos, uno medio podrido y cubierto de musgo, del que pendía una argolla de hierro carcomida por la herrumbre, indicando bien a las claras, por su curva, que era parte de la roda.

-¡Una argolla! ¡Una argolla! exclamó Service.

Y todos inmóviles miraban en derredor, creyendo que iba a aparecer el hombre que se había servido de aquella canoa y levantado aquel dique.

Pero ¡vana esperanza!

Muchos años habían pasado desde que aquella embarcación había sido abandonada en la orilla del río. El hombre que se sirvió de ella había vuelto tal vez a su patria, o se había apagado su vida en aquella tierra, lejos de todo socorro.

Mas era de ver la emoción que hubo de apoderarse de nuestros jóvenes ante tales testimonios de una intervención humana, de la que no podían dudar; emoción que aumentó algún tanto cuando se fijaron en el singular modo de obrar del perro, que no parecía sino que había encontrado una pista, pues levantaba las orejas, agitaba con violencia el rabo y husmeaba el suelo, poniendo el hocico debajo de las hierbas.

-¡Mirad lo que hace *Phann!* dijo Service.

-¡Algo ha olfateado! respondió Doniphan, avanzando hacia el perro.

Este acababa de pararse, con una pata levantada y el cuello tendido, hasta que se lanzó hacia unos árboles agrupados al pie de las rocas próximas al lago.

Briant y sus compañeros lo siguieron, y algunos instantes después se detenían ante una vieja haya, en cuya corteza estaban grabadas dos letras y una fecha, dispuestas de este modo:

F. B.

1807

Nuestros jóvenes expedicionarios se hubieran quedado mucho tiempo mudos e inmóviles ante aquella inscripción si *Phann*, volviendo sobre sus

pasos, no hubiera desaparecido en el ángulo del contrafuerte.

-¡Aquí, *Phann*, aquí!... gritó Briant.

El perro no volvió, pero continuaban oyéndose sus ladridos precipitados.

-Atención, dijo Briant; no nos separemos, y estemos alerta, porque algo extraordinario sucede al perro.

Era preciso, en efecto, obrar con mucha circunspección, porque era posible que se hallase allí una tribu de esos indios feroces que infestan las pampas del Sur de América.

Los pobres náufragos del *Sloughi*, con las escopetas armadas, los revólvers en la mano y prontos a defenderse, echaron a andar, y dando vuelta al contrafuerte, se deslizaron por el ribazo del río. No bien anduvieron veinte pasos, cuando Doniphan se bajó para recoger un objeto que había en el suelo.

Era una azada, cuyo mango estaba medio podrido; una azada, fabricada en América o en Europa, y no por los salvajes de la Polinesia. Lo mismo que la argolla de la embarcación, estaba completamente oxidada, y no cabía duda de que hacía muchos años que se hallaba en aquel sitio.

Allí se veían también algunas señales de cultivo, surcos trazados con irregularidad y un cuadro de batatas, que la falta de labor había vuelto silvestres.

De repente un lúgubre aullido atravesó el espacio, y a poco *Phann* volvió, dominado por una agitación inexplicable. Daba vueltas, corría delante de sus amos, los miraba, los llamaba, y parecía que les quería decir: «seguidme.»

-¡Algo extraordinario sucede! dijo Briant, que procuraba tranquilizar al perro.

-Vamos adonde quiera llevarnos, respondió Doniphan, haciendo señas a Wilcox y a Service para que lo siguieran.

Diez pasos más allá, *Phann* se puso de pie ante un montón de maleza y de arbustos, cuyas ramas se enredaban en la base misma de las rocas.

Briant avanzó para ver si había oculto allí el cadáver de algún animal o tal vez de un hombre, descubierto por el perro; mas apartando las ramas, observó una estrecha abertura.

-¿Habrá aquí alguna cueva? exclamó echándose hacia atrás.

-Es probable, respondió Doniphan; pero ¿qué habrá ahí dentro?

-¡Ya lo sabremos! dijo Briant, quien con su hacha se puso a cortar las ramas que obstruían el orificio; y deteniéndose a escuchar, no oyó ningún ruido sospechoso.

Service trató de penetrar por el agujero, pero Briant le dijo:

-Veamos primero lo que hace *Phann*, que sin cesar lanza esos ladridos tan sordos y tan poco tranquilizadores que estamos oyendo.

Parecía natural que, si algún ser viviente hubiera estado escondido en aquella cueva, ya habría salido.

De todas maneras, era necesario saber a qué atenerse: Briant, en previsión de que el aire estuviera viciado, encendió un puñado de hierba seca y lo arrojó al interior; mas como al esparcirse por el suelo siguiesen ardiendo, fue prueba clara de que el aire era respirable.

-¿Entramos?... preguntó Wilcox.

-Sí, respondió Doniphan.

-Esperad un poco para que veamos, dijo Briant.

Y cortando una rama resinosa de uno de los pinos que crecían a orillas del río, la encendió, y seguido de sus compañeros, se deslizó por entre la maleza.

El orificio medía cinco pies de alto por dos de ancho; pero aparecía agrandado en seguida, presentando un ensanche de unos diez pies por veinte respectivamente, cuyo suelo estaba cubierto de arena muy fina y seca.



El pie de oro negro y otros los muestra en el espejito.

Al entrar, Wilcox tropezó con un taburete de madera, colocado al lado de una mesa, en la que se

veía un cántaro de barro, anchas conchas que debieron servir de platos, un cuchillo, cuya hoja estaba enmohecida y mellada, dos o tres anzuelos y una taza de hoja de lata, vacía también, como el cántaro. Arrimado a la pared opuesta se veía un cofre hecho con tablas, toscamente preparadas y ajustadas, que encerraba vestidos hechos jirones. No había, pues, duda de que esta excavación había sido habitada. Pero ¿en qué época, y por quién? El ser humano que vivió allí, ¿yacía en algún rincón?... En el fondo había un miserable camastro, cubierto con una manta de lana hecha pedazos, y a la cabecera otra taza y un candelero de madera, que no conservaba ya más que un trozo de mecha carbonizada.

Nuestros muchachos se echaron hacia atrás, pensando que aquella manta ocultaba un cadáver; pero por fin Briant, más resuelto que los otros, y venciendo su repugnancia, la levantó.

No había nada.

Un instante después salieron vivamente impresionados, uniéndose a *Phann*, que no dejaba de aullar.

Bajaron entonces por el ribazo del río, y a unos cuantos pasos se detuvieron bruscamente: un sentimiento de horror les clavó en su sitio.

Allí, entre las raíces de un haya, yacían los restos de un esqueleto.

-Aquí, en este sitio, dijo Briant, vino a morir el desgraciado habitante de esa cueva, en donde vivió, sin duda, muchos años: ¡y ese silvestre abrigo, del que había hecho su morada, ni siquiera le sirvió de tumba!

IX

Visita a la cueva. -Muebles y utensilios. -Las bolas y el lazo. -El reloj. -El cuaderno casi ilegible. -El mapa del naufrago. -En dónde se hallan. -Vuelta al campamento. -La orilla derecha del río. -La hondonada. Las señales de Gordon.

Briant, Doniphan, Wilcox y Service guardaban un profundo silencio. ¿Quién era aquel hombre que había muerto en aquel sitio? ¿Era un naufrago, a quien los socorros habían faltado hasta su última hora? ¿A qué nación pertenecía? ¿Había llegado

joven, o viejo, a aquel aislado punto de la tierra? ¿Había muerto anciano ya? Si era un náufrago, ¿había tenido compañeros de desgracia que con él escapasen de la catástrofe, quedándose por fin solo después de la muerte de sus compañeros?

Los diferentes objetos encontrados en la cueva, ¿perteneían a un buque, o los construyó él?

¡Cuántas reflexiones, cuántas dudas de tan difícil solución!

Pero si aquel hombre había encontrado refugio en un continente, ¿por qué no había partido en busca de una ciudad del interior o de un puerto del litoral? ¿La distancia que tenía que recorrer era tan grande, o tan penosa, que obligase a renunciar a ella? Lo cierto es que aquel desgraciado había caído, debilitado por la enfermedad o por la vejez, y que no habiendo tenido suficientes fuerzas para volver a la cueva, había fallecido al pie de aquel árbol. Y si los medios le habían faltado para buscar su salvación, bien por el Norte, o ya por el Este de aquel territorio, ¿no sucedería lo mismo a los jóvenes náufragos del *Slough*?

Nuestros valerosos muchachos comprendieron la necesidad de practicar en la cueva un minucioso registro, pues tal vez encontrarían algún documento

que les diera a conocer el origen de aquel hombre y la duración de su estancia, siendo además muy conveniente saber si podrían instalarse allí durante el invierno, después de abandonar el *schooner*.

-Venid, dijo Briant.

Y seguidos de *Phann*, penetraron por segunda vez en la cueva.

El primer objeto que llamó su atención fue un paquete de velas, fabricadas con estopa y grasa, colocadas sobre una tabla sujeta en la pared de la derecha. Service encendió una, colocándola en el candelero.

Teniendo ya luz, principiaron por reconocer las condiciones de la cueva. No presentaba ningún indicio de humedad, a pesar de no tener otra ventilación que el orificio que le servía de entrada. Sus paredes eran tan secas como si fueran de piedra, sin ninguna de aquellas filtraciones cristalinas que en algunas grutas de pórfido o de granito forman las estalactitas. Su orientación la ponía al abrigo de los vientos del mar, y si bien era muy oscura, este inconveniente se combatía con facilidad haciendo una o dos aberturas que proporcionasen luz y renovasen el aire.

Sus dimensiones eran de treinta pies de largo por veinte de ancho; algo pequeña para dormitorio, comedor, cocina y almacén; pero como no se trataba más que de una estancia de cinco o seis meses, sufrirían con paciencia aquella molestia.

Briant hizo después un inventario de los objetos encerrados en ella. Pocos eran, en verdad; aquel desgraciado había debido llegar allí en un completo estado de desnudez. El camastro, una mesa, un taburete y un cofre, fue el único mobiliario que encontraron. Menos favorecido aquel infeliz que los náufragos del *Sloughi*, no había tenido, como ellos, un material completo a su disposición, pues los chicos no hallaron en la cueva más que algunas herramientas, una azada, un hacha, dos o tres utensilios de cocina, un tonel que debía haber contenido aguardiente, un martillo, dos cortafríos y una sierra. Estos objetos debían haber sido transportados en la embarcación cuyos restos se hallaban a orillas del río.

Las investigaciones continuaron, dando por resultado el hallazgo de una navaja de varias hojas, rotas en su mayor parte, un pasador, un compás y una olla de hierro. Ningún instrumento de marina aparecía ni brújula, ni antejojo, ni siquiera un arma

para cazar o para defenderse de los indígenas o de las fieras.

Sin embargo, como era preciso comer, aquel hombre se habría visto ciertamente obligado a usar trampas para coger aves u otros animales. Un instante después ya sabían a qué atenerse respecto a este particular, porque Wilcox exclamó:

-¿Qué es esto?

-Un juego de bolos, respondió Service.

-¡Un juego de bolos! repitió sorprendido Briant.

Pero conoció en seguida el uso a que habían sido destinadas las dos piedras redondas que Wilcox acababa de coger del suelo. Era uno de tantos artefactos de caza, llamadas *bolos*, que se componen de dos, atadas por una cuerda, y que usan mucho los indios de la América meridional. Cuando una mano hábil lanza aquellas bolas, se enrollan en las piernas del animal, paralizando sus movimientos y haciéndolo presa del cazador.

Encontraron también un lazo, formado con una larga correa: este instrumento es maneja lo mismo que las *bolos*, pero a una distancia más corta.

Tal fue el inventario de los objetos encontrados en la gruta.

Briant y sus compañeros eran mucho más ricos; más también es cierto que éstos eran unos niños, y el otro era un hombre.

Pero ese hombre, ¿era un simple marino o un oficial, cuya inteligencia se había desarrollado con el estudio? Difícil hubiera sido adivinarlo sin un nuevo descubrimiento, que permitió caminar con más seguridad en la vía de la certidumbre.

A la cabecera del camastro, y debajo de un pedazo de la manta que Briant había movido, Wilcox encontró un reloj colgado de un clavo.

Este reloj, menos ordinario que los que usan los marineros, tenía dos tapas de plata, con una cadena del mismo metal, de la que pendía la llave.

-¡La hora!... ¡Veamos la hora! exclamó Service.

-La hora no nos dirá nada, respondió Briant. Probablemente este reloj se habrá parado muchos días antes de la muerte de su dueño.

Briant abrió la tapa con mucho trabajo; las agujas señalaban las tres y veintisiete minutos.

-Pero, dijo Doniphan, este reloj tendría grabado algún nombre... Esto puede indicar...

-Tienes razón, replicó Briant.

Y después de mirar en el interior, leyó estas palabras: *Delpench, Saint-Maló*, el nombre del fabricante y sus señas.

-¡Era un francés, un compatriota mío! exclamó Briant conmovido.

No había que dudar ya; un francés había vivido en aquella cueva hasta que la muerte puso término a tanta miseria.

Otra prueba vino pronto a confirmar la primera. Doniphan movió el camastro, y encontró en el suelo un cuaderno, cuyas hojas, amarillentas, estaban escritas con lápiz; por desgracia, la mayor parte se hallaban borradas; mas sin embargo, pudieron descifrar algunas palabras, y entre otras éstas: *Francisco Baudoín*.

Un nombre y apellido que correspondían perfectamente a las iniciales grabadas en el árbol por el náufrago. Ese cuaderno debía de ser el diario de su vida desde que arribó a aquella costa. En los fragmentos que Briant pudo descifrar, se encontraba también otro nombre: *Duguay-Trouin*, que sin duda era el nombre del buque que se había perdido en aquellos lejanos parajes del Pacífico.

Al principio del cuaderno había una fecha, la misma que estaba inscrita en el árbol debajo de las iniciales, y que debía ser la del naufragio.

Hacia, pues, cincuenta y tres años que Francisco Baudoin había llegado a aquel litoral.

Más que nunca, nuestros pequeños amigos se dieron cuenta de la gravedad de su situación. Si un hombre, un marino, habituado a rudos trabajos, no había podido salir de allí, ¿era posible que lo verificasen ellos?

Otro nuevo hallazgo iba a probarles además que toda tentativa era inútil.

Hojeando el cuaderno, Doniphan encontró un papel doblado entre las hojas. Era un mapa, trazado con una tinta particular, que debía componerse de agua y hollín.

-¡Un mapa!... exclamó.

-Dibujado, de seguro, por Francisco Baudoin, añadió Briant.

-Si es así, ese hombre no podía ser un simple marinero, dijo Wilcox, sino uno de los oficiales del *Duguay-Trouin*, puesto que tenía capacidad bastante para levantar un mapa.

-¡Será tal vez de!... exclamó Doniphan.

Sí; era un mapa del territorio en que se hallaban. A primera vista se conocía perfectamente *Sloughi-bay*, los arrecifes, la playa en donde habían establecido su campamento, el lago del que Briant y sus compañeros habían seguido la orilla occidental, los tres islotes de alta mar, el acantilado, formando curva hasta las márgenes del río, y los bosques que cubrían toda la parte central.

En la opuesta orilla del lago había otros bosques, que se extendían hasta los bordes de otro litoral, bañado por el mar en todo su perímetro.

Era, pues, imposible buscar la salvación hacia el Este. Briant tenía razón; el mar rodeaba aquel supuesto continente... ¡Era una isla, y he aquí el motivo por qué Francisco Baudoin no había podido salir de allí!

Fácilmente se conocía en aquel mapa que los contornos de la isla estaban dibujados con bastante exactitud, demostrando además que el naufrago había recorrido aquel terreno en todos sentidos, puesto que se dejaban ver los principales accidentes geográficos, siendo él sin duda el que había construido el *ajoupa* o choza donde durmieron los niños la primera noche de su exploración, y aquella

calzada del riachuelo que tan profunda sorpresa les causara.

Según el mapa de Francisco Baudoin, aquel territorio afectaba una forma oblonga, y parecía una enorme mariposa con las alas desplegadas, siendo estrecho en su parte central, entre *Sloughi-bay* y otra bahía que estaba al Este. Había además una tercera, mayor que las otras en la parte meridional. En medio de un cuadro de grandes bosques se desarrollaba el lago, de dieciocho millas de largo por cinco de ancho; dimensiones bastante grandes para que Doniphan y sus compañeros no hubieran podido percibir nada en sus orillas del Norte, del Este y del Sur. Varios ríos salían de aquel lago, y el más notable era el que, corriendo delante de la cueva, desembocaba en *Sloughi-bay*, cerca del campamento.

La única altura algo importante de esta isla parecía ser el acantilado, formando curva desde el promontorio, al Norte de la bahía, hasta la margen derecha del río. El mapa señalaba la costa septentrional como arenosa y árida, mientras que del otro lado del río se extendía un inmenso pantano, que concluía en un agudo cabo hacia el Sur.

Al Noroeste y al Sudeste aparecían largas hileras de dunas, que daban a aquella parte del litoral un aspecto muy diferente de *Sloughi-bay*. En fin; si la escala que se encontraba al pie del mapa era exacta, la isla medía unas ciento cincuenta millas de Norte a Sur, por veinticinco en su parte más ancha de Este a Oeste; y, teniendo en cuenta las irregularidades de su configuración, presentaba un desarrollo de ciento cincuenta millas de circunferencia.

En cuanto a saber a qué punto de la Polinesia pertenecía, o si se hallaba o no en medio del Pacífico, era imposible saberlo.

Era, pues, una instalación definitiva, y no provisional, la que se imponía a los naufragos del *Sloughi*, y puesto que la gruta les ofrecía un excelente refugio, convenía transportar allí todo el material antes de que las primeras borrascas del invierno concluyesen de destruir el *schooner*.



Convenía, por consiguiente, volver al campamento sin más tardar.

Gordon debía estar lleno de inquietud, porque habían pasado ya tres días desde la partida de Briant y sus compañeros, y temía que les hubiera sucedido algo.

Acordaron, pues, emprender la vuelta aquel mismo día a las once.

Era inútil subir otra vez al acantilado, puesto que el mapa indicaba que el camino más corto era seguir la orilla derecha del río que corría de Este a Oeste. Había que andar unas siete millas, que bien podían recorrerse en lo que restaba hasta el anochecer.

Pero antes de alejarse, nuestros jóvenes quisieron realizar una de las obras de misericordia. Abrieron una fosa al pie del mismo árbol en que Francisco Baudoin grabó las iniciales de su nombre, y colocaron en ella los restos secos del desgraciado naufrago, plantando encima una cruz de madera.

Después que cumplieron esta piadosa ceremonia, volvieron a la cueva, cuyo orificio taparon para que ningún animal penetrara en ella, y después de haber apurado lo que les quedaba de comestibles, emprendieron su ruta por la margen derecha del río.

Briant no cesaba de examinar su curso para ver si sería fácil, con una embarcación cualquiera o una balsa, utilizar aquella vía fluvial para el transporte de todo el material del *Sloughi*, aprovechando la marea alta, cuya acción se hacía sentir hasta el lago.

Lo temible sería se cambiara en torrente, o que la falta de anchura o de profundidad le hiciese impracticable; pero, gracias a Dios, no sucedió así, toda vez que en el espacio de tres millas que habían andado ya, el río se presentaba en excelentes condiciones de navegación. Sin embargo, a las cuatro de la tarde tuvieron que dejar de seguir la orilla, porque estaba cortada por una hondonada pantanosa, en la que no se podía andar sin peligro, y esto les obligó a tomar otra vez el camino del bosque.

Con la brújula en la mano, Briant se dirigió entonces hacia el Noroeste para ir a *Sloughi-bay* por el trayecto más corto; pero se retrasaron bastante, porque las hierbas eran tan altas, que dificultaban mucho la marcha, y además la oscuridad llegó muy pronto, por causa de la espesura de los abedules, de los pinos y de las hayas. En tan malas condiciones anduvieron dos millas, y a las siete no sabían en donde se encontraban, temiendo haberse extraviado.

¿Tendrían qué pasar la noche debajo de los árboles? Eso era lo de menos, si no se hubieran acabado las provisiones.

-Marchemos siempre, dijo Briant; andando en la dirección indicada, no tenemos más remedio que llegar a *Sloughi-bay*.

-Como no sea que ese mapa nos haya dado falsas indicaciones, respondió Doniphan, y resulta que ese río no sea el que desemboca en la bahía.

-¿Y por qué no ha de ser éste, Doniphan?

-¿Qué motivos tienes para creer lo contrario, Briant?

Como se ve, Doniphan, que no estaba satisfecho con el triunfo de su compañero, se obstinaba en no creer exacto el mapa del naufrago. Y, sin embargo, no se podía negar que en la parte recorrida por nuestros jóvenes, la carta geográfica presentaba el país tal cual era.

Briant no quiso discutir, y prosiguieron resueltamente su camino.

A las ocho, no sabiendo por dónde andaban (tan grande era la oscuridad), observaron de repente que por un claro del bosque aparecía una luz bastante viva, propagándose por el espacio.

-¿Qué es esto?... dijo Service.

Es una estrella errante, según creo, dijo Wilcox.

-¡No, es un cohete!... replicó Briant; un cohete lanzado desde el *Sloughi*.

-¡Y por consiguiente una señal de Gordon! exclamó Doniphan, que contestó con un tiro.

Un segundo cohete se vio en el espacio; Briant y sus compañeros, sin duda alguna ya respecto al punto en donde se encontraban, marcharon en aquella dirección, y tres cuartos de hora después llegaban al campamento del *Sloughi*.

Era, en efecto, el americano, que por temor de que se hubiesen extraviado, había tenido la buena idea de lanzar al espacio algunos cohetes a fin de señalarles la posición del *schooner*.

Excelente idea, sin la que nuestros cuatro muchachos no hubieran descansado de sus fatigas en sus camitas del yate.

X

Relato de la exploración. -Se deciden a dejar el «Sloughi.» -Descarga y rompimiento del yate.

-Una borrasca que acaba con él. -Acampados debajo de la tienda. -Construcción de una balsa.

**-Carga y embarque. -Dos noches en el río. -
Llegada a «French-den.»**

Ya pueden figurarse nuestros lectores la acogida que se hizo a los cuatro exploradores: Gordon, Cross, Baxter, Garnett y Webb les dieron un abrazo, y los pequeños se les colgaron del cuello.

Habían tenido tanto miedo de no volverlos a ver, temían que se hubiesen extraviado, que hubieran caído en mano de los indígenas, o que hubieran sido pasto de algunos animales carnívoros: hubo, en fin, exclamaciones de júbilo y buenos apretones. *Phann* tomó parte, como era natural, en aquella alegría, y mezclaba sus ladridos a los *burras* de los niños.

Ya estaban de vuelta, y no quedaba más que saber el resultado de la expedición; pero como se encontraban cansados, lo dejaron para el siguiente día.

-¡Estamos en una isla!

Esto fue todo lo que Briant dijo, y era lo bastante para que el porvenir apareciese bajo los más sombríos colores. A pesar de eso, Gordon acogió la noticia sin mucho desaliento.

-¡Bueno! lo esperaba, parecía decir, y no me sorprende.

Al día siguiente, al amanecer, los mayores, Gordon, Briant, Doniphan, Baxter, Cross, Wilcox, Service, Webb, Garnett, también Mokó, que era de buen consejo, se reunieron en la proa del yate, mientras los demás dormían. Briant y Doniphan tomaron la palabra, cada uno a su vez, poniendo a sus compañeros al corriente de cuanto les había sucedido. Dijeron que una calzada colocada en un río y los restos de un *ajoupa* o choza oculta en un espeso matorral, les habían hecho creer que el país estaba habitado. Manifestaron que aquella vasta extensión de agua que había creído el mar, no era otra cosa que un lago; explicaron cómo nuevos indicios les habían conducido hasta la cueva, cerca del sitio de donde el río salía de aquella inmensa laguna; y, por fin, refirieron el descubrimiento del esqueleto de Francisco Baudoin y el hallazgo del cuaderno y del mapa levantado por el náufrago, que indicaba que era una isla aquella tierra en la que se había perdido el *Sloughi*.

Briant y Doniphan no omitieron ningún detalle, y después de su relato, todos juntos, mirando aquel mapa, comprendieron que no podían hacer nada, y

que la salvación tenía que venir de fuera. El que menos se asustó fue el americano. Gordon no tenía familia que le esperase en Nueva Zelandia, así es que con su espíritu práctico, metódico y organizador, la idea de fundar y regir una pequeña colonia no le asustaba. Veía en ello una ocasión de ejercitar sus gustos naturales, y procuró dar alientos a sus compañeros, prometiéndoles, si querían secundarle, una existencia bastante soportable.

El americano, después de examinar detenidamente el mapa de Francisco Baudoin, y viendo las grandes dimensiones de la isla, creyó imposible que no estuviese señalada en el mapa del Pacífico del atlas de Stieler. Pero después de un detenido examen se convenció de que, fuera de los archipiélagos, cuyo conjunto comprende la Tierra de Fuego; el de la Desolación, de la Reina Adelaida, de Clarence, etc., ningún otro constaba en aquellos mares. Era, pues, una isla desconocida, no pudiendo tampoco saber su situación en el Pacífico, por carecer instrumentos necesarios al objeto.

De todo lo ocurrido, observado y calculado, se decía que era preciso proceder a una instalación definitiva antes de que llegase el invierno.

-Lo mejor será que vivamos en la cueva que hemos descubierto, dijo Briant, puesto que nos ofrece un abrigo seguro.

-¿Es bastante grande para que quepamos todos? preguntó Baxter.



Quedó el lugar después de haberse ido algunos viajeros.

-No, respondió Doniphan: tal cual es, estaremos bastante estrechos; pero me parece fácil agrandarla. Tenemos herramientas y...

-Tal vez no estemos con mucha comodidad, observó otro joven; de cualquier modo es necesario ir allá y luego veremos.

-Y sobre todo, añadió Briant, trasladémonos lo más pronto posible.

Gordon, apoyando el parecer de este último, dijo que era, en efecto, muy urgente, porque el *schooner* cada vez se hacía menos habitable, en atención a que las últimas lluvias, seguidas de calores bastante fuertes, habían contribuido a que se abriera por muchos lados, y el aire y el agua penetraban por varios sitios a la vez; y si por causa del equinoccio, que duraba aun, se desencadenase una borrasca en aquella costa, el *Sloughi* se haría pedazos en pocas horas. Era urgentísimo, por lo tanto, abandonarlo en seguida y destrozarlo después para utilizar lo que pudiera sacarse de él, vigas, tablas, hierro, cobre, y llevarlo todo a French-den (gruta francesa), nombre que dieron a la cueva, en recuerdo al pobre náufrago.

-Y mientras tanto, ¿dónde habitaremos? preguntó Doniphan.

-Levantaremos una tienda de campaña a orillas del río, entre los árboles, respondió Gordon.

-Ese es el mejor partido que podemos tomar, dijo Briant, y conviene hacerlo sin perder una hora.

Urgía, en efecto, empezar, porque se necesitaba lo menos un mes de trabajo asiduo para descargar el material y las provisiones, desbaratar el yate y construir una balsa para acarrearlo todo antes de Mayo, que, como es sabido, corresponde a Noviembre en el hemisferio boreal.

Con mucha sensatez había escogido Gordon la orilla del río para establecer el nuevo campamento, puesto que el transporte debía verificarse por agua, dado que no era posible otra vía más directa ni más cómoda, porque aprovechando durante varios días la marea alta que alcanzaba hasta el lago, una balsa llegaría a su destino sin demasiado trabajo.

-Ya sabemos que la parte superior de aquel río era navegable, y Briant y Mokó, en una nueva excursión que hicieron en la canoa, reconociéndolo hasta la hondonada, pudieron cerciorarse de que ningún obstáculo se oponía a su proyecto.

Los días siguientes se emplearon en disponer el nuevo campamento. Ataron con buenas cuerdas las ramas más bajas de diferentes hayas, que sirvieron

de sostén a la gran vela de repuesto del yate, y fijándola en el suelo por fuertes amarras, llevaron allí las camas, los utensilios de primera necesidad, las armas, municiones y los fardos que contenían las provisiones de boca. Como la balsa debía construirse con los restos del *schooner*, era necesario proceder cuanto antes a su demolición.

El tiempo no podía ser mejor, y si bien soplaba a veces un viento bastante fuerte, como venía de tierra, no interrumpía para nada el trabajo de nuestros náufragos.

El 15 de Abril ya no quedaban en el buque más que los objetos de gran peso, las goas de plomo sirviendo de lastre, la hornilla y otros que no podían moverse sin un aparato adecuado. En cuanto a las cosas propias del buque, vergas, obenques, cadenas, áncoras, amarras y demás, todo estaba ya cerca de la tienda.

No tenemos por qué decir que no es descuidaban en proveer a las necesidades de cada día. Doniphan, Webb y Wilcox consagraban algunas horas a la caza, y los pequeños recogían mariscos en cuanto la marea dejaba en descubierto los arrecifes. Daba gusto ver a Jenkins, Iverson, Dole y Costar moverse como una nidada de polluelos entre las

rocas; algunas veces se mojaban las piernas, lo que les valía un regaño de Gordon, mientras Briant los disculpaba. Santiago acompañaba también en sus ocupaciones a los pequeños, pero sin participar jamás de su alegría.

El trabajo marchaba, pues, a las mil maravillas, con un método en el que se conocía la intervención del americano, cuyo sentido práctico no le abandonaba nunca. Doniphan se doblegaba a sus órdenes, lo que no hubiera hecho con Briant ni con nadie. En suma, reinaba un perfecto acuerdo entre todos.

La segunda quincena de Abril no fue tan buena. La temperatura tuvo una baja sensible, y varias veces, por la madrugada, el termómetro señaló cero. Por precaución, creyeron conveniente ponerse trajes de más abrigo, especialmente los pequeños, cuyo cuidado constituía la incesante preocupación de Briant. Tenía con ellos suma vigilancia, ya para que no se enfriasen los pies, ya para que no se expusieran a un aire frío cuando estaban sudando. Al menor constipado les obligaba a acostarse al lado de un buen brasero, que no se apagaba ni de noche ni de día. Varias veces, Dole y Costar, por hallarse resfriados, no pudieron salir de la tienda; pero

Mokó, por indicaciones de Briant, no ahorra las tisanas, cuyos ingredientes habían encontrado en el botiquín del *schooner*.

Comenzó el desarme del yate: las planchas de cobre que cubrían los costados del buque se quitaron con muchísimo esmero, para que, conservadas en buen estado, pudiesen servir en *French-den*, o sea en la cueva francesa; y una vez arrancado el blindaje, las tenazas, las pinzas y los martillos ayudaron a demoler el casco. Este trabajo lo hacían los pobres chicos con mucha lentitud; pero el 25 de Abril una borrasca vino a ayudarles con apreciable oportunidad.

Durante la noche, no obstante el mucho frío que hacía, se levantó una violenta tormenta; los relámpagos alumbraban el espacio, y el ruido del trueno no cesó en toda la noche, con gran espanto de los pequeños. Felizmente no llovió; pero fue necesario atar varias veces la lona, que el viento amenazaba arrancar, y si resistió, fue merced a la corpulencia de los árboles que la sostenían. No sucedió así con el yate, que, expuesto a los golpes del mar, se deshizo por completo. He aquí por qué dijimos que la borrasca había auxiliado en su trabajo a nuestros náufragos con oportunidad apreciable.

Vueltos al siguiente día a su ocupación, no tuvieron otra cosa que hacer sino recoger los restos del buque y transportarlos a la orilla derecha del río, a algunos pasos de la tienda. Gran trabajo, en verdad; más con tiempo, aun cuando no sin gran fatiga, se llevó a buen fin. Era cosa curiosa verlos enganchados a algún pesado madero tirando todos a la vez y excitándose por mil gritos; las cuerdas les servían de palanca, y con maderos redondos hacían correr las cosas de más peso, ¡Lástima que esos pobres muchachos no tuviesen consigo al padre de Briant y al de Garnett, porque el ingeniero y el capitán les hubieran corregido muchas faltas que cometieron y debían cometer aun! Sin embargo, Baxter de una inteligencia privilegiada en cuanto a mecánica, desplegó mucha destreza y mucho celo.

Por fin, el 28 por la noche todo lo que quedaba del *Sloughi* había sido llevado al sitio de embarque. Lo más difícil estaba hecho, puesto que el río era el encargado de llevarlo todo a *French-den*.

-Desde mañana empezaremos a construir la balsa, dijo Gordon.

-Sí, añadió Baxter; y para no tener que lanzarla luego al agua, propongo que la construyamos en la superficie del río.

-No será nada cómodo, dijo Doniphan.

-No importa, probamos, respondió el americano. Si tenemos más trabajo para armarla, no tendremos que cavilar para ponerla a flote.

Este modo de proceder era, en efecto, preferible, y aceptado por todos desde la siguiente mañana, se dispusieron los primeros maderos de aquella balsa, que había de ser de dimensiones bastante grande para recibir una carga muy pesada.

Las vigas arrancadas del *schooner*, la quilla partida en dos, el palo de mesana, el trozo del mayor roto a tres o cuatro pies del puente, el bauprés y la verga de mesana, habían sido transportados a un sitio de la orilla, que no cubría la marca sino en la pleamar. Esperaron, pues, aquel momento, y cuando el flujo levantó los maderos, los empujaron hacia el río, en donde los reunieron con otros más pequeños, colocados en sentido inverso, atándolos fuertemente. De este modo obtuvieron una base sólida de unos treinta pies de largo por quince de ancho. Trabajaron sin descanso durante todo el día, y cuando la noche llegó, Briant tuvo la precaución de atar los maderos a los árboles para que la pleamar no se lo llevara todo río arriba, ni la marea baja hacia el mar.

Cansadísimos después de tan laborioso día, cenaron con gran apetito y durmieron sin despertarse hasta la mañana siguiente.



Reservados entre todos las piezas que quedaban del puente.

Tratábase ahora de colocar la plataforma de la balsa; utilizaron para ello las tablas del puente y del casco del *Sloughi*. Esta tarea necesitó tres días, a pesar de la prisa con que trabajaban, porque no

había tiempo que perder, en atención a que algunas cristalizaciones es iban formando ya en la superficie de los charcos y también en las orillas del río. El abrigo de la tienda era también insuficiente, a pesar del brasero, y apenas si se resguardaban del frío apretándose unos contra otros, envueltos en las mantas. Era imprescindible apresurarse para empezar la instalación definitiva en *French-den*, porque allí, así a lo menos lo esperaban, sería posible resistir los rigores del invierno, tan rudos en aquellas latitudes; así es que colocaron la plataforma del mejor modo posible para que no se deshiciera en el camino y se hundiese todo el material en el lecho del río, que eso hubiera sido para ellos de penosa y tristísima transcendencia.

-No importa que tardemos veinticuatro horas más, dijo Wilcox.

-Sí importa, repuso Briant, pues tenemos interés en concluir antes del día 6 de Mayo.

-¿Por qué? preguntó Gordon.

-Pasado mañana entramos en el plenilunio, repuso Briant, y las mareas crecerán durante algunos días. Cuanto más fuertes sean, más nos ayudarán a remontar el curso del río. Piénsalo bien, Gordon; si tuviésemos que sirgar, es decir, tirar de la balsa con

cuerdas o empujarla con bicheros, jamás llegaríamos a vencer la corriente.

-Tienes razón, respondió el americano; es preciso partir, lo más tarde, dentro de tres días.

Y convinieron en no descansar hasta que todo estuviese concluido.

El 3 de Mayo se ocuparon del cargamento, y lo hicieron con el cálculo y cuidado necesarios para que al marchar la balsa no perdiera el equilibrio.

Todos trabajaron, cada uno según sus fuerzas. Jenkins, Iverson, Dole y Costar fueron los encargados de acarrear las cosas más menudas, como utensilios, herramientas e instrumentos, y ponerlos sobre la plataforma, en donde Briant y Baxter las disponían metódicamente, siguiendo las indicaciones de Gordon. En cuanto a los objetos de más peso, Baxter estableció una especie de cabrestante con poleas encontradas a bordo, lo que permitió levantar los fardos con más facilidad y dejarlos caer sin choque alguno en la balsa.

Procedieron con tanta prudencia y celo, que en la tarde del 5 de Mayo cada objeto estaba en su sitio, no restándoles más que hacer que soltar las amarras. Esto se llevaría a efecto al día siguiente, a las ocho

de la mañana, hora en que la marca empezaría a influir en la embocadura del río.

Todos se hallaban satisfechos de su obra; los pequeños operarios pensaban que, concluido su trabajo, iban a poder descansar hasta la noche, descanso bien merecido por cierto; pero no sucedió tal, pues una proposición muy razonable del americano les dio aun que hacer.

-Compañeros, dijo; pues que vamos a alejarnos de la bahía, no podremos vigilar el mar, y si algún buque viniera por este lado, sería imposible hacer señales pidiendo amparo; así es que opino que colocando un mástil en el acantilado con una bandera, bastará, así lo espero, para llamar la atención de cualquier barco que pase cerca de la isla.

-La proposición se aceptó por unanimidad, y uno de los palos fue arrastrado hasta el pie de las rocas, cuyo talud, cerca de la orilla del río, ofrecía una pendiente bastante fácil de subir. Cuando llegaron a la cima, plantaron el mástil a una profundidad bastante grande para que resistiese a los embates de los vientos, y por medio de una cuerda, Baxter izó el pabellón inglés, que Doniphan saludó con una descarga de su escopeta.

-¡Hombre, hombre! dijo Gordon dirigiéndose a Briant; mira a Doniphan, que acaba de tomar posesión de la isla en nombre de Inglaterra.

-Me extrañaría mucho que no le perteneciera ya, respondió Briant.

Gordon hizo una mueca, en son de protesta, pues él, según el modo que tenía de hablar cuando se ocupaba de aquella isla, daba a entender que la creía americana.

El 6 de Mayo, a la salida del sol, todos estaban en pie, y comenzaron a deshacer la tienda y a transportar las camas a la balsa, cubriéndolo todo con las velas para que ningún objeto sufriera desperfecto alguno.

A las siete los preparativos estaban terminados. La plataforma se había dispuesto de tal modo, que podían instalarse en ella dos o tres días, si necesario fuese; y en cuanto a las provisiones, Mokó había apartado lo preciso para el viaje, sin necesidad de encender fuego.

A las ocho y media se colocaron todos en la balsa, poniéndose los mayores en los bordes, armados con bicheros o palos, único medio de dirigirla.

Un poco antes de las nueve la marea empezó a subir, y entonces un crujido sordo se dejó oír en el maderamen; pero después de este esfuerzo, ninguna dislocación era de temer.

-¡Atención! gritó Briant.

-¡Atención! replicó Baxter.

Ambos estaban junto a las amarras que detenían la embarcación por delante y por detrás.

-¡Estamos prontos! exclamó Doniphan, colocado con Wilcox en la parte anterior de la plataforma.

Y después de asegurarse de que la balsa andaba a impulsos de la marea, Briant gritó:

-¡Largad!

La orden fue ejecutada sin dilación, y libre ya de toda amarra, la débil embarcación remontó lentamente la corriente, llevando a remolque la canoa.

La alegría fue general cuando vieron que aquella pesada máquina se ponía en movimiento, y de seguro que si hubieran construido un navío de tres puentes, no hubiesen estado tan satisfechos.

¡Perdonémosle este pequeño sentimiento de vanidad!

La orilla derecha, llena de árboles, era algo más elevada que la izquierda, estrecho ribazo que seguía a lo largo de los pantanos. Briant, Baxter, Doniphan, Wilcox y Mokó ponían todo su cuidado en evitar que la embarcación atracase en aquella orilla, manteniéndola lo más cerca posible de la derecha, en donde el flujo se hacía sentir con más fuerza.

El curso del río, desde su salida del lago hasta su embocadura, era de unas seis millas, y como no podían recorrer más que dos durante la pleamar, necesitarían lo menos tres días para llegar a *French-den*.

A las once, iniciándose ya el descenso de las aguas, se apresuraron a amarrar fuertemente la balsa para que no retrocediera, pues si es verdad que podían también aprovechar la marea de la noche, no era razonable aventurarse en la oscuridad.

-Creo que cometeríamos una imprudencia, dijo Gordon, porque los choques podrían ocasionarnos desperfectos, y soy de parecer que no viajemos más que de día.

Esta proposición era demasiado sensata para no obtener la aprobación general, pues valía más tardar que comprometer el precioso cargamento entregado a la corriente del río.

Como tenían que estar medio día y una noche entera en el mismo sitio, Doniphan y sus compañeros de caza, aprovechando la ocasión y seguidos de *Phann*, desembarcaron en la margen derecha.

Gordon les recomendó que no se alejaran mucho, lo que tuvieron en cuenta, trayendo, sin embargo, dos hermosas avutardas y varias perdices, que conservó Mokó para la primera comida que hicieran en la cueva francesa.

Durante aquella pequeña excursión, Doniphan no descubrió ningún indicio que revelase la presencia antigua o reciente de seres humanos, siendo lo único que llamó su atención algunos volátiles de gran tamaño que huían precipitadamente por entre los matorrales.

El día acabó sin novedad, y Baxter, Webb y Cross, prontos a cualquier evento, velaron toda la noche, hasta que, llegadas las nueve y tres cuartos de la mañana, comenzaron a navegar en las mismas condiciones que la víspera.

La noche había sido fría, y el día lo fue también. Era, por lo tanto, urgente que llegasen cuanto antes a su nueva morada, pues ¿qué sería de ellos si el río se helara o si algún témpano saliera del lago

dirigiéndose a la Bahía de Sloughi? Y sin embargo, no era fácil andar más aprisa durante el flujo, e imposible remontar la corriente en la bajamar.

A la una de la tarde hicieron alto al lado de la hondonada que Briant y sus compañeros habían visto a su vuelta a la bahía Sloughi, y Mokó, Doniphan y Wilcox montaron en la canoa para reconocer aquel barranco, no deteniéndose sino por falta de agua. Este charco parecía ser una prolongación de los pantanos, y muy rico en aves acuáticas. Doniphan mató algunas chochas, que se guardaron con las avutardas y las perdices.

La noche fue tranquila, pero glacial, y a pesar de todas las precauciones que se tomaron, sufrieron mucho frío sobre aquellas tablas, especialmente los pequeños, hasta el punto de que Jenkins e Iverson, dejándose llevar de su mal humor, se quejaron por haber dejado el campamento de *Sloughi-bay*, siendo preciso que Briant les diera aliento con caricias y dulces palabras.

Por fin, al día siguiente por la tarde, y con la ayuda de la marea, que duró hasta las tres y media, la balsa llegó cerca del lago y atracó a la orilla, frente a *French-den*, o sea la cueva de Francisco Baudoin.

XI

Primeras disposiciones en el interior de «French-den.» -Descarga de la balsa. -Visita a la tumba del náufrago. -Gordon y Doniphan. -La hornilla de la cocina. -Caza de polo y de pluma. -El ñandú. -Proyectos de Service. -Se acerca el Invierno.

El desembarque se verificó en medio de los gritos de júbilo de los pequeños, para los que todo cambio en la vida ordinaria equivalía a un nuevo juego. Dole brincaba en el ribazo como un cabrito; Iverson y Jenkins corrían hacia el lago, mientras que Costar, hablando aparte con Mokó, le decía:

-Nos has prometido una buena comida, grumete.

-Pues bien, pasaréis sin ella, señor Costar, respondió Mokó.

-¿Y por qué?

-Porque no tendré tiempo de guisar hoy.

-¡Cómo! ¿No se comerá?

-No, pero se cenará y las avutardas no serán menos buenas en la cena.

Y Mokó se reía, enseñando sus hermosos y blancos dientes.

El niño, después de darle una palmadita en el hombro en señal de buena amistad, fue a reunirse a sus compañeros, y Briant dio a todos ellos orden de que no se alejaran, con el fin de no perderlos de vista.



Los muchachos construyeron una aldea, etc.

-¿No vas con ellos? preguntó a su hermano.

-No, prefiero estar aquí, respondió Santiago.

-Mejor sería que hicieras un poco de ejercicio, repuso Briant. ¡No estoy contento contigo, Santiago!... ¡Me ocultas algo!... ¿Estás malo?

-No, no tengo nada.

Siempre la misma respuesta; esto preocupaba a Briant, que resolvió aclarar sus dudas, a trueque de reñir con su hermano.

Pero no había que perder tiempo si querían pasar la noche en la gruta.

Tratábase, en primer lugar, de que los que no la conocían fuesen a verla; así es que, después de amarrar la balsa, Briant rogó a sus compañeros que le acompañasen, y el grumete se proveyó de un farol, cuya luz, aumentada por los cristales, despedía viva claridad.

Las malezas que tapaban el orificio de la cueva se encontraban en el mismo estado que las dejó Briant; prueba segura de que ningún ser humano ni animal habían penetrado en ella.

Después de apartar las ramas, todos se deslizaron por la estrecha abertura. Con la luz del farol, la gruta se alumbró mucho mejor que con las ramas de pino o las velas del naufrago.

-¡Qué estrechos vamos a estar aquí! dijo Baxter, que acababa de medir la profundidad de la gruta.

-¡Bah! exclamó Garnett: se ponen las camas unas encima de otras como en un camarote...

-¿Para qué? replicó Wilcox; bastará colocarlas bien en el suelo...

-Entonces ya no quedará sitio para andar, dijo Webb.

-No, pero...

-Pero, le interrumpió Service, lo principal era que tuviésemos un abrigo. Supongo que Webb no pensaba encontrar aquí una habitación completa con salón, comedor, alcoba, sala de fumar, cuarto de baño...

-No, dijo Cross; pero sería menester un sitio en que se pudiera guisar.

-Guisaré fuera, dijo Mokó.

-Eso sería muy incómodo con el mal tiempo, dijo Briant. Así es que mañana mismo debemos colocar aquí la hornilla del *Sloughi*.

-¡La hornilla en el mismo sitio en que tenemos que comer y dormir! replicó Doniphan con marcado disgusto.

-Pues bien, respirarás sales, lord Doniphan, exclamó Service soltando una carcajada.

-Si me conviene, señor pinche, replicó el altanero muchacho frunciendo el entrecejo.



Alcides en un campo de cañales de la zona de...

-¡Vamos, vamos!... se apresuró a decir Gordon. Que la cosa sea o no agradable, será preciso tener paciencia por ahora; además, la hornilla, no sólo servirá para guisar, sino también para calentarnos.

En cuanto a agrandar esto, dado caso de que sea posible realizarlo, tenemos el tiempo que dura el invierno: contentémonos, pues, con lo que hay, e instalémonos lo mejor posible.

Antes de cenar, entraron todas las camas y las arreglaron unas al lado de otras encima de la arena.

Esta mudanza ocupó a los chicos hasta el anochecer, en cuya hora, transportando la mesa grande del comedor del yate, la colocaron en medio de la cueva, y Garnett, ayudado por los pequeños, que la traían los diversos utensilios de a bordo, se encargó de prepararla para la cena.

Mokó, que auxiliado por Service había dispuesto un hogar entre dos gruesas piedras al pie del contrafuerte del acantilado, encendió lumbre con ramas secas, que Wilcox y Webb fueron a buscar debajo de los árboles del ribazo, y a eso de las seis la olla esparcía un olor muy apetitoso, mientras que una docena de perdices colocadas en una barrita de hierro, se asaban delante de un buen fuego, encima de una gran fuente que recibía su jugo, y en la que Costar hubiese de buena gana mojado un trozo de galleta. Dole e Iverson daban concienzudamente vueltas al asador, y *Phann* los miraba con gran interés.

A las siete estaban todos reunidos en la única habitación de *French-den*, comedor y dormitorio a la vez. Los taburetes y sillas de tijera y de mimbres del *Sloughi*, habían sido traídos al mismo tiempo que los bancos del puesto de la tripulación. Nuestros muchachos, servidos por Mokó y por sí mismos, comieron opíparamente. Una buena sopa muy caliente, un trozo de *corn-beef*, el asado de perdices, galleta en vez de pan, agua fresca con una tercera parte de *brandy*, un pedacito de queso de Chester y algunos vasos de sherry en los postres, les indemnizaron de las malas comidas de los días anteriores.

A pesar de la gravedad de su situación, los pequeños se entregaban a la alegría propia de su edad, y Briant no quiso reprimir ni su algazara ni sus risas.

Terminada la cena, y no obstante la fatiga del día, Gordon, guiado por un sentimiento de religioso respeto, propuso a sus compañeros hacer una visita a la tumba de Francisco Baudoin, cuya morada ocupaban ellos; y aceptada la idea por todos, nuestros jóvenes dieron la vuelta al contrafuerte y se detuvieron, cerca de un montón de tierra, en el que se veía una cruz de madera; y entonces, los

pequeños arrodillados y los mayores inclinados ante aquella tumba, dirigieron una oración a Dios por el alma del desgraciado náufrago.

A las nueve se acostaron, y Wilcox y Doniphan, que estaban de guardia, encendieron una gran hoguera a la entrada de la cueva para ahuyentar a los animales y caldear el interior de la gruta.

Al día siguiente, 9 de Mayo, y durante los tres sucesivos, se necesitó de todos los brazos para la descarga de la balsa, pues como las nubes se amontonaban ya con el viento Oeste, anunciando lluvia o nieve, y el termómetro no se movía casi de cero, importaba mucho que cuantas cosas podían echarse a perder, municiones y provisiones sólidas y líquidas, se guardaran en *French-den*.

Por espacio de algunos días, y ante la urgencia del trabajo, los cazadores no se ocuparon mucho en dar culto a Diana; pero como las aves acuáticas abundaban sobremanera en la superficie del lago o en los pantanos, Mokó no se encontró nunca desprovisto. Chochas, patos y cercetas daban a Doniphan ocasión de demostrar su destreza, sin abandonar su perentoria obligación, no obstante observar que Gordon no veía sin pena lo que costaba la caza en plomo y pólvora, y de saber que

quería economizar las municiones, cuya exacta cantidad tenía apuntada en su cartera.

-Doniphan, es preciso escatimar tiros, le dijo un día; se trata de nuestro interés para lo porvenir.

-Convenido, respondió Doniphan; pero es necesario también economizar las conservas en aras de ese mismo interés, pues de no hacerlo así, nos arrepentiríamos de ello, si se presenta algún día la ocasión de dejar la isla...

-¡Dejar la isla! dijo Gordon. ¿Somos capaces acaso de construir un buque que pueda hacerse a la mar?

-¿Y por qué no? Hemos de intentarlo, para el caso de que se encuentre por aquí algún continente... No tengo yo ganas de morir en este desierto, como el compatriota de Briant.

-Bien está, respondió el americano; pero a pesar del deseo que tenemos todos de partir, no estará demás que nos habituemos a la idea de vernos obligados a permanecer aquí años y años.

-¡No desmientes tu carácter, Gordon! exclamó Doniphan. Estoy cierto de que te gustaría mucho fundar en estos parajes una colonia...

-Sin duda, si no se puede otra cosa.

-¡Ya lo creo! Mas juzgo que no serán muchos de tu parecer, ni siquiera tu amigo Briant.

-Ya tendremos tiempo de discutir esta cuestión, replicó Gordon. Y A propósito de Briant, permíteme que te diga que no te portas bien con él. Es un buen compañero, que nos ha dado muchas pruebas de cariño...

-¡Cómo no! replicó Doniphan con el tono desdeñoso peculiar en él. Briant tiene todas las buenas cualidades. Es una especie de héroe...

-No, Doniphan. Tiene defectos, lo mismo que nosotros; pero tus sentimientos respecto de él pueden traer una desunión que haría mucho más penosa nuestra existencia. Briant es estimado de todos...

-¡Oh, de todos! Mucho decir es eso.

-Lo es de la mayor parte, y no sé por qué Wilcox, Cross, Webb y tú no queréis hacer caso de nada de lo que dice. Es una observación amistosa la que te hago, Doniphan, y estoy cierto de que reflexionarás acerca de ella...

-Ya está hecho, Gordon.

El americano conoció bien claramente que aquel orgulloso muchacho estaba poco dispuesto a seguir

sus consejos, y esto lo afligía mucho, haciéndole prever grandes disgustos para el porvenir.

Ya hemos dicho que la descarga de la balsa necesitó tres días, y que una vez terminada esta operación, no les quedaba otro quehacer sino el de desbaratar aquella embarcación, cuyas maderas y tablas podían utilizarse en el interior de *French-den*.

Desgraciadamente, no cupo todo el material en la cueva; y si ésta no se podía agrandar, tendría que construirse un sotechado para poner los fardos al abrigo de la intemperie. Mientras tanto, siguiendo los consejos de Gordon, aquellos objetos fueron amontonados en el ángulo del contrafuerte y cubiertos con lonas embreadas.

El día 13, Baxter, Briant y Mokó procedieron a la armadura de la hornilla, que, arrastrada sobre maderos redondos hasta el interior de la gruta, fue instalada junto a la pared de la derecha, cerca de la entrada, para que el tiro se efectuase en mejores condiciones. La colocación del tubo presentó alguna dificultad; pero como las paredes eran de piedra caliza no muy sólida, Baxter llegó a perforarla, y pudo ajustar perfectamente el cañón de la chimenea para facilitar la salida del humo. Por la tarde, Mokó

encendió lumbre, viendo con gran satisfacción que la hornilla funcionaba a las mil maravillas.

Durante la semana siguiente, Doniphan, Webb, Cross, Service, Wilcox y Garnett pudieron satisfacer sus aficiones de cazadores. Un día que se internaron en el bosque de abedules y hayas, a media milla de *French-den*, hacia el lago, encontraron en algunos sitios indicios seguros del trabajo del hombre, pues hallaron zanjas cubiertas con ramaje y bastante profundas, para que los animales que cayesen en ellas no pudieran salir; pero el estado de aquellas zanjas las denunciaba como muy antiguas, y una de ellas encerraba los restos de un animal cuya especie era difícil clasificar.

-Son huesos de una bestia de gran tamaño, dijo Wilcox saltando al fondo y sacando aquellos restos blanqueados por el tiempo.

-Son los huesos de un cuadrúpedo, añadió Webb; aquí están las cuatro patas.

-Como no sea que los haya aquí de cinco, respondió Service; en esté caso sería un carnero o una ternera fenomenal.

-Siempre te estás burlando, Service, dijo Cross.

-Las bromas inocentes no están prohibidas, dijo Garnett.

-Lo cierto es, repuso Doniphan, que esta bestia debía ser grande. ¡Mirad qué cabeza y qué mandíbulas armadas con sus colmillos! Service puede bromear cuanto quiera; pero si este animal resucitara, me parece que nuestro jocoso compañero no tendría ganas de reír.

-¡Bien contestado! exclamó Cross, dispuesto siempre a apoyar a su primo.

-¿Supones, pues, preguntó Webb a Doniphan, que se trata de un carnívoro?

-No cabe duda.

-¿Un león? ¿Un tigre?... dijo Cross, no muy tranquilo.

-Si no es un tigre o un león, es, por lo menos, un jaguar o un conguar.

-¡Será preciso andar alerta! dijo Webb.

-¡Y no aventurarnos demasiado lejos! añadió Cross.

-¿Lo oyes, *Phann*? dijo Service, volviéndose hacia el perro. Hay fieras aquí.



El bambú, se ve en el fondo de la imagen de los paganos.

Phann respondió con un alegre ladrido, que no demostraba ninguna inquietud.

Nuestros cazadores se dispusieron a volver a su morada.

-Se me ocurra una idea, dijo Wilcox; y es la de que, si volviésemos a cubrir esta zanja, tal vez algún otro animal se dejaría coger en la trampa.

-Como quieras, respondió Doniphan, aunque me gusta más tirar a los animales en libertad que cogerlos en un foso.

Wilcox, llevado por su afición de armar lazos, se apresuró a poner en práctica la idea. Sus compañeros le ayudaron cortando follaje y ramas, y colocando los palos más largos atravesados, disimulando después completamente con las hojas la abertura de la zanja. Para reconocer el sitio, Wilcox fue rompiendo algunas ramas hasta la orilla del bosque, y hecho esto, volvieron todos a la gruta.

La caza de pluma abundaba, abasteciendo la mesa de nuestros isleños. Además de las avutardas y de las perdices, se veía gran número de martinetes, cuyo plumaje, lleno de lunaritos blancos, se parece al de las pintadas; y en cuanto a la caza de pelo, se componía de *tucutucos*, especie de roedores que podían reemplazar ventajosamente al conejo; de *maras*, liebres de un gris rojizo, con una media luna negra encima del rabo, cuya carne se parece mucho a la del aguti; de *pichis*, mamíferos de piel escamosa, que ofrece un alimento de sabor delicioso; de *pecaris*,

que se parecen a pequeños jabalíes, y de *guaculis*, iguales a los ciervos en cuanto a agilidad.

Doniphan mató algunos de estos animales; pero como era bastante difícil aproximarse a ellos, el consumo de plomo y de pólvora no estaba en relación con los productos, con gran disgusto del joven cazador.



BOSCHER, que había ido a cazar, para los indios a las montañas de la cordillera.

Gordon le hizo ciertas observaciones, que ni sus compañeros ni él tuvieron en cuenta.

Durante estas excursiones, no dejaron tan laboriosos jóvenes de hacer un buen acopio de dos preciosas plantas reconocidas por Briant en su primera expedición al lago: apio silvestre y berros, cuyos tallos pequeños tienen excelentes condiciones antiescorbúticas, y desde entonces estos vegetales figuraron como medida higiénica en todas las comidas.

No habiéndose helado aun la superficie del lago ni la del río, pescaron también algunas truchas y sollos que, como es sabido, son muy agradables al paladar, y no dejaban de abundar en aquellas aguas. Un día en que Iverson volvió triunfalmente llevando un magnífico salmón, con el que había luchado mucho tiempo, a trueque de romper las cañas, exclamaron sus compañeros:

-Si en la época en que este pescado remonta el río pudiéramos coger algunos, ¡qué buena cosa sería para el invierno!

Como es de suponer, nuestros incansables cazadores hicieron varias visitas a la trampa sin ningún resultado; pero un día, el 17 de Mayo, en que Briant y algunos otros fueron al bosque con objeto

de ver si cerca de la gruta encontraban alguna cavidad natural que sirviera de almacén para los materiales, sucedió que, pasando cerca de la zanja, oyeron unos gritos guturales que salían de allí.

Briant se dirigió en seguida hacia aquel lado, mas lo alcanzó Doniphan, que no quería nunca dejarse adelantar por nadie; los demás seguían a algunos pasos de distancia con las escopetas preparadas, mientras que *Phann* andaba con las orejas caídas y el rabo tieso.

Cuando estuvieron a unos veinte pasos del foso, los gritos redoblaron, y vieron entre las ramas un agujero bastante grande, producido sin duda por la caída del animal que dentro de la zanja estaba.

No sabiendo a qué especie pertenecía, era preciso estar preparados a todo evento.

-¡Anda, *Phann*, anda! gritó Doniphan.

El perro se lanzó en seguida ladrando, pero sin demostrar la menor inquietud.

Briant y Doniphan corrieron hacia la zanja, y cuando pudieron ver lo que era, exclamaron:

-¡Venid!... ¡Venid!...

-¡No es un jaguar? preguntó Webb.

-¿Ni un conguar? añadió Cross.

-No, respondió Doniphan: es un animal de dos pies; es un avestruz.

En efecto, así era, pudiendo felicitarse de que tales volátiles habitasen aquellos bosques, porque su carne es excelente, sobre todo la pechuga.

Sin embargo, si no era dudoso que fuese un avestruz de mediana estatura, su cabeza, parecida a la del ganso, y sus plumas de un gris blancuzco, le acusaban como perteneciente a la especie de los ñandús, tan numerosos en medio de las Pampas del Sur de América; y aun cuando el ñandú no puede entrar en comparación con el avestruz africano, el hallado en la trampa honraba, no obstante, la fauna del país.

-¡Es preciso cogerle vivo! dijo Wilcox.

-¡Ya lo creo! exclamó Service.

-No será fácil, respondió Cross.

-Probemos, repuso Briant.

Si el vigoroso animal no había podido escaparse, fue porque sus alas no le permitían elevarse al nivel del suelo, y porque sus patas no podían agarrarse a las paredes verticales de la zanja. Wilcox bajó, con gran riesgo de recibir algún picotazo que hubiera podido herirle de alguna gravedad; pero tuvo la suerte de tirar su blusa a la cabeza del volátil con tan

buena estrella, que el avestruz fue reducido a la más completa inmovilidad, siendo entonces fácil atarlo por las patas, y entre todos consiguieron sacarlo del foso.

-¡Por fin le tenemos! exclamó Webb.

-¿Y qué haremos con él?... preguntó Cross.

-¡Es muy sencillo! replicó Service, que no dudaba de nada. Le llevamos a *French-den*, le amansaremos, y nos servirá de montura. Me encargo de él, y obraré en un todo siguiendo el ejemplo de mi amigo Jack, el del *Robinsón Suizo*.

Poco probable era utilizar el avestruz con arreglo a los deseos de Service, a pasar del precedente por él citado; pero como no había inconveniente en llevarlo a la gruta, así se verificó.

Cuando Gordon vio llegar al ñandú, se asustó, tal vez pensando que era una boca más que alimentar; pero acordándose de que las hierbas y las hojas bastarían para su manutención, le hizo buena acogida. En cuanto a los pequeños, fue una alegría para ellos admirar aquel animal y acercarse a él después que lo hubieron atado con una cuerda; y al saber que Service se proponía domesticarlo hasta el punto de poderlo montar, le hicieron prometer que los llevaría a la grupa.

-Sí, sí, lo haré, si sois buenos, amiguitos, respondió Service, a quien los niños miraban como a un héroe.

-¡Ya lo veremos! exclamó Costar.

-¡Cómo! ¿Tú también, Costar? replicó Service. ¿Te atreverías a montar sobre este animal?

-Detrás de ti y agarrándome bien... creo que sí.

-Acuérdate bien del miedo que tuviste cuando estabas encima de la tortuga.

-No es lo mismo, respondió el pequeño, porque este a lo menos no se meterá debajo del agua.

-No; pero puede irse por el aire, dijo Dole.

Estas últimas palabras dejaron a los niños pensativos.

Desde su llegada a la gruta, Gordon había organizado su vida y la de sus compañeros de una manera regular, y abrigaba el propósito de normalizar en lo posible, tan luego como la instalación fuese completa, las ocupaciones de cada uno, y sobre todo cuidar mucho de no dejar a los más pequeños abandonados a sí mismos. Sin duda que estos se prestarían a ayudar a los mayores en la medida de sus fuerzas; pero ¿por qué no se habían de continuar las lecciones empezadas en el colegio Chairmán?

Tenemos libros que nos permiten proseguir nuestros estudios, dijo Gordon, y lo que hemos aprendido y aprenderemos aun, justo es que se lo enseñemos a los niños.

-Sí; tienes razón, respondió Briant; y si algún día Dios permite que abandonemos esta isla y que volvamos al seno de nuestras familias, demostremos que no hemos perdido el tiempo.

Convinieron, pues, en que se redactaría un programa, y que después de sometido a la aprobación general, se seguiría escrupulosamente.

La idea era excelente: en los largos días de invierno, cuando ni grandes ni pequeños pudieran salir de la gruta, bueno sería que se ocupasen en algo y con provecho para su inteligencia; pero mientras tanto, lo que más incomodaba a los huéspedes de *French-den* era la estrechez de la única habitación que tenían, en la que estaban amontonados; era, por lo tanto, preciso consagrarse, sin dilación, a buscar los medios de agrandarla.

XII

**Ensanche de «French-den.» -Ruido sospechoso.
-Desaparición del perro.- Reparación de éste.
-Apropiación y mudanza del «hall.» -Mal
tiempo. -Nombres dados a las diversas partes
del territorio. -La isla Chairmán. -El jefe de la
colonia.**

Durante las últimas excursiones, nuestros jóvenes cazadores habían examinado muchas veces, y en todos sentidos, el acantilado, con la esperanza de encontrar alguna otra excavación que les sirviese de almacén en donde poder encerrar los géneros y el material que habían tenido que dejar fuera; mas como estas indagaciones no dieron ningún resultado favorable, les fue preciso volver a su primera idea, es decir, a la de añadir algunas habitaciones a la cueva de Francisco Baudoin.

Si las paredes de aquella gruta fueran de granito, aquellos niños no hubieran podido hacer de ningún modo semejante trabajo; pero en una piedra caliza que el pico o el azadón desmoronarían sin grandes dificultades, les era fácil realizar su intento. La duración de la obra importaba poco, antes bien les

daría ocupación para algún tiempo, y hecha con cierta parsimonia, podrían terminarla sin grandes fatigas y sin riesgos, disminuyéndose las probabilidades de producirse derrumbamientos ni filtraciones.

No había necesidad de hacer barrenos, toda vez que las herramientas bastarían, como habían bastado para perforar la pared y colocar el tubo de la hornilla. Además, Baxter, no sin gran trabajo en verdad, había ensanchado la abertura de la cueva lo bastante para cerrarla con una de las puertas del *Sloughi*, abriendo también a derecha e izquierda de la entrada dos ventanas que permitían que circulara el aire y la luz con más facilidad en el interior de la gruta.

Hacia ya una semana que el mal tiempo se dejaba sentir, produciéndose violentas borrascas en la isla; mas gracias a su orientación, *French-den* no se resintió por ello.

Como los cazadores estaban casi ociosos por no tener más caza que algunas aves acuáticas en las cercanías del lago, no congelado aun, pero próximo a estarlo, aprovecharon los malos días para emprender el trabajo de que hemos hablado antes, y el

27 de Mayo atacaron con el pico la pared de la derecha.

-Excavando en dirección oblicua, dijo Briant, es posible que desemboquemos hacia la parte del lago y consigamos así otra entrada a la gruta, cosa que nos ofrecería la ventaja de guardar mejor los alrededores, y la no menor de poder salir por un lado si el temporal no nos lo permitiese por el otro.

Cuarenta y cinco pies, a lo sumo, separaban la cueva del sitio indicado, no teniendo más que hacer una galería en aquella dirección, con ayuda de la brújula, y Baxter propuso abrirla algo estrecha para no producir derrumbamientos, dejando su ensanche para cuando la profundidad pareciera suficiente. De este modo reunirían las dos habitaciones por un corredor que podría cerrarse en sus dos extremos, y en el que abrirían lateralmente una o dos cuevas.

Este plan era el mejor, teniendo, entre otras ventajas, la de facilitar con prudencia el sondeo del macizo, cuya perforación podía abandonarse con tiempo si se produjera alguna filtración.

Desde el 27 al 30 de Mayo, el trabajo se hizo en buenas condiciones, y como la piedra era muy blanda, fue preciso dar solidez a las paredes de la

galería por medio de tablas, lo que no dejó de ser bastante embarazoso y difícil. Aun cuando no todos los muchachos podían ocuparse en aquella obra, a causa de la estrechez del sitio, no por eso estaban ociosos. Gordon y algunos de sus compañeros se entretenían en concluir de desbaratar la balsa, con el fin de que la plataforma y los maderos pudiesen destinarse a otros usos, no sin cuidar al mismo tiempo de los objetos amontonados en el ángulo del contrafuerte, pues las lonas, a pesar de estar embreadas, no los preservaban por completo de la humedad.

La abertura de la galería se hacía con mucha lentitud. Cuando tenía cuatro o cinco pies de largo, un incidente inesperado llamó poderosamente la atención de los pequeños trabajadores, en la tarde del día 30 de Mayo.

Briant, acurrucado en el extremo de la misma, creyó oír un ruido sordo, que parecía provenir del interior de la piedra que perforaban, y suspendiendo su trabajo para escuchar con más atención, el ruido llegó distintamente a su oído.

Salir del agujero, ir en busca de Gordon y Baxter, y darles parte de lo que ocurría, fue obra de un instante.

-¡Ilusión! respondió Gordon. Has creído oír...

-Colócate donde yo estaba, dijo Briant; aplica el oído a la pared, y escucha.

Gordon se introdujo en la galería, saliendo algunos instantes después exclamando:

-No te has equivocado. He oído así como unos gruñidos lejanos.

Baxter escuchó a su vez, diciendo al salir:

-¿Qué será?

-No puedo comprenderlo, respondió el americano; es necesario avisar a Doniphan y a los demás.

-A los pequeños no, añadió Briant, pues tendrían mucho miedo.

Pero como en este momento acababan todos de entrar para comer, los chiquitines se enteraron de lo que ocurría, cosa que les causó gran sorpresa.

Doniphan, Wilcox, Webb y Garnett penetraron sucesivamente en la galería, mas no oyeron nada: el ruido había cesado, y creyendo que sus compañeros habían padecido un error, decidieron, no obstante las protestas de Briant y los otros, continuar el trabajo, como lo hicieron en el instante mismo en que concluyeron la comida.

Durante toda la tarde nada volvieron a oír; mas a eso de las nueve de la noche los gruñidos empezaron de nuevo, atrayendo la atención de *Phann*, que entrando en la galería, salió al poco tiempo con el pelo erizado, los labios contraídos hasta enseñar los dientes y ladrando con fuerza, cual si contestara a los gruñidos, que se dejaban oír perfectamente.

Los pequeñuelos que, ya sorprendidos, habían experimentado algún susto, viendo al perro de aquel modo, fueron presa de un verdadero espanto.

Los que saben que la imaginación de los niños ingleses esta influida por la acción de esas leyendas tan familiares a los países del Norte, en las que figuran trasgos, duendes, gnomos, silfos, ondinas y genios, no extrañarán les digamos que Dole, Costar, Jenkins e Iverson estaban sobrecogidos de espanto.

Briant procuró tranquilizarlos en cuanto le fue posible, obligándoles a acostarse; y si se durmieron, fue muy tarde, no sin saberse, cuando despertaron, que habían soñado con fantasmas, espectros y seres sobrenaturales que habitaban, según los acongojados niños, en las profundidades del acantilado.

Gordon y los demás continuaron hablando en voz baja de aquel extraño fenómeno; escuchando sin

cesar, se aseguraron de que no dejaba de reproducirse el fenómeno, y observaron que *Phann* persistía en sus manifestaciones de grande irritación.

Por fin, dominados por la fatiga, se acostaron todos, excepto Briant y Mokó, que continuaron volando, y un silencio profundo comenzó a reinar en la cueva de Francisco Baudoin.

Al día siguiente se levantaron todos muy temprano. Baxter y Doniphan, notando que el perro iba y venía sin mostrar inquietud, penetraron en la galería; pero nada oyeron.

-Pongámonos a trabajar, dijo Briant.

-Sí, respondió Baxter; tiempo habrá de suspender las labores si sobreviene algún percance.

-¿No sería posible, observó Doniphan, que el ruido que tanto nos ha alarmado haya sido producido por el murmullo de algún manantial?

-No, dijo Wilcox; pues si así fuera, se continuaría oyendo, y ya ves que ahora no se oye nada.

-Es de sospechar, respondió Gordon, y yo me inclino a creerlo así, que semejante ruido provenga sencillamente del viento que entra por algunas aberturas que haya en la cresta del acantilado.

-Subamos a la meseta dijo Service, y tal vez las descubramos.

La proposición fue aceptada.

A unos cincuenta pasos, bajando el ribazo, había un sendero que facilitaba la subida a las rocas. En pocos instantes, Baxter y otros dos o tres subieron y avanzaron hasta colocarse encima de *French-den*; pero fue trabajo inútil, porque no encontraron ninguna hendidura que pudiera dar paso al aire, y cuando bajaron, estaban tan a oscuras como al principio respecto a aquel extraño fenómeno, que los pequeños creían ser cosa del otro mundo, y que tanto les aterraba.

El trabajo de perforación siguió, sin que nada ocurriera de particular.

Por la tarde, Baxter notó que desde hacía pocos momentos la pared, al ser golpeada, ofrecía un sonido tal cual si estuviese hueca. ¿Existiría quizás alguna cavidad natural a través de la galería, siendo allí donde se produjera el ruido que tanto les llamó la atención? La hipótesis de una segunda excavación contigua a *French-den* no tenía nada de inadmisibles, y era de desear que se comprobara, porque les ahorraría mucho trabajo y mucho tiempo.

Alentados por tan consoladora esperanza, continuaron sus labores aquel día con más ardor que nunca, y tanto, que al sentarse al anochecer para

cenar, se hallaban cansadísimos y sin ganas de hablar la más mínima palabra.

El perro no estaba con ellos.

Por lo regular, a las horas de la comida *Phann* no faltaba nunca ni dejaba de colocarse al lado de su amo. Aquella noche su sitio se veía vacío, y al notarlo, el americano comenzó a llamarlo; pero el perro no acudió.

Gordon salió en seguida al umbral de la puerta, y continuó llamándole.

Silencio completo.

Doniphan y Wilcox corrieron entonces, el uno hacia el lago, y el otro en dirección a la orilla del río, y le buscaron por todas partes en vano.

Phann no se encontró.

Seguramente, el perro no oía la voz de su amo, porque, en caso contrario, hubiera acudido inmediatamente. ¿Se habría extraviado? No era posible ni sospecharlo siquiera. ¿Había perecido peleando con alguna fiera? Podía ser, y de todas las explicaciones de su desaparición, esa aparecía la más aceptable, si bien al mismo tiempo la más triste; pero eran las nueve de la noche, y como una profunda oscuridad envolvía el espacio, resolvieron dejar las

investigaciones para después que amaneciera el inmediato día.

Todos se hallaban muy inquietos y altamente disgustados, pensando que aquel inteligente animal, a quien tanto querían y que tan útil podría serles, había tal vez desaparecido para siempre.

Unos se tendieron en sus camas, otros se sentaron al lado de la mesa; pero ninguno se acordaba de dormir: les parecía que estaban más solos, más aislados aun que antes, más alejados todavía de su país y de sus familias.

De repente, en medio del silencio de la noche, nuevos gruñidos prolongados se dejaron oír, con la circunstancia de que esta vez parecían más bien aullidos de esos en que prorrumpan los animales a impulsos del dolor, que rugidos de amenaza, como los que lanzan las fieras en presencia del enemigo a quien tratan de intimidar.

-¡Allí es, allí!... exclamó Briant entrando en la galería.

Todos se levantaron cual si hubiesen visto una aparición, y el espanto se apoderó de nuevo de los pequeños, que se cubrían la cabeza con las mantas.

Briant salió del agujero diciendo:

-Es preciso que haya allí una cueva cuya entrada esté al pie de las rocas.

-Y en la que es probable que algunos animales se refugien de noche, exclamó Gordon.

-Así debe ser, replicó Doniphan; mañana mismo iremos a buscarla.

En aquel momento se oyó un fuerte ladrido, y al mismo tiempo aullidos que partían, al parecer, del interior de la piedra que perforaban.

-¿Estará *Phann* allí, exclamó Wilcox, peleando con alguna fiera?

Briant, que acababa de volver a la galería, escuchó con el oído pegado a la pared, y nada oyó: los ruidos habían cesado.

Pero, ya fuese que *Phann* estuviera allí o no, es indudable que existía una segunda excavación, comunicando con el exterior por medio de algún agujero, tapado quizás por malezas enredadas en la base del acantilado.

La noche pasó sin dejarse oír ruido alguno.

Al amanecer, las indagaciones emprendidas hacia el lago y del lado del río no dieron más resultado que las practicadas anteriormente en la meseta de las

rocas; y aunque llamaron por todas partes al perro, éste no se dejó ver por ningún lado.

Briant y Baxter se pusieron de nuevo a trabajar con tanto afán, que el pico y el azadón no descansaban. Durante la mañana, la galería ganó dos pies más de longitud. De cuando en cuando, los muchachos se detenían y escuchaban; pero ya no se oía ningún ruido.

El trabajo, interrumpido a las doce para almorzar, empezó de nuevo una hora más tarde, si bien se habían tomado todas las convenientes precauciones para el caso de que un golpe de pico reventase la pared y diera paso a algún animal. Los pequeños se colocaron al lado del ribazo, y Doniphan, Wilcox y Webb, con escopetas y revólvers en las manos, estaban pronto a cualquier evento.

A eso de las dos, Briant dio un grito. Su pico acababa de atravesar la piedra caliza, que se derrumbó en parte, dejando ver una abertura bastante ancha.

Y el joven salió, reuniéndose a sus compañeros, que no sabían qué pensar; pero antes de que abriera la boca para hablar, se oyó un fuerte roce por las paredes de la galería, y un animal se lanzó en la habitación de *French-den*.

Era *Phann*.

Sí, *Phann*, que en seguida se abalanzó a un cubo de agua y se puso a beber con avidez. Luego, meneando la cola, y sin ninguna muestra de irritación, vino a saltar alrededor de su amo.

No había, pues, nada que temer ya.

Briant tomó entonces un farol y se introdujo en la galería. Gordon, Doniphan, Wilcox, Baxter y Mokó le siguieron. Un instante después, habiendo pasado por el orificio producido por el derrumbamiento, se encontraron en medio de una sombría excavación, en la que no penetraba ningún rayo de luz.

Era otra cueva igual a *French-den* en longitud y latitud, pero mucho más profunda, y cuyo suelo estaba cubierto de una arena finísima en una superficie de cincuenta metros cuadrados.

Al pronto, temieron que el aire de aquella caverna no fuera respirable; pero no debía ser así, puesto que la luz del farol brillaba en toda su intensidad, y claro es que aquella atmósfera debía estar en movimiento, dado que se comunicaba con el exterior por medio de alguna abertura. ¿Cómo, si así no fuese, había penetrado *Phann* en ella?

En aquel momento Wilcox tropezó con un cuerpo inerte, y tocándolo con la mano, observó que estaba frío.

Briant acercó la luz.

-¡Es un chacal! Exclamó Baxter.

-Sí; es, en efecto, un chacal estrangulado por nuestro valeroso *Phann*, replicó Briant

-He aquí, pues, la explicación del ruido que oíamos, añadió el americano.

Pero si uno o varios animales habían tomado aquella cueva para su habitual morada, ¿por qué abertura entraban en ella?

Era menester, averiguarlo.

Briant salió, y andando al pie de las rocas, dio voces de vez en cuando hasta que por fin respondieron a sus gritos los que salían del interior. De este modo descubrió una estrecha boca, oculta entre las malezas al ras del suelo, de la que se servían los chacales; pero como por la entrada vertiginosa de *Phann* en ella se había producido un desplome parcial en el orificio, interceptándolo, he aquí explicado por qué el perro no pudo volver al lado de su amo.

Ya en la cueva, ¡qué satisfacción tan intensa experimentaron nuestros jóvenes náufragos! Habían

realizado sus deseos con gran ahorro de trabajo, pues se encontraron allí con una habitación ya hecha, y mejor que la que ellos proyectaban, como dijo Dole; una ancha gruta, desconocida por Francisco Baudoin.



Doléplan. Wilson y los otros descendieron al acorralado por primera vez.

Ensanchando la abertura, tendrían una salida más conveniente para satisfacer todas las exigencias del servicio interior; así es que nuestros pequeños Robinsones reunidos en la nueva caverna y llenos de júbilo, lanzaban al aire alegres hurras, a los que se unían los ladridos de *Phann*.

¡Con cuánto ardor pusieron manos a la obra para transformar la galería en un corredor practicable!

Esta segunda cueva, a la que dieron el nombre de *hall*, justificado por sus dimensiones, sirvió para encerrar provisionalmente el material, ínterin se abrían otra en las paredes laterales del corredor. Se destinaría también a dormitorio y gabinete de trabajo, mientras que la primera pieza se reservaría para cocina, comedor y despensa; pero como proyectaban también hacer de ella el definitivo almacén general, Gordon propuso darle el nombre de *Store-room*, esto es, local para las provisiones, o almacén; nombre que se adoptó por unanimidad.

En seguida procedieron a la mudanza de las camas, que fueron simétricamente colocadas en el *hall*, en donde no faltaba anchura. Arreglaron también el mobiliario del *Sloughi*; divanes, sillones, mesas, armarios, etc., y, lo que era más importante

aun, las estufas del comedor y del salón del yate, para caldear con ellas tan vasta habitación. Baxter fue después el encargado de colocar una puerta en la nueva entrada y de abrir dos ventanas que dieran suficiente luz al *hall*, alumbrado por la noche con un farol pendiente de la bóveda.

En estos arreglos consumieron quince días, y tiempo era ya de que concluyesen, porque si bien el río no parecía aun extremado, la atmósfera se agitaba con tanta violencia, que se prohibió toda salida.

En efecto; la fuerza del viento era tal, que a pesar del abrigo de las rocas, levantaba las aguas del lago como si hubiera sido el mar. A veces, el río, empujado por la borrasca, amenazaba cubrir el ribazo y extenderse hasta el contrafuerte; pero como, por fortuna, ni *Store-room*, o primera cueva, ni el *hall*, o sea la segunda, se encontraban directamente expuestas a los furores del aire, que soplabá del Oeste, las estufas y la cocina, alimentadas con leña muy seca, de la que habían hecho gran acopio, funcionaron perfectamente.

Gracias a Dios, habiendo encontrado a tiempo aquel nuevo abrigo, las provisiones no tenían nada que temer de la inclemencia del tiempo ni de la

humedad, pues aquellas grutas estaban perfectamente oreadas y enjutas.

Gordon y sus compañeros, reclusos a la sazón en aquellas habitaciones por causa de la crudeza de la estación, tuvieron sobrado tiempo para arreglar su morada, poniéndole condiciones de abrigo y comodidad. Ensacharon el corredor y abrieron dos caramanchones, destinando uno de ellos, cerrado con puerta, para las municiones, a fin de evitar todo peligro de explosión.

Aunque los cazadores no podían cazar más que alguna que otra ave acuática, de las que Mokó no acertaba nunca a quitar el gusto a cieno, provocando esto protestas o bromas, la comida estaba asegurada.

Desde luego habrán comprendido nuestros lectores que un rincón de *Store-room* había sido reservado para el ñandú, mientras se le construyese un cercado fuera.

Una vez completa la instalación, Gordon acariciaba el pensamiento de redactar un programa, al que tendrían que someterse todos, una vez aprobado por mayoría, cual si fuese la ley que rigiera aquella pequeña sociedad o colonia.

Después de la vida física, era preciso pensar en la intelectual, máxime cuando ignoraban lo que

podría durar su estancia en aquella isla; y si por fortuna llegaran algún día a abandonarla, ¡qué satisfacción experimentarían por haber aprovechado el tiempo! Cierto es que carecían de maestros; pero con los libros de la biblioteca del *schonner* podían los mayores aumentar sus conocimientos, consagrándose al mismo tiempo a la enseñanza de los pequeños, resultando de aquí una ocupación en que emplearían útil y agradablemente las largas horas del invierno.

El día 10 de Junio, después de cenar, se hallaban todos reunidos en el hall alrededor de las estufas, que esparcían agradable calor, cuando la conversación recayó sobre la necesidad de dar nombres a las principales partes geográficas de la isla.

-Sería muy útil y muy práctico, dijo Briant.

-Sí, busquemos nombres, prorrumpió Iverson; y sobre todo, que sean bonitos.

-Así lo han hecho todos los Robinsones reales o imaginarios, replicó Webb.

-Pero, compañeros; dijo Gordon: ¿qué creéis que somos nosotros?

-¡Un colegio de Robinsones! exclamó Service.

-Además, continuó el americano, dando nombres a la bahía, a los ríos, a los bosques, al lago, al acantilado, a los pantanos y a los cabos, nos será fácil reconocerlos.

Esta propuesta fue adoptada por unanimidad, y no pensaron desde aquel instante en otra cosa que en buscar en la imaginación nombres adecuados a cada punto.

-Ya tenemos *Sloughi-bay*, en la que encalló nuestro yate, dijo Doniphan, y me parece conveniente dejarle aquel nombre, al que estamos acostumbrados.

-Seguramente, dijo Cross.

-Lo mismo haremos con *French-den*, nuestra morada, añadió Briant, en recuerdo del pobre náufrago cuyo sitio ocupamos.

A esto no se hizo ninguna observación, ni aun siquiera por Doniphan, no obstante que la propuesta había sido hecha por Briant.

-Y ahora, dijo Wilcox, ¿cómo llamaremos al río que desemboca en *Sloughi-bay*?

-*Zealand*, propuso Baxter; este nombre nos recordará el de nuestro país.

-¡Adoptado! ¡Adoptado!

-¿Y el lago? -preguntó Garnett.

-Puesto que el río ha recibido el nombre de Zelandia, dijo Doniphan, demos al lago uno que nos recuerde a nuestras familias, y llamémosle *Family-lake* (lago de la familia).

Y se admitió por unanimidad.

Como se ve, el acuerdo era completo, y obedeciendo a un patriótico sentimiento, dieron por nombre *Auckland-hill* (colina de Auckland) al acantilado. En cuanto al cabo desde lo alto del que Briant había creído descubrir el mar al Este, se le llamó, por su indicación, *False-sea-point* (punta del falso mar). Las demás denominaciones que se adoptaron fueron éstas:

Se llamó *Traps-woods* (bosque de las trampas) a la parte de la selva en que se había descubierto la zanja. *Bog-woods* (bosque de la hondonada) a la otra parte, situada entre *Sloughi-bay* y el acantilado. *South-moors* (pantanos del Sur) al lugar pantanoso que cubría toda la parte meridional de la isla. *Dike-creek* (arroyo de la calzada) al río en que encontraron la barrera hecha con piedras. *Wreck-coast* (costa de la tempestad) a la en que el yate había encallado, y, en fin, *Sport-terrace* (meseta del *sport*) al sitio rodeado por las orillas del río y del lago, formando delante del *hall*

una especie de pradera, que sería destinada a los ejercicios que indicara el programa.

En cuanto a las demás partes de la isla, se les daría nombre a medida que se reconociesen y según los incidentes que se produjeran en ellos.

No obstante, les pareció bueno designar también con nombres propios los principales cabos marcados en el mapa de Francisco Baudoin. El del Norte se llamó *North-cape*, y el del Sur *South-cape*, y los tres que se encontraban al Oeste, sobre el Pacífico, *French-cape*, *Bristisch-cape* y *American-cape*, en honor de las tres naciones francesa, inglesa y americana, representadas en la pequeña colonia.

¡Colonia, sí! Esta denominación fue propuesta para indicar que la instalación no tenía ya carácter provisional, siendo inspirada por Gordon, siempre preocupado más bien en organizar su vida en aquel dominio, que procurar salir de él. Estos pobres muchachos no eran ya los náufragos del *Sloughi*, sino los colonos de la isla. Pero ¿de qué isla? Era menester bautizarla también.

-¡Toma!... ¡Toma!... ¡Bien sé yo cómo deberíamos llamarla! exclamó Costar.

-¿Lo sabes tú? preguntó Doniphan.

-¡Bien por el pequeño Costar! Exclamó Garnett.

-¡Sin duda la llamará la isla *Baby!* replicó Service.

-¡Vamos, fuera bromas! dijo Briant. Veamos tu idea, Costar.

El niño no se atrevía ya a decirlo.

-Habla, Costar, habla, repuso Briant, animándole con el gesto. Estoy cierto de que tu idea es buena.



—[La de árbol] amigos Costar.

-Pues bien, dijo el niño; puesto que somos todos discípulos del colegio Chairmán, llamémosla *isla Chairmán*.

No se podía encontrar nombre más adecuado; así es que fue admitido por unanimidad, y Costar se mostró muy orgulloso de su triunfo.

Habiendo llegado la hora del descanso, iba a levantarse la sesión, cuando Briant pidió la palabra.

-Compañeros, dijo: ahora que hemos dado un nombre a nuestra isla, ¿no sería conveniente que eligiésemos un jefe para gobernarla?

-¿Un jefe? replicó con viveza Doniphan.

-Sí, pues me parece que estaríamos mejor si uno de nosotros tuviese autoridad sobre los demás. Lo que se hace en todas las naciones, ¿no puede hacerse también en la *isla Chairmán*?

-¡Sí, sí, un jefe, nombremos un jefe! exclamaron a la vez grandes y pequeños.

-Bien está, dijo entonces Doniphan; pero con la condición de que sea para un tiempo determinado, un año, o...

-Y que pueda ser reelegido, añadió Briant.

-Concedido. ¿Y a quién nombraremos? preguntó Doniphan con ansiedad.

El envidioso tenía el temor de que, sino le nombraban a él, la elección recayese sobre Briant. Pero se desengañó bien pronto.

-¿A quién nombraremos? replicó Briant. La elección no es dudosa. Al más cuerdo de todos: a nuestro querido compañero Gordon.

-¡Sí, sí!... ¡Bien dicho!... ¡Viva Gordon! ¡Viva!...

El americano quiso rehusar el honor que le hacían, prefiriendo organizar a mandar. Sin embargo, reflexionando en la perturbación que las pasiones tan ardientes de aquellos muchachos, convertidos prematuramente en hombres por la acción de las circunstancias, podía ocasionar en lo sucesivo, se persuadió de que su autoridad no sería inútil.

Y he aquí cómo Gordon fue proclamado jefe de la infantil colonia de aquella isla.

XIII

El programa de estudios. -Observancia del domingo. -Bolas de nieve. -Doniphan y Briant. -Grandes fríos. La cuestión de combustible. -Expedición a «Traps-woods.» -Excursión a la

**bahía «Sloughi.» -Focas y pingüinos. -Un
castigo público.**

El invierno había comenzado ya. ¿Cuál sería su duración? Cinco meses por lo menos, si la isla se encontraba a más altura que Nueva Zelandia.



- ¡Con qué ardor juegan entre sí los niños!

Las observaciones meteorológicas anotadas en la cartera de Gordon, eran: que el invierno, habiendo empezado en Mayo, es decir, dos meses antes que el Julio de la zona austral, correspondiente al Enero de la boreal, se podía calcular que concluiría a mediados de Septiembre.

Si a tal cálculo se unía el de que, fuera de ese período; las tempestades son muy frecuentes durante el equinoccio, no sería aventurado suponer que la vida de reclusión se alargaría, viéndose imposibilitados nuestros muchachos para emprender largas excursiones por el centro o por los alrededores de la isla. Convencido de esto, Gordon creyó llegado el momento de organizar la vida interior en mejores condiciones, y se dispuso a redactar un programa que rigiese las ocupaciones diarias.

Se suprimirían las prácticas del *faggisme*, de las que hemos hablado en la descripción del colegio Chairmán. Todos los esfuerzos del americano tendían a que sus subordinados se acostumbrasen a creerse ya hombres y a obrar como tales; así, pues, no habría ya *fags* en *French-den*, es decir, que los pequeños no tendrían obligación de servir a los mayores. Pero fuera de esto, se respetarían las

tradiciones, que son, según el autor de la *Vida de colegio en Inglaterra*, la fuerza mayor de las escuelas inglesas.

En aquel programa se trazarían con claridad las obligaciones que correspondían a los pequeños, muy distintas, por cierto, de las de los mayores. Éstos, maestros y protectores; aquellos, discípulos y protegidos.

Verdad es que no conteniendo la biblioteca de *French-den* más que un número restringido de obras científicas y algunas de viajes, los mayores no podrían proseguir sus estudios sino en parte muy pequeña; mas uniendo esto poco a lo que les ilustrarían las dificultades de la existencia, la lucha para proveer a sus necesidades y la precisión de ejercitar su juicio o su imaginación ante las eventualidades de todas clases, aprendiendo a conocer lo que cuesta la vida, naturalmente podían y debían enseñar mucho, y he aquí por qué los mayores estaban llamados a ser profesores de los pequeños, teniendo para con ellos la obligación de enseñarles cuanto sabían.

Sin embargo, lejos de cansar a los niños con un trabajo impropio de su edad, habían de procurar ir aprovechando todas las ocasiones de ejercitar sus

cuerpos, al par que cultivar sus inteligencias. Cuando el tiempo lo permitiese, y abrigándoles bien, les harían salir para que corriesen al aire libre, obligándoles a hacer algún trabajo manual con arreglo a las fuerzas de cada uno.

En suma, el programa fue redactado, inspirándose su autor en estos principios, que son la base de la educación anglosajona:

«Siempre que un trabajo sea necesario, hacedlo.

»No perdáis jamás la ocasión de hacer un esfuerzo posible.

»No eludáis ninguna fatiga, pues ninguna es inútil.»

Poniendo estos preceptos en práctica, el cuerpo se hace fuerte y el alma se vigoriza.

Y he aquí el reglamento, tal cual se sometió a la aprobación general:

Dos horas por la mañana y otras dos por la tarde, trabajo en común en el hall. Cada uno a su vez, Baxter, Doniphan, Cross y Briant, de la quinta división, y Wilcox y Webb de la cuarta, darían lección a sus compañeros de tercera, segunda y primera. Les enseñarían Matemáticas, Geografía e Historia, ayudándose con las pocas obras de la biblioteca y sus anteriores estudios. De este modo

no olvidarían lo que habían aprendido en el colegio. Además, dos veces a la semana, domingo y jueves, tendrían conferencia, es decir, que un asunto científico, histórico o de actualidad, sería puesto a la orden del día, para que los mayores, hablando en pro o en contra, discutiesen, resultando de aquí ilustración para todos y distracción general.

Gordon, como jefe de la colonia, haría respetar este programa, que no había de modificarse sino en caso de nuevas eventualidades.

Tomaron también algunas medidas respecto a la duración del tiempo. Tenían el calendario del *Sloughi* y los relojes de a bordo; pero era menester borrar cada día que pasaba y dar cuerda a estos últimos para que señalasen la hora exacta. Dos de los mayores fueron encargados de aquellos cuidados; Wilcox, de los relojes, y Baxter, del calendario; y ciertamente que en ambos se podía confiar.

En cuanto al barómetro y el termómetro, Webb debía apuntar diariamente los cambios observados.

Se convino también en que se escribiría un diario de todo lo que había ocurrido y ocurriese durante la estancia en la isla Chairmán.

Baxter aceptó esta obligación, y gracias a él, el diario de *French-den* estaría escrito con minuciosa exactitud.

Un trabajo no menos importante, y que no admitía dilación, era el lavado de las ropas, para el que afortunadamente no faltaba jabón. Los niños se ensuciaban mucho cuando jugaban o pescaban en las orillas del río, y no pocas veces les reñía Gordon por éste motivo, amenazándoles con castigarlos. Esta era una labor que Mokó entendía perfectamente; pero no pudiendo hacerlo solo por la gran cantidad de ropa que había que lavar, se acordó que los mayores ayudasen al grumete en aquella faena, para conservar en buen estado la lencería de *French-den*.

El día siguiente era domingo, y ya es cosa sabida el rigor con que se guardan esos días en Inglaterra y en América. La vida está como en suspenso en villas, pueblos y aldeas. Durante los domingos, está prohibida toda clase de diversiones o distracciones, y esta regla se impone lo mismo a los niños que a las personas mayores.

¡Las tradiciones! ¡Siempre las famosas tradiciones!

Sin embargo, se convino en que los habitantes de la isla Chairmán se apartarían algún tanto de tal rigorismo, y aquel domingo los colonos se permitieron hacer una excursión por las orillas de *Family-Lake*; pero como hacía mucho frío, al volver después de dos horas de paseo, hallaron muy agradable la temperatura en el hall y muy sabrosa en *Store-room* la comida caliente, de cuyo *menú* había cuidado con esmero el jefe de *French-den*.

La tarde terminó con un concierto, en el que el acordeón de Garnett hizo las veces de orquesta, mientras que los otros chicos cantaban con más o menos afinación, pero siempre con un aplomo muy propio de la raza sajona. El único de esos niños que tenía verdaderamente una voz muy armoniosa, era Santiago; mas como por su inexplicable disposición de espíritu y su melancolía no tomaba parte en ninguna de las distracciones de sus compañeros, rehusó cantar, por más que se lo rogaron, una de aquellas canciones infantiles de las que tan pródigo se manifestaba en el colegio Chairmán.

Aquel domingo, que principió con una alocución del «reverendo Gordon,» como decía Service, terminó por una oración, y a las diez todos dormían

con tranquilo sueño bajo la custodia de *Phann*, que no era mal centinela.

Durante el mes de Junio, el frío fue en aumento, Webb hizo notar que el barómetro se sostenía en su indicación de veintisiete pulgadas, mientras que el termómetro centígrado señalaba de diez a doce grados bajo cero. En el momento en que mudaba el viento Sur a Oeste, los alrededores de *French-den* se cubrían de una espesa capa de nieve, y los pequeños colonos aprovechaban la ocasión para hacer bolas más o menos grandes y armar con ellas una de aquellas batallas tan de moda en Inglaterra. Algunas cabezas se resintieron de semejante juego, y cierto día, uno de los peor librados fue Santiago, que no asistía a aquella diversión sino como mero espectador. Una bola lanzada con demasiada fuerza por Cross, le alcanzó, aunque no le fuese dirigida, y el golpe le arrancó un grito de dolor.

-¡No lo he hecho a propósito! dijo Cross.

-Ya lo supongo, replicó Briant, atraído por el grito de su hermano; pero haces mal en tirar con tanta fuerza.

-¿Y por qué, repuso Cross, Santiago se ha colocado en ese sitio, siendo así que no quiero jugar?

-¡Cuántas palabras para nada! exclamó Doniphan.

-Bien, bien, no es grave, respondió Briant, comprendiendo que Doniphan buscaba una ocasión de intervenir en la contienda; pero te ruego, Cross, que no lo repitas.

-En verdad que... replicó Doniphan con tono burlón; mas si confiesa no haber querido hacerlo...

-No sé por qué intervienes en esto, Doniphan, siendo así que la cuestión es exclusiva entre Cross y yo...

-Y también me afecta a mí, te replico, Briant, ya que lo tomas tan a pecho, respondió Doniphan.

-Como quieras, y cuando quieras, repuso Briant cruzándose de brazos.

-¡En seguida! exclamó Doniphan.

En aquel momento, Gordon llegó muy a propósito para impedir que aquella querella concluyera por golpes. Culpó a Doniphan, que se sometió, entrando de pésimo humor en *French-den*; pero era de temer que algún nuevo incidente hiciera que los dos rivales vinieran a las manos.

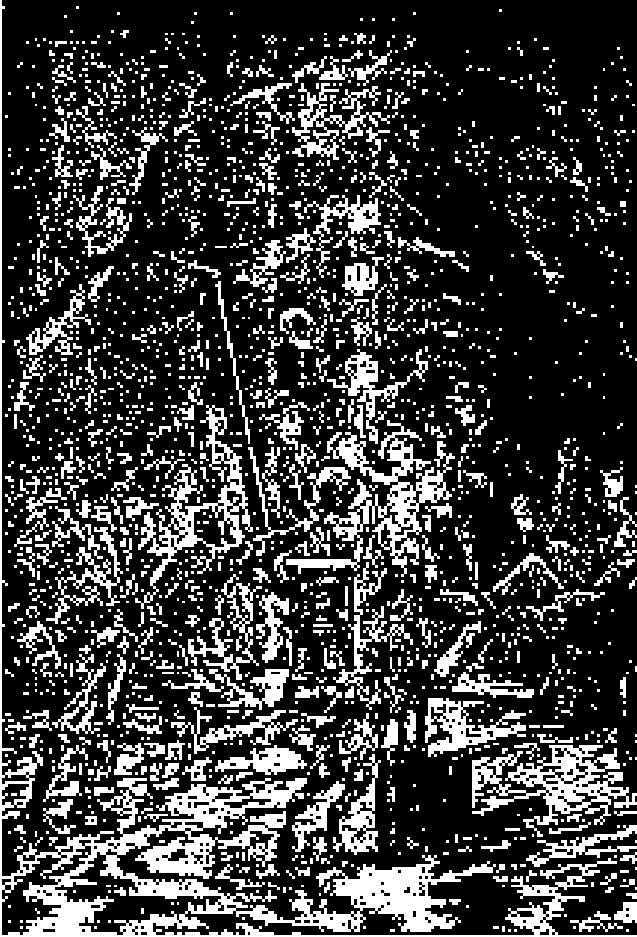
La nieve no dejó de caer durante cuarenta y ocho horas. Para divertir a los niños, Service y Garnett construyeron un maniquí con una cabeza

muy grande, una nariz enorme y una boca desmesurada; una cosa así como el ogro de los cuentos de Perrault. Y, debemos confesarlo: si durante el día Dole y Costar se atrevían a tirarle pelotazos, no lo miraban sin miedo cuando la oscuridad le daba formas gigantescas.

-¡Vaya con los cobardes! exclamaban Iverson y Jenkins, que se hacían los valientes, sin estar mucho más tranquilos que sus compañeros.

A fines de Junio fue preciso renunciar a toda diversión fuera de la gruta. La nieve alcanzó una altura de tres o cuatro pies, y aventurarse siquiera a un centenar de pasos fuera de la gruta, hubiera sido arriesgarse a no volver.

Los jóvenes colonos estuvieron quince días completamente encerrados. Durante este tiempo se observó el programa estrictamente. Se dieron las conferencias en los días señalados para ellas, causándoles un verdadero placer, y no sorprenderá a nuestros lectores si les decimos que Doniphan, con su facilidad para discurrir y su instrucción, ya adelantada, ocupó el primer lugar. ¡Lástima que se mostrase tan orgulloso, pues dicho orgullo, con ser tan desmedido, echaba por tierra sus buenas cualidades!



—El Gran Salón. —Una de las construcciones del hotel.

Aunque, por efecto de la inclemencia del tiempo, aun en las horas de recreo permanecían en el *ball*, la salud de los niños no se resintió por eso, merced a la renovación del aire que se hacía de una a otra habitación por el corredor. La cuestión

higiénica era de las más importantes; porque si uno de ellos enfermara, ¿cómo podrían prestarle los cuidados que hubiera de necesitar? Felizmente, no sucedió así, y aparte ligeros resfriados o anginas leves, que algunos días de cama y bebidas calientes curaron con rapidez, nada grave ocurrió en la salud de los colonos.

Otra era la cuestión que les preocupaba en alto grado. El agua necesaria para el abastecimiento de *French-den* se sacaba del río durante la marea baja para que no tuviera mal gusto; pero cuando la superficie de aquel río estuviera helada, no se podría obrar del mismo modo. Gordon habló con Baxter, su «ingeniero asesor,» de las medidas que convendría adoptar, y este, después de algunos momentos de reflexión, propuso establecer, para evitar la congelación, un conducto subterráneo que condujera el agua desde el río, por debajo del ribazo, hasta *Store-room*. Era una obra difícil en verdad, habida consideración de las circunstancias que rodeaban a tan jóvenes naufragos; y si Baxter salió airoso de ella, fue debido a que tenía a su disposición uno de los tubos de plomo que sirvieron para abastecer los camarotes del *Sloughi*. El servicio

de agua, pues, quedó asegurado en el interior de aquella morada.

En cuanto al alumbrado, había aun bastante aceite para las lámparas y los faroles; pero después del invierno sería necesario hacer provisión de un líquido combustible, o fabricar velas con las grasas que Mokó iba reservando.

Algunos chacales, acosados por el hambre, vinieron varias veces a Sport-terrace; pero Doniphan y Cross los espantaban a tiros. Sin embargo, un día fueron tan numerosos, que si *Phann* no los hubiese olfateado y denunciado oportunamente para que los colonos con prontitud atrancaran las puertas del *hall* y de *Store-room*, el ataque hubiera sido inevitable y tan terrible como son siempre los de las fieras.

La alimentación de la pequeña colonia daba mucho que pensar a su jefe. No siendo posible cazar en cantidad conveniente, por efecto de los temporales y los hielos, era menester echar mano de las provisiones del yate, y Gordon veía con mucha pena que se alargaba en su cartera la columna de los gastos, mientras que la de existencias disminuía. Mokó, participando de la preocupación de su jefe, ponía de su parte cuanto le era dable, y aprovechaba las avutardas que había conservado y los salmones

que tenía en salmuera; pero no debe olvidarse que *French-den* encerraba quince personas que alimentar, asistidas de un apetito propio de muchachos de ocho a catorce años.



Sección y Carlos trabajando en el campamento de los franceses.

Wilcox era, como ya hemos indicado otra vez, muy entendido en todo lo que concierne a la instalación de trampas, ballestas, lazos y demás recursos que suministra el higiénico y útil arte, de *Nemrod*, pero esto producía tan corto surtido de carnes frescas, que no era suficiente para librar a Gordon de su preocupación, ni al grumete de sus cavilaciones económicas en la cocina.

El ñandú también preocupaba a Service para darle de comer: como no es animal carnívoro, su amo se veía obligado a buscar hierbas y raíces debajo de la nieve, no sin gran riesgo de su vida; mas ¿qué no hubiera hecho para procurar buen alimento a su animal favorito?

-¡Qué corcel voy a tener! repetía muchas veces.

Sin embargo, el avestruz adelgazó bastante durante aquel interminable invierno; pero no fue culpa de su fiel guardián, y era de esperar que cuando llegase la primavera volvería a recuperar sus perdidas carnes.

El 9 de Julio, Briant, habiendo salido de *French-den* muy de madrugada, observó que el viento acababa de cambiar al Sur; y el frío era tan intenso, que se volvió apresuradamente al *hall*, dando cuenta a Gordon de esta modificación de la temperatura.

-Era de temer, respondió el americano, y no me extrañaría tuviésemos que sufrir aun algunos meses de riguroso frío.

-Eso nos demuestra, añadió Briant, que el *Sloughi* nos llevó, en su vertiginosa marcha marítima, mucho más al Sur de lo que suponíamos.

-Sin duda, dijo Gordon; y sin embargo, nuestro atlas no señala ninguna isla en el espacio del mar antártico.

-Es cosa inexplicable, y en verdad que no sé hacia qué lado podríamos dirigirnos si llegásemos a abandonar esta isla.

-¡Dejar nuestra isla! exclamó Gordon. ¿Aun piensas en ello, Briant?

-¡Siempre! Si pudiésemos construir una embarcación que, mal o bien, se sostuviera en el agua, no titubearía un instante en lanzarme a la ventura en el mar.

-¡Bueno!... ¡Bueno!... replicó el americano. ¡No hay prisa!... Esperemos siquiera a que nuestra pequeña colonia esté organizada, y entonces...

-¡Ay, mi buen amigo! repuso Briant; ¡olvidas que allá tenemos familia!...

-¡Es verdad, es verdad!... Pero, en fin, ¡no somos tan desgraciados aquí! Esto marcha... y vamos a ver, ¿qué nos falta?

-Muchas cosas, Gordon, respondió Briant, que no juzgó oportuno prolongar la conversación sobre este punto. Mira, en este momento está faltando combustible.

-¡Oh! ¡Aun no hemos quemado todos los árboles de la isla!

-No, pero urge hacer provisión de leña, porque la que tenemos se está acabando.

-Pues bien, hoy mismo, replicó Gordon. Veamos el termómetro.

Éste, que colocado dentro de *Store-room* indicaba cinco grados bajo cero, no obstante hallarse cerca de la hornilla llena de lumbre, sacado fuera de la estancia no tardó en bajar a diecisiete.

Era un frío vivísimo, y seguramente se recrudecería si el tiempo permanecía sereno y seco durante algunas semanas. La temperatura de *French-den* había bajado de un modo sensible, a pesar de las dos estufas y de la hornilla, que funcionaban sin cesar.

A las nueve, después del desayuno, decidieron ir a *Traps-woods* para traer una carga de combustible.

Cuando la atmósfera está en calma, las temperaturas más bajas pueden arrostrarse sin gran contrariedad; mas no es así cuando reina ese aire sutil, del que es difícil preservarse. Felizmente, aquel día el viento se notaba apenas, y el cielo tenía una limpidez perfecta, por lo que la nieve se había endurecido y permitía andar, siempre que se cuidara de asentar bien los pies, lo mismo sobre *Family-Lake* que sobre el río *Zealand*, enteramente helados; y si hubieran tenido un trineo enganchado a perros o rengíferos, hubiesen podido recorrer el lago en toda su superficie en algunas horas.

Mas no se trataba de esa expedición, sino de ir al bosque para renovar la provisión de combustible, que era de imprescindible necesidad.

El transporte de la leña iba a ser muy penoso, no pudiendo hacerse sino llevando cada uno una carga; pero Mokó discurrió un medio, que se apresuraron a utilizar hasta tanto que pudiesen construir cualquier vehículo con los restos del yate. Dicho medio consistía en sacar la gran mesa de *Store-room*, que medía doce pies de largo por cuatro de ancho, y poniéndola en el sentido inverso de su posición natural, la ataron con cuerdas, y cuatro de los

mayores la arrastraron por encima de la nieve en dirección a *Traps-woods*.

Los pequeños, con la nariz muy colorada, iban delante corriendo y saltando con *Phann*, que los incitaba a jugar. De vez en cuando se subían a la mesa por el gusto de hacerse llevar en coche, según decían ellos. A cualquiera le hubiese alegrado, ciertamente, verlos tan contentos y con tan buena salud.

Todo estaba blanco entre *Auckland-hill* y *Family-Lake*. Los árboles, cargados de carámbanos que parecían cristales, semejabán una decoración de alguna comedia de magia. Bandadas de pájaros revoloteaban por todas partes. Doniphan y Cross no habían olvidado sus escopetas, e hicieron bien, pues se vieron huellas sospechosas, que no eran de chacales ni de jaguares.

-Tal vez sean gatos monteses de esos que llaman *paperos*, dijo Gordon. ¡Son muy terribles!

-¡Oh, si no son más que gatos!... respondió Costar encogiéndose de hombros.

-Bien, los tigres también son gatos, replicó Jenkins.

-Service, ¿es verdad que todos esos señores de la raza felina son malos? preguntó Costar.

-Muy malos, contestó Service; cogen y se comen a los niños como si fueran ratones.

Esta respuesta no dejó de asustar a Costar.

Nuestros colonos recorrieron con bastante prontitud la media milla que separa a *French-den* de *Traps-woods*, y se pusieron a derribar algunos árboles, de los que arrancaron algunas ramas pequeñas para no llevarse más que las gordas, que eran más a propósito para las estufas y la hornilla. La mesa-trineo recibió una buena carga; pero se deslizaba con tanta facilidad por encima de la nieve helada y tiraban todos con tanto afán, que a las doce habían hecho dos viajes. Después del almuerzo volvieron al trabajo, que se suspendió a las cuatro para ocuparse, por mandato de Gordon, que sabía hacerse obedecer, en aserrar, partir y encerrar la leña, ocupación que duró hasta la hora de acostarse.

Durante seis días, aquel acarreo continuó sin descanso, asegurando así el combustible para algunas semanas.

El 15 de Julio, el calendario inglés señala San Swithin, que tiene igual fama que San Medardo en Francia.

-Vamos, dijo Briant; si llueve hoy, tendremos agua durante cuarenta días.

-¿Y qué nos importa, respondió Service, puesto que estamos en la mala estación? ¡Ah, sí estuviésemos en verano!...

Y en verdad que los habitantes del hemisferio austral no tienen por qué inquietarse de la influencia que puedan tener en el tiempo San Medardo o San Swithin, que son Santos de Invierno en nuestras antípodas.

Llovió aquel día; pero la lluvia no hizo cuarentena, a pesar de la creencia vulgar en Inglaterra y Francia; el viento saltó al Sudeste, y los fríos fueron tales, que el termómetro bajó a veintisiete grados bajo cero.

¡Irresistible tiempo!

Gordon prohibió toda salida, pues al aire libre el aliento se helaba y no se podía coger ningún objeto de metal sin experimentar un dolor igual al de una quemadura. Como es de suponer, tomaron toda clase de precauciones para que la temperatura interior se conservase a un grado suficiente; pero a pesar de todas estas prevenciones, sufrieron mucho por la falta de ejercicio, hasta el punto de que Briant no veía sin gran pena que los niños se ponían descoloridos y tristes. Sin embargo, aparte algunos constipados y algunas bronquitis inevitables por la

crudeza del temporal y que se curaron fácilmente con bebidas calientes, la salud de nuestros jóvenes colonos no se resintió mucho de aquel tiempo tan cruel.

El 16 de Agosto, el estado de la atmósfera se modificó con el viento Oeste, y el termómetro subió hasta marcar doce grados bajo cero.

Doniphan, Briant, Service y Baxter pensaron entonces en hacer una excursión a *Sloughi-bay*, o sea al primitivo campamento, pues sabían que partiendo muy de mañana, podían estar de vuelta por la tarde.

Deseaban observar si la costa era frecuentada por ciertos anfibios, que son huéspedes habituales de las regiones antárticas, y además, una vez allí, dedicarían algún rato a reponer el pabellón inglés, que, como recordarán nuestros lectores, habían izado sobre un mástil en el acantilado antes de abandonar aquel sitio; pabellón que sin duda debían haber destrozado las borrascas. Por consejo de Briant, se clavaría también en el asta una tablilla indicando la situación de *French-den*, para el caso en que algunos marinos, habiendo visto la bandera, desembarcaran en la playa.

Gordon asintió a ese proyecto, pero encargándoles repetidamente que estuviesen de

vuelta al anochecer. En consecuencia, nuestros expedicionarios salieron el 19 antes de la alborada: el cielo estaba sereno, alumbrado por los pálidos rayos de la luna en su cuarto menguante.

Las seis millas que separaban *Sloughi-bay* de *French-den* fueron rápidamente recorridas, pues estando helado el charco *Bog-woods*, no fue necesario dar rodeo alguno, lo que abrevió el camino; así es que a las nueve de la mañana Doniphan y sus compañeros llegaban a la playa.

-¡Vaya una bandada de aves! exclamó Wilcox.

Y señalaba algunos millares de pájaros que, parecidos a grandes patos, se hallaban colocados en fila en las puntas de los arrecifes.

-¡Parecen soldados a quienes el General va a pasar revista! dijo Service.

-Son *pingüinos*, respondió Baxter, y no valen un tiro. Estos estúpidos volátiles, que se sostenían en una postura casi vertical, debida a que tienen muy atrás sus patas, ni siquiera pensaron en huir, hasta el punto de que se les hubiera podido matar a palos. Tal vez Doniphan hiciera intención de tirar a alguno; pero como Briant tuvo la prudencia de no oponerse a ello, bastó ese implícito asentimiento para que

Doniphan mudara de idea. Los pingüinos no sufrieron ningún percance.

Mas si esos pájaros no servían para nada, nuestros jóvenes vieron gran número de otras clases de animales, cuya grasa podía servir para el alumbrado de *French-den* en el próximo invierno.

Eran focas, de la especie llamada *focas de trompa*, que se solazaban encima de las rompientes, cubiertas de hielo; pero para matar algunas era preciso cortarles la retirada, y en cuanto Briant y sus compañeros se aproximaron, comenzaron a huir dando saltos extraordinarios, y desaparecieron debajo del agua. Sería necesario, para darles caza, organizar una expedición especial y en otras condiciones.

Después de almorzar frugalmente con las provisiones que habían llevado, los colonos recorrieron la bahía en toda su extensión. Una capa blanca la cubría desde la embocadura del río *Zealand* hasta el promontorio de *False-sea-point*, pues el suelo estaba cubierto con más de dos pies de nieve.

Los últimos restos del *Sloughi* es encontraban enterados en ella.

El mar, siempre desierto hasta el extremo límite de aquel horizonte, fue saludado por Briant, que no

le había visto en tres meses, y saludó también, dándole vida en su imaginación, más allá, a centenares de leguas, a Nueva Zelandia, cuya tierra no desesperaba de volver a pisar algún día.

Baxter se ocupó en mudar la bandera y en clavar la tablilla, indicando la situación de *French-den* a seis millas remontando el curso de río, y a la una de la tarde se pusieron de nuevo en camino para regresar a su vivienda.

Doniphan mató unas cuantas avefrías que revoloteaban en la superficie del río, y a las cuatro, aun compañeros y él entraban en la gruta. Gordon, puesto al corriente de lo que había pasado y enterado de que muchas focas frecuentaban *Sloughi-bay*, aseguró que se les daría caza tan luego como el tiempo lo permitiera.

El invierno iba, por fin, a concluir muy pronto; durante la última semana del mes de Agosto y la primera de Septiembre, fuertes chubascos trajeron un rápido cambio en la temperatura. La nieve no tardó en disolverse, y el hielo del lago se rompió con un ruido ensordecedor. Los témpanos que no se deshicieron, entraron en la corriente del río, amontonándose unos encima de otros, formando

una barrera que se desbarató completamente hacia el 10 de Septiembre.

Así pasó aquel invierno. Merced a las precauciones tomadas, la pequeña colonia no padeció mucho. Todos gozaban de perfecta salud, y los estudios siguieron su curso ordinario, sin que Gordon se viese obligado a usar de mucha severidad.

Un día, sin embargo, tuvo que corregir a Dole, cuya conducta necesitaba un severo castigo.

Muchas veces, aquel testarudo muchacho había rehusado aprender su lección, y Gordon lo había reñido; pero como el niño continuara sin hacer caso de las observaciones del jefe de la colonia, fue condenado a recibir algunos azotes.

Sabido es que los niños ingleses no miran como denigrante esa clase de castigo. No obstante, Briant hubiera protestado contra aquella manera de obrar, ni no hubiese tenido la obligación de respetar las decisiones de Gordon.

Dole recibió, pues, algunos zurriagazos que le aplicó Wilcox, designado por la suerte en el presente caso, para funcionar como ejecutor público, y el castigo fue tan ejemplar, que el caso no volvió a acontecer.

El día 10 de Septiembre se cumplieron los seis meses primeros de las forzadas vacaciones de los alumnos de Chairmán, desde que el *Sloughi* se perdió en los arrecifes de la isla del mismo nombre.

XIV

Últimos fríos. -El carro. -La primavera. -Service y su nandú. -Preparativos para una expedición al Norte. -Las madrigueras. -«Stop-river.» -Fauna y flora. -Extremidad de «Family-Lake.» -«Sandy-desert.»

Con el buen tiempo, nuestros jóvenes colonos se propusieron realizar algunas de las excursiones proyectadas durante las largas noches de invierno.

El mapa de Francisco Baudoin no señalaba ninguna tierra alrededor de la isla, pero era posible que el pobre náufrago no la hubiera divisado, pues no poseyendo anteojo alguno, era imposible que con la simple vista distinguiera nada más allá de algunas millas. Nuestros colonos, mejor provistos, descubrirían tal vez lo que aquel no pudo alcanzar a ver.

Pero antes de visitar las diversas regiones de la isla, se trató de explorar el territorio comprendido entre *Auckland-hill*, *Family-Lake* y *Traps-woods*. ¿Cuáles eran sus recursos? ¿Cuál era su riqueza en árboles y arbustos que se pudieran aprovechar? Esto era lo primero que debían saber. La marcha quedó fijada para los primeros días de Noviembre. La primavera se retrasó algún tiempo, porque encontrándose la *isla Chairmán* en una latitud bastante alta, tuvo que sufrir muy malos tiempos, debidos al equinoccio.

Hasta mediados de Octubre, los cambios atmosféricos se manifestaron con sin igual violencia; las piedras del acantilado *Auckland-hill* gemían azotadas por las ráfagas del Sur, que atravesando los pantanos, sin luchar con obstáculo alguno, llevaban consigo las emanaciones heladas del mar antártico. Veinte veces aquellos vendavales arrancaron las puertas de *Store-room*, penetrando por el corredor hasta el *hall*, y nuestros jóvenes sufrieron tal vez más por aquel temporal que por los intensos fríos del invierno.

Para más aburrimiento, parecía que los pájaros habían emigrado buscando un refugio en regiones más abrigadas y menos expuestas a tan recias tormentas equinocciales, y hasta los peces se

ocultaban por la agitación de las aguas, que mugían en las orillas del lago.

Sin embargo, los colonos no estaban ociosos. Como la mesa no podía ya servir de vehículo, puesto que el hielo había desaparecido, Baxter ideó fabricar un aparato a propósito para acarrear los objetos de gran peso. Al efecto, utilizó dos ruedas dentadas, de igual tamaño, de un torno del *schonner*. Después de haber ensayado, aunque en vano, romper los dientes de aquellas ruedas, llenó los intervalos con cuñitas de madera, cubiertas con un círculo metálico, y después de unir las por una barra de hierro a manera de eje, se colocó sobre él una sólida plataforma, resultando así un carro, si bien muy basto, en disposición de prestar, como lo prestó, grandes servicios. Inútil nos parece añadir que, a falta de caballo, mula o burro, los más vigorosos serían los encargados de arrastrarlo.

¡Ah! Si llegaran algún día a apoderarse de cualquier cuadrúpedo, ¡cuántas fatigas se ahorrarían!. ¿Por qué la fauna de la isla Chairmán, fuera de algunos carnívoros, era más rica en volátiles que en rumiantes? Sería demasiada felicidad para ellos, y en particular para Service, que, ganoso de cabalgar, fuera como fuera, se lamentaba de que su avestruz

no quisiera domeñarse a vivir con la mansedumbre que crea siempre la domesticidad.

En efecto; el ñandú no habla perdido nada de su carácter salvaje. No dejaba que se aproximasen a él sin defenderse con el pico y las patas, y procuraba sin cesar romper sus ligaduras con el afán de huir y de perderse pronto por entre los árboles de *Traps-woods*, gozando a su placer de las delicias que a todo ser animado proporciona siempre la libertad.

Service, no obstante, no perdía las esperanzas. Había dado al ñandú el nombre de Brausewind, como lo había hecho con el suyo Jack, según leyera en *el Robinsón Suizo*; pero aunque nuestro muchacho había juzgado cuestión de amor propio el amansar al animal, no conseguía nada ni por buenos ni por malos tratamientos.

Sin embargo, dijo un día, aludiendo a la novela de Wyss, que no se cansaba de leer:

-Jack llegó a conseguir que su avestruz se transformara en un rápido corcel.

-Es verdad, le replicó Gordon; pero entre tu héroe y tú hay tanta diferencia como entre tu avestruz y el suyo.

-¿Cuál es?

-Sencillamente la que separa la imaginación de la realidad.

-¡No importa! replicó Service. ¡Llegaré a amansarle, o nos veremos los dos!

-Pues bien, respondió el americano riendo; me extrañaría menos oírle hablar que verlo obedecer.



El hombre que se llama Service, y el que se llama...

A despecho de las bromas de sus compañeros, Service estaba muy decidido a montar su ñandú en cuanto el tiempo lo permitiese. Así es que, imitando en un todo a Jack, construyó una especie de guarnición de tela con ojerías móviles, para guiarle a derecha o izquierda, según su gusto. ¿Por qué no había de tener éxito, puesto que el héroe de Wyss le obtuvo? Hizo también un collar, que llegó a fijar al cuello del animal; pero en cuanto a la capucha, fue imposible colocársela en la cabeza.

El equinoccio tocaba a su fin; el sol tomaba fuerza y el cielo se serenaba, comenzando ya los árboles a brotar a impulsos del calor vivificante del luminoso astro.

Los colonos podían ya estar fuera días enteros. Los trajes de abrigo, pantalones de fuerte paño, camisetas o blusas de lana, habían sido sacudidos, limpiados y guardados en los cofres designados al efecto por Gordon. Nuestros jóvenes, encontrándose más ágiles con sus trajes ligeros, celebraban alegremente la vuelta del buen tiempo, teniendo además la esperanza, que no les abandonaba nunca, de hallar algún medio que modificase ventajosamente su situación.

Durante el verano podía acontecer que un buque visitara aquellos parajes; y si pasaba cerca de la isla Chairmán, ¿por qué no había de arribar viendo la bandera que ondeaba en la cresta de *Auckland-bill*?

En la segunda quincena de Octubre los cazadores hicieron alguna que otra excursión en un radio de dos millas en derredor de *French-den*, proporcionando a Mokó ocasión para mejorar en algo las comidas. Gordon no cesaba de recomendar la economía de las municiones, lo cual contrariaba mucho a Doniphan. Wilcox tendía lazos, con los que cogió algunos pares de perdices, avutardas y hasta de esas liebres *maras*, cuya carne se parece a la del aguti. Muchas veces en el día iban los colonos a mirar aquellos lazos, porque los chacales y otros carnívoros encontraban muy cómodo comerse las piezas cogidas de este modo, y en verdad era cosa triste trabajar para que aquellas fieras utilizasen el producto de la industria de nuestros muchachos; así es que cuando daban caza a algunos de estos animales dañinos en las antiguas trampas y en otras nuevas colocadas en la linde del bosque, los mataban sin piedad.

Doniphan dio muerte a varios de esos *pecaris* y *guaculis*, jabalíes y ciervos de pequeña estatura, cuya

carne es muy sabrosa. En cuanto a los ñandúes, nadie sintió no poderlos alcanzar, en vista del poco éxito obtenido por Service en su ensayo para domesticar el suyo; y bien claro se vio esto cuando en la mañana del 26 el terco muchacho quiso montar su avestruz, al que había puesto la guarnición, no sin mucho trabajo.

Estaban todos reunidos en *Sport-terrace* para asistir a este interesante espectáculo. Los niños miraban a su compañero con cierto sentimiento de envidia, mezclado de alguna inquietud, y en el momento decisivo titubeaban sobre si rogar o no a Service que los pusiera a la grupa; los mayores se encogían de hombros, y Gordon procuró disuadir a Service de que llevara a cabo una prueba que le parecía peligrosa; pero obstinándose éste en realizar su propósito, tomaron todos el partido de dejarle hacer su voluntad.

Mientras Garnett y Baxter tenían al animal con la cabeza cubierta por una capucha y las ojeras bajadas, Service, después de varias tentativas infructuosas, llegó a saltar sobre el ñandú, diciendo con voz algo temblona:

-¡Soltadle!

El avestruz, privado de la vista y sintiéndose sujetado por el muchacho, que le apretaba fuertemente con las piernas, se quedó inmóvil; mas apenas levantó Service las ojeras por medio de la cuerda que servía también de rienda, el ñandú dio un salto prodigioso y partió como una flecha en dirección al bosque.

Service no era dueño ya de su fogosa montura, y en vano procuró detenerla cegándola de nuevo; pues por un brusco movimiento de cabeza el animal se quitó la capucha, que cayó sobre su cuello, en el que el muchacho se agarraba con todas sus fuerzas; y, por fin, por medio de una violenta sacudida, se desembarazó del jinete en el mismo momento en que el ñandú iba a desaparecer bajo los árboles de *Traps-woods*.

Los compañeros de Service acudieron, y cuando llegaron a su lado, el avestruz estaba ya lejos.

Felizmente, habiendo caído el muchacho sobre una capa de hierba muy espesa, no se hizo ningún daño.

-¡Qué animal más estúpido! exclamó lleno de confusión. ¡Ah, si vuelvo a cogerlo!...

-No lo volverás a ver ya, respondió Doniphan, que se complacía en burlarse de su compañero.

-Decididamente, dijo Webb, tu amigo Jack era mejor jinete que tú.

-Es que mi ñandú no estaba suficientemente domesticado, respondió Service.

-Ni podía estarlo nunca, replicó Gordon. Consuélate, Service; nada hubieras conseguido de esa bestia, y no olvides que en la novela de Wyss no todo es verdad.

Al principiar el mes de Noviembre el clima continuaba favorable para una expedición de algunos días. Se trataba de reconocer la orilla occidental de *Family-Lake* hasta la punta del Norte; y como el tiempo estaba sereno y el calor no era excesivo, no había inconveniente en pasar unas cuantas noches al aire libre.

Los cazadores debían formar parte de la excursión; y como había de prolongarse algo, y, por lo tanto, ofrecer algunas peripecias, Gordon juzgó conveniente partir con ellos, siendo Briant y Garnett los encargados de cuidar a sus compañeros que se quedaban en *French-den*. Más adelante Briant emprendería otro viaje con objeto de visitar la parte inferior del lago, bien costeando sus orillas con la canoa, o ya atravesándolo, puesto que, según el

mapa, no tenía más que cuatro o cinco millas de anchura.

Al llegar la mañana del 5 de Noviembre, y dispuestos los expedicionarios Gordon, Doniphan, Baxter, Wilcox, Webb, Cross y Service, emprendieron su marcha después de despedirse de sus amigos.

En *French-den* ningún cambio debía operarse en la vida de todos los días. Fuera de las horas de estudio, los niños seguirían pescando, como de costumbre, en el lago o en el río, lo que constituía su recreo favorito. Pero no vaya a creerse que porque Mokó no formaba parte de la caravana, los expedicionarios se verían reducidos a comer mal, no; Service estaba con ellos; y como muchas veces ayudaba a Mokó en las operaciones de la cocina, hizo valer su talento culinario para acompañar a los viajeros, quizás impelido por su esperanza de encontrar a su avestruz.

Gordon, Doniphan y Wilcox iban armados con escopetas, llevando además un revólver a la cintura. Cuchillos de monte y dos hachas pequeñas completaban su armamento. Habían acordado no gastar plomo ni pólvora sino para defenderse o para matar algunas piezas de caza mayor, en el solo caso

de que no se las pudiese coger de un modo menos costoso.

Baxter, según sabemos, era un muchacho tan previsor como diestro, y previendo que llegara a ser algún día muy necesario servirse del lazo y de las bolas, las arregló, y ejercitándose en su manejo, adquirió muy pronto notable habilidad y destreza para lanzarlos. Es verdad que hasta entonces no lo había ensayado sino en objetos inmóviles, y nada probaba que los resultados estuviesen en armonía con sus deseos, arrojando aquellos contra un animal corriendo; pero los llevó consigo por si se presentaba el caso de utilizarlos.

Gordon se llevó también el *halkett-boot*, bote de cautchuc, muy portátil, puesto que, según dijimos oportunamente, se doblaba como una maleta y no pesaba más de diez libras.

Era muy conveniente tener a mano esta canoa, pues el mapa del naufrago consignaba la existencia y posición de dos ríos tributarios del lago, y tal vez necesitasen de aquel bote para atravesarlos. Según dicho mapa, del que Gordon llevaba una copia para consultarlo o comprobarlo, la ribera occidental de *Family-Lake* se desarrollaba en un largo próximamente de dieciocho millas, teniendo en

cuenta su curva. La expedición, según se ve, y en el caso de que los viajeros no experimentasen ningún retraso, necesitaría dos o tres días por lo menos.

El americano y sus compañeros, precedidos por *Phann*, dejaron *Traps-woods* a su izquierda, y anduvieron a buen paso por el suelo arenoso de la ribera, no tardando mucho en salvar la distancia hasta entonces recorrida en las excursiones que habían hecho desde su instalación en la gruta; y traspuesto dicho terreno, se hallaron en un sitio en que las hierbas eran tan altas, que dificultaban la marcha de nuestros jóvenes; pero no tuvieron por qué sentir aquel retraso, pues *Phann* empezó a rastrear, quedando por fin inmóvil delante de media docena de madrigueras.

Indudablemente el perro había olfateado algún animal, sin duda encamado, y Doniphan, llevado de sus aficiones, preparaba su escopeta, cuando Gordon le detuvo.

-Economiza la pólvora, Doniphan, le dijo; te lo suplico; economiza las municiones.

-¡Quién sabe, Gordon, si nuestro almuerzo estará ahí dentro! respondió el joven cazador.

-¡Y también la comida!... añadió Service, bajándose y mirando las madrigueras.

-Si hay algún bicho aquí, respondió Wilcox, lo obligaremos a que salga sin que nos cueste un perdigón.

-¿Cómo puede ser eso? preguntó Webb.

-Ahumándolo, como se hace con las zorras cuando están en las madrigueras.

Y Wilcox, cogiendo algunos puñados de hierbas secas, las colocó delante de los agujeros y las encendió; un momento después, diez o doce roedores salían medio sofocados, procurando huir, pero en vano. Eran conejos *tucutucos*, de los que Service y Webb mataron algunos con un palo, mientras que *Phann* estrangulaba también a cuantos cogía.

-¡He aquí un excelente asado!... dijo Gordon.

-Y yo me encargo de ello, añadió Service, deseoso de llenar sus funciones de jefe de cocina. ¿Queréis comerlos ahora mismo?

-En la primera parada, contestó el americano.

Necesitaron más de media hora para salir de aquella pradera, tan cubierta de malezas, y más allá encontraron la playa llena de dunas, cuya arena finísima se levantaba al menor soplo de aire.

A la altura en que se hallaban, el reverso de *Auckland-hill* quedaba ya a más de dos millas hacia

Oeste, lo cual se explicaba por la dirección del acantilado en su curva desde *French-den* hasta *Sloughi-bay*. Toda esta parte de la isla estaba oculta por aquel bosque tan espeso, que Briant y sus compañeros habían atravesado en su primera expedición al lago, rogado por el riachuelo de que hicimos mención al ocuparnos de ello, y al que habían dado el nombre de *Dike-creek*.

El mapa indicaba que ese *creek* desembocaba en el lago, y a su embocadura fue precisamente adonde nuestros jóvenes llegaron a las once de la mañana, después de haber andado unas seis millas.

Al llegar a dicho punto hicieron alto al pie de un magnífico pino, encendieron lumbre entre dos piedras, y algunos instantes después dos *tucutucos*, desollados por Service, se asaban al amor de una gran llama, y *Phann*, echado al lado del hogar, se complacía en husmear el buen olor que se desprendía de aquellos roedores.

Almorzaron con buen apetito, sin tener queja de ese primer ensayo de Service en el arte culinario. Los *tucutucos* bastaron, y no tuvieron que tocar a las provisiones que llevaban consigo, como no fuera algo de galleta, que hacía las veces de pan.

Concluido el almuerzo, emprendieron de nuevo la marcha, y atravesaron el *creek* por un vado, sin necesidad del bote, cuyo servicio les hubiese consumido mucho tiempo.



El vado no podía dar lugar a un vado ordinario.

La orilla del lago, algo pantanosa, les obligó a seguir de nuevo las lindes del bosque, sin perjuicio

de dirigirse hacia el Este tan luego como lo permitiese el buen estado del terreno.

Los árboles eran siempre de la misma clase: hayas, abedules, pinos de varias especies, y encinas. Millares de pájaros de diversas castas revoloteaban debajo del follaje, cantando o silbando a porfía; y allá a lo lejos y muy alto, se veían algunas de aquellas aves de rapiña muy comunes en la América del Sur.

Service, acordándose sin duda de *Robinson Crusoe*, sentía mucho que no tuviese loros en la isla, porque tal vez uno de aquellos habladores pájaros le hubiera indemnizado de los malos ratos que le proporcionó la educación, tan poco aprovechada, del avestruz.

La caza abundaba por doquier, y Gordon no pudo rehusar a Doniphan el placer de matar un *pecari*, que serviría para el almuerzo del siguiente día.

Anduvieron hasta las cinco de la tarde, hora en que llegaron a orillas del segundo río señalado en el mapa; era otro desagüe del lago que desembocaba en el Pacífico, más allá de *Sloughi-bay*, después de rodear el Norte de *Auckland-hill*.



—(Q)UÉ PASABA EN EL CAMPAMENTO EN EL RÍO DE LA PARADA (STOP-RIVER).

Gordon resolvió detenerse en aquel sitio. Después de haber andado doce millas, era justo cenar y descansar. Este nuevo río fue llamado *Stop-river* (río de la parada).

Nuestros jóvenes establecieron su campamento debajo de los primeros árboles del ribazo, y los tucutucos formaron el plato principal de la cena, que Service condimentó con bastante acierto.

Pero estaban muy cansados, y como la necesidad que tenían de dormir era mayor que la de comer, resultó que, si bien es verdad que las bocas se abrían a impulsos del hambre, los ojos se cerraban obedeciendo al sueño; así es que, apenas concluyeron de cebar, encendieron una gran hoguera, y se tendieron delante de ella envueltos en sus mantas. Wilcox y Doniphan velaron por turno, a fin de alimentar la hoguera para mantener las fieras a respetable distancia.

La noche pasó sin ningún incidente, y al rayar el día todos estaban prontos a ponerse otra vez en camino, como lo hicieron sin dilación alguna.

Tenían necesidad de atravesar el río, pero como no era vadeable, echaron mano del bote. Esta débil barquilla no podía conducir más que una sola persona, así es que hubo necesidad de pasar siete veces y repasar otras tantas, lo que exigió más de una hora; pero poco importaba semejante dilación, en gracia a que ni las municiones ni las provisiones se mojaran.

Phann no quiso manifestarse cual perro comodón, y metiéndose en el agua, hizo a nado la travesía en un momento.

Pasado el río, el terreno estaba enjuto, y Gordon dirigió otra vez la expedición hacia la orilla del lago, adonde llegaron a las diez de la mañana; y después de almorzar muy bien con buenos trozos de carne de *pecari* asada, y galleta, tomaron el camino con dirección al Norte.

Nada indicaba aun que el extremo de lago estuviese próximo, pues el horizonte del Este se veía siempre cerrado por una línea circular de cielo y agua; pero a medio día Doniphan miró con el anteojo, y dijo:

-¡Ya está aquí la otra orilla! Todos se pusieron a mirar por aquel lado, y, efectivamente, las copas de los árboles comenzaban a distinguirse por aquel lado.

-No nos detengamos, replicó Gordon, y procuremos llegar antes de que anochezca.

Una árida llanura, con algunas dunas, y sembrada acá y allá de matas de juncos, se extendía hasta perderse de vista en dirección al Norte. La parte septentrional de la isla Chairmán no se componía, por lo visto, sino de anchos espacios arenosos que contrastaban con los verdes bosques del centro. El americano le dio el nombre de *Sandy-desert* (desierto de arena.)

A las tres, la orilla opuesta apareció distintamente, redondeándose a menos de dos millas al Este. Esta región parecía completamente abandonada de todo ser viviente, como no fuera algunas aves marinas que pasaban por allí para ir a refugiarse en las rocas del litoral.

En verdad que si el *Sloughi* hubiese abordado en aquel sitio, nuestros pobrecitos náufragos hubieran creído verse privados de todo recurso. En vano buscarían, en medio de aquel desierto, una morada tan abrigada como *French-den*, y al faltarles el abrigo del *schonner* no hubieran, de seguro, hallado refugio alguno.

¿Era necesario ir más adelante en la misma dirección para reconocer por completo aquella parte de la isla que parecía inhabitable? ¿No sería preferible dejar para otra vez la exploración de la orilla derecha del lago, en donde otros bosques quizás pudieran ofrecer nuevas riquezas? Indudablemente que sí; y además, para averiguar si la isla Chairmán estaba o no cerca del continente americano, había que dirigir las indagaciones por la región del Este.

Doniphan propuso, sin embargo, llegar hasta la extremidad del lago, que no debía estar lejos, toda y

vez que la dobla curva de sus orillas se acentuaba más a cada instante. Lo realizaron así, y al llegar la noche hacían alto en el fondo de una caleta, en el ángulo Norte de *Family-Lake*.

En aquel sitio no se veía ni un ángulo ni una hierba, ni siquiera musgo o líquen seco. Los faltó el combustible, y para dormir se vieron precisados a echarse sobre la arena, cubriéndose con sus mantas.

Durante aquella noche nada turbó el silencio en *Sandy-desert*.

XV

Camino que siguieron para la vuelta. -Excursión hacia Oeste. -Trulca y algarrobo. -Árbol de té. -El torrente de «Dike-creek». -Vicüñas. -Noche intranquila. -Guanacos. -Destreza de Baxter para lanzar las bolas y el lazo. -Vuelta a «French-den.»

A doscientos pasos de la caleta se alzaba una duna de unos cincuenta pies de altura, observatorio muy a propósito para que Gordon y sus compañeros pudieran echar una ojeada sobre aquella región.

A la salida del sol se apresuraron a subir hasta la cima de la duna, y desde allí dirigieron los anteojos hacia el Norte.

Si aquel desierto arenoso se prolongaba hasta el litoral, como lo indicaba el mapa, era imposible divisar su fin, pues el horizonte de mar debía encontrarse a más de doce millas al Norte y a más de siete al Sur, y en esta suposición les pareció inútil remontar más allá en la parte septentrional de la isla Chairmán.

-Entonces, preguntó Cross, ¿qué vamos a hacer ahora?

-Volvemos por donde hemos venido, respondió el americano.

-¡Pero no antes de desayunarnos! se apresuró a decir Service.

-Pon la mesa, contestó Webb.

-Puesto que tenemos que volver sobre nuestros pasos, observó Doniphan, ¿no podríamos seguir otro camino para regresar a la gruta?

-Lo ensayaremos, respondió Gordon.

-Me parece, replicó Doniphan, que si siguiéramos la orilla derecha de *Family-Lake*, nuestra exploración sería completa.

-Resultaría demasiado larga, respondió el americano. Según el mapa, tendríamos que andar treinta o cuarenta millas, y necesitaríamos siete u ocho días para ello, suponiendo que ningún obstáculo se presentara en el camino, y semejante tardanza pondría muy inquietos a los de *French-den*, y nada exige les produzcamos tal inquietud.

-Sin embargo, añadió Doniphan, tarde o temprano será necesario reconocer aquella parte de la isla.

-Sin duda, respondió Gordon, y pienso organizar una expedición con este objeto.

-Doniphan tiene razón, dijo Cross; tenemos interés en no volver por el mismo camino.

-Bien, replicó Gordon. Propongo que sigamos la orilla del lago hasta *Stop-river*, y luego marcharemos directamente hacia el acantilado, cuya base seguiremos.

-¿Y por qué volver a bajar por esa orilla? preguntó Wilcox.

-En efecto, Gordon, añadió Doniphan. ¿Por qué no vamos por lo más corto, atravesando esta llanura arenosa para llegar a los primeros árboles de *Traps-woods*, que se hallan a tres o cuatro millas, cuando más, al Sudoeste?

-Porque nos conviene, no lo dudes, atravesar *Stop-river*, respondió Gordon; estamos ciertos de que en ese camino por donde hemos andado ya, no hallaremos obstáculos, mientras que más abajo podríamos encontrar dificultad, si el río se cambiase en torrente; lo más seguro es, a mi parecer, no entrar en el bosque sino por la orilla derecha del *Stop-river*.

-¡Siempre prudente, Gordon! exclamó Doniphan, no sin una ligera ironía en el acento.

-¡Es mi deber! respondió el americano.

Y bajando la duna, se sentaron un momento en la caleta, tomaron un ligero refrigerio, arrollaron las mantas, y cogiendo sus armas echaron a andar a buen paso por el mismo camino que la víspera.

El cielo estaba magnífico, y apenas si una ligera brisa rizaba las aguas del lago; si el tiempo continuaba así siquiera durante treinta y seis horas, Gordon y sus compañeros llegarían a *French-den* al anochechar del siguiente día.

Desde las seis de la mañana a las once anduvieron sin gran cansancio las nueve millas que separaban la punta del lago, de *Stop-river*. Doniphan mató dos magníficas avutardas moñudas, de plumaje negro, con manchas amarillas en el lomo y blancas en la pechuga, proporcionándose de ese modo un

rato de buen humor a sí mismo y de satisfacción a Service, siempre pronto a preparar para el asado cualquier animalejo que cayera en sus manos, como lo hizo una hora más tarde con los cazados por Doniphan, después de atravesar otra vez el río en el *halkett-boot*.

-Henos aquí ya en el bosque, dijo Gordon, y espero que Baxter encontrará ocasión de lanzar sus lazos o sus bolas.

-El caso es que hasta ahora no han servido para nada, respondió Doniphan, quien, tratándose de caza, no apreciaba más que su carabina.

-Esto no sirve para los pájaros, replicó Baxter.

-Pájaros o cuadrúpedos, no tengo confianza en esos artefactos, dijo Doniphan.

-Ni yo, añadió Cross, siempre dispuesto a apoyar la opinión de su primo.

-Esperad siquiera a que Baxter haya tenido ocasión de servirse de ellos, antes de dar vuestro parecer, respondió el americano. Estoy cierto de que nos dará una sorpresa agradable; y no debemos olvidar que si las municiones llegan a concluírse nos, el lazo y las bolas no faltarán nunca...

-¡Antes faltaría la caza!... replicó el incorregible muchacho.

-Ya lo veremos, dijo Gordon, y mientras tanto almorzaremos.

Los preparativos necesitaron algún tiempo, porque Service quería que la avutarda estuviese muy a punto, y es menester, en efecto, más de una hora para la cocción de una de estas aves, que suelen pesar de veinticinco a treinta libras, y miden cerca de tres pies desde el pico a la cola, siendo de las mayores que constituyen la familia de las gallináceas. Una vez asada, desapareció como por encanto hasta el último trozo, pues *Phann*, a quien dieron el armazón, no dejó tampoco nada.

Concluido el almuerzo, los graves viajeros penetraron en la parte aun desconocida de *Traps-woods*, que *Stop-river* atraviesa antes de confundirse con el Pacífico.

El mapa indicaba que dicho río se inclinaba en su curso a Noroeste, dando vueltas a la extremidad del acantilado, y que su embocadura esta situada más allá del promontorio *False-Sea-point*. Fijado en esto, Gordon resolvió abandonar la ribera de *Stop-river*, porque, siguiéndola, serían llevados en una dirección completamente opuesta a *French-den*, cuando lo que él quería era llegar por el camino más

corto a las primeras rocas de *Auckland-hill*, para seguir su base bajando al Sur.

Así es que después de orientarse por medio de la brújula, el americano empezó a marchar en dirección al Oeste, por donde los árboles, siendo menos espesos que en la parte Sur de *Traps-woods*, dejaban más libre el paso por un suelo menos cubierto de brozas y malezas.

Entre los abedules y las hayas he abrían algunos claros que dejaban penetrar los rayos del sol, merced a los cuales, las flores silvestres, hermoheando la tierra y perfumando el ambiente, mezclaban sus vivos colores con el verde de los arbustos y de la alfombra de césped.

Los coquetones jovencitos cogieron algunas de esas flores y adornaron con ellas las solapas de sus chaquetas.

Gordon, por su parte, y ayudado de sus conocimientos en botánica, hizo un descubrimiento muy útil, que en más de una ocasión había de aprovechar a la pequeña colonia. Atrajo su atención un arbolito muy frondoso, de hojas poco desarrolladas, y de cuyas ramas, llenas de espigas, pendía una pequeña fruta rojiza, del tamaño de un guisante.

-¡Este árbol es el *trulca*, si no me equivoco!
exclamó. Es una fruta muy apreciada por los indios.



Mostrándose también el *plá* *cozum* *guro*, y *Herveya* *agó* *co* *insularis*.

-Si no es nociva, respondió Service, comamos,
puesto que nada cuesta.

Y antes de que el americano pudiera impedirlo,
Service se llevó a la boca dos o tres de ellas.

¡Cuántas muecas hizo! Sus compañeros reían a carcajadas al verle escupir la abundante saliva que el ácido de aquella fruta le producía.



El niño Gordon se bañaba en el río.

-¡Y tú, Gordon, que decías que esto se comía!
exclamó Service, cuando pudo hablar.

-No he dicho tal cosa, repitió el americano. Si los indios hacen gran consumo de esta fruta es para fabricar un licor que obtienen por la fermentación, y añadido que dicho licor será para nosotros un precioso recurso cuando nuestra, provisión de *brandy* se haya agotado; pero con la condición de ser parcos al servirnos de él, porque es una bebida que se sube fácilmente a la cabeza. Llevaremos un saquito de trulcas, si os parece, y haremos un ensayo en *French-den*.

-Sí, sí, las llevaremos, repitieron todos a una.

Y se pusieron a cogerlas, sin calcular lo difícil de la operación, a causa de los millares de espinas que defienden a dicha fruta; pero Baxter y Webb facilitaron la recolección haciendo caer gran cantidad de ellas en el suelo, dando ligeros golpes en las ramas.

Más allá encontraron varios algarrobos, árbol muy común en las tierras próximas a la América del Sur. Las vainas de aquel vegetal dan también, por la fermentación, un licor muy fuerte. Esta vez, Service se abstuvo de probar nada, e hizo bien, porque aquella fruta azucarada produce en la boca una sequedad bastante penosa, no pudiéndose mascar impunemente sus semillas.

Otro descubrimiento de no menor importancia se verificó por la tarde, un cuarto de milla antes de llegar a *Auckland-hill*. El aspecto del bosque se había modificado bastante; con el aire y el calor los vegetales se desarrollaban de un modo portentoso, los árboles desplegaban sus ramas a sesenta u ochenta pies de altura, cubiertos de nacientes hojas, y millares de pájaros de todos colores gorjeaban en ellas. Entre aquellos árboles se destacaba el haya antártica, que conserva en toda estación su tierno verdor, y un popo menos elevados, pero magníficos también, los *winthers*, cuya corteza tiene el mismo sabor que la canela, cosa que agradó mucho a Service. Gordon reconoció también, entre todos aquellos vegetales, el *pernettia*, árbol de té, que crece hasta en las más altas latitudes, y cuyas aromáticas hojas ofrecen en infusión, una habida muy saludable.

-He aquí una cosa que podrá reemplazar nuestra provisión de té, dijo Gordon. Cojamos algunos puñados de hojas, y más tarde haremos acopio para el invierno.

Eran las cuatro, poco más o menos, cuando nuestros exploradores llegaron casi al extremo Norte de *Auckland-hill*. Por aquel sitio, aunque el acantilado pareciese menos alto que en los alrededores de la

gruta, era imposible ascender a él, pues las rocas estaban en sentido perpendicular; mas poco importaba eso, puesto que no se trataba sino de seguir su base, dirigiéndose hacia el río *Zealand*.

Dos millas más allá oyeron el murmullo de un torrente que corría por un estrecho desfiladero, y que les fue fácil vadear.

-Este debe ser el río que descubrimos en nuestra primera expedición al lago, dijo Doniphan.

-¿El que tenía la calzada de piedras? preguntó Gordon.

-El mismo, contestó Doniphan, y por este motivo le llamamos *Dike-creek*.

-Pues bien, acampemos en su orilla derecha, repuso el americano. Son cerca de las cinco, y ya que tenemos que pasar todavía una noche al aire libre, más vale que sea aquí, al abrigo de estos árboles. Mañana por la noche espero que dormiremos en nuestras camas.

Service se ocupó de la comida, para la que tenía en reserva la segunda avutarda: la asó y la sirvió a sus compañeros. ¡Asado, siempre asado! Pero hubiera sido una injusticia echárselo en cara a Service, que no tenía medios de variar la manera de guisar los alimentos.

Mientras tanto se comía, Gordon y Baxter se habían internado otra vez en el bosque, buscando aquel nuevos arbustos y plantas, y éste la ocasión de utilizar su lazo y sus bolas, aunque no fuese más que para poner término a las burlas de Doniphan. Ambos habían anclado apenas un centenar de pasos en la espesura, cuando Gordon, llamando a Baxter con una seña, le enseñó un grupo de animales retozando en la hierba.

-¡Son cabras! dijo Baxter en voz baja.

-O a lo menos se les parecen mucho, respondió el americano; procuremos cogerlas...

-¿Vivas?

-Sí, Baxter, vivas, repuso su compañero; es una felicidad que Doniphan no nos haya seguido, porque hubiera matado una, y las demás hubiesen huido. ¡Acerquémonos despacio, a fin de que no nos sientan llegar!

Aquellos graciosos animales no se habían asustado aun. Sin embargo, una de aquellas cabras, madre sin duda, olfateaba el aire, pronta a marcharse con su rebaño a la primera seña de alarma. De repente, se dejó oír una especie de silbido, y las bolas acababan de escaparse de las manos de Baxter, distante unos veinte pasos del grupo de animales.

Diestra y vigorosamente lanzadas, se enredaron alrededor del cuello de una cabra, mientras que las demás desaparecían entre los árboles.

Gordon y Baxter corrieron hacia el rumiante, que procuraba desembarazarse de las bolas, y la ataron, imposibilitándole para huir; cogieron también, dos cabritos, que el instinto había detenido al lado de su madre.

-¡Hurra! exclamó Baxter, embargado por la alegría. ¡Hurra! Pero, dime: ¿son cabras?

-No, respondió Gordon. Me parece más bien que son vicuñas.

-¿Y estos animales dan leche?

-¡Ya lo creo!

-Pues en ese caso, ¡vivan las vicuñas!

Gordon no se equivocaba. Las vicuñas se parecen a las cabras, sólo que sus patas son más largas, su pelo corto y fino como la seda, y su cabeza pequeña y desprovista de cuernos. Estos animales frecuentan principalmente las Pampas de América, y también los terrenos del estrecho de Magallanes.

Es fácil adivinar la acogida que sus compañeros harían a Baxter y al americano cuando volvieran al campamento, el uno tirando de la madre con las cuerdas de las bolas, y el otro con un cabrito debajo

de cada brazo. Puesto que su madre les daba aun de mamar, era fácil criarlos sin demasiado trabajo, y ¡quién sabe si esto sería el núcleo de un futuro rebaño, muy conveniente para la colonia! Doniphan sintió mucho no haber podido tirar a alguna de aquellas piezas; pero tuvo que contesar que, para cogerlas vivas, las bolas valían más que las escopetas.

Comieron, o más bien cenaron, alegremente. La vicuña, atada a un árbol, se puso a pacer, mientras sus pequeñuelos saltaban alrededor de ella.

La noche no fue tan tranquila como lo había sido en la llanura de *Sandy-desert*. Esta parte del bosque era visitada por animales más temibles que los chacales, y cuyos gritos participaban a la vez del aullido y del ladrido. A las tres de la mañana la alarma fue grande, porque esta vez eran verdaderos rugidos los que se oían.

Doniphan, de guardia al lado del fuego, con su escopeta en la mano, no había creído necesario todavía despertar a sus compañeros; pero aquellos rugidos se hicieron tan violentos, que Gordon y los demás se despertaron.

-¡Qué sucede? preguntó Wilcox.

-Debe de ser una manada de fieras que ronda por aquí, dijo Doniphan.

-Serán jaguares o conguares, respondió el americano.

-Unos y otros se parecen mucho.

-No del todo, Doniphan; el conguar es menos peligroso que el jaguar. Pero cuando van en manadas, son carnívoros muy temibles.

-Estamos prontos a recibirlos, replicó Doniphan.

Y sin esperar respuesta, se puso a la defensiva, mientras sus compañeros se armaban con los revólvers.

-No tiréis hasta que estéis muy seguros de dar en el blanco, aunque creo que la hoguera impedirá que esos animales se acerquen aquí...

-¡No están lejos! exclamó Cross.

En efecto, cerca debían andar, a juzgar por la inquietud de *Phann*, a quien detenía su amo con mucho trabajo. Pero la oscuridad no permitía distinguir absolutamente nada en el interior del bosque.

Sin duda aquellas fieras tenían por costumbre venir a beber de noche en el arroyuelo, y encontrando el sitio ocupado, demostraban su desagrado por formidables rugidos. ¿Se contentarían

con esto, o sería preciso rechazar una agresión cuyas consecuencias podían ser funestas?

De repente, a unos veinte pasos, se divisaron bultos que se movían, y Doniphan disparó su arma, después de lo cual se oyeron rugidos más violentos. Los viajeros entonces, con los revólvers empuñados, estaban prontos a hacer fuego, si las fieras se precipitaban sobre el campamento.

Baxter cogió una rama encendida, y la lanzó vigorosamente del lado en que no veían ya unos ojos relucientes como carbones encendidos.

Un instante después, aquellos animales, uno de los cuales debió ser herido por Doniphan, abandonaron el sitio, perdiéndose en las profundidades del bosque.

-¡Ya se marcharon! exclamó Cross.

-¡Buen viaje! añadió Service.

-¿Y no pueden volver? preguntó Cross.

-No es probable, respondió Gordon; pero es prudente que velemos hasta que sea de día.

Pusieron más leña en la hoguera, cuya viva llama fue alimentada hasta las primeras luces del alba, a cuya hora levantaron el campamento y se internaron en la espesura para ver si alguna de aquellas fieras había muerto del tiro.

A unos veinte pasos el suelo estaba impregnado de sangre, y hubiera sido muy fácil encontrar a aquel animal, con la ayuda de *Phann*, si Gordon no hubiera juzgado inútil aventurarse en lo interior del bosque. Así es que no pudieron saber si aquellas fieras eran jaguares, conguares u otros carnívoros no menos peligrosos; pero lo importante era que todos estuviesen sanos y salvos.

Puestos nuestros expedicionarios de nuevo en marcha a las seis de la mañana, no tenían tiempo que desperdiciar si querían recorrer en el día las nueva millas que a *Dike-creek* separaban de *French-den*.

Service y Webb se encargaron de llevar las pequeñas vicuñas, y la madre no se hizo de rogar para seguir a Baxter, que la llevaba atada.

El camino, al pie de *Auckland-hill*, era poco variado. A la izquierda se extendía, cual verde cortina formada por la frondosidad de los árboles, tan pronto apiñados hasta no ser fácil penetrar, como menos espesos y dejando algunos claros. A la derecha, una muralla perpendicular, cuya altura crecía a medida que oblicuaba al Sur.



El guiso sobre un árbol a las once.

A las once almorzaron, y para no perder tiempo, comieron los fiambres que llevaban consigo, poniéndose en seguida en camino, andando con mucha rapidez, y parecía que nada vendría a retrasar su marcha, cuando a eso de las tres un tiro sonó debajo de los árboles.

Doniphan, Webb y Cross, acompañados por *Phann*, se encontraban a un centenar de pasos más adelante; sus compañeros no podían verlos ya, pero oyeron estos gritos:

-¡Alerta... compañeros, alerta! Estas voces tenían por objeto avisar a Gordon, a Wilcox, a Baxter y a Service para que estuviesen con cuidado.

De repente un animal de gran talla apareció en la espesura.

Baxter, que acababa de enarbolarse el lazo, lo lanzó, después de haberle dado vueltas por encima de su cabeza; y lo hizo con tanta destreza, que el nudo corredizo de la larga correa se arrolló al cuello del cuadrúpedo, que procuraba en vano desembarazarse de él; mas como era en extremo vigoroso, hubiera arrastrado a Baxter, si Gordon, Wilcox y Service no hubiesen cogido el otro extremo del lazo, que ataron al tronco de un corpulento árbol.

Casi en seguida, Webb y Cross salían del bosque, seguidos por Doniphan, que exclamó con tono de mal humor:

-¡Maldito animal!... ¡No sé cómo he errado el tiro!

-Baxter no ha errado, compañero, respondióle Service; y aquí le tenemos, vivo y muy vivo.

-¡Qué importa, si tendremos que matarlo! replicó Doniphan.

-¡Matarlo! repuso Gordon. ¡Matarlo, cuando tan a propósito nos viene para el tiro!

-¡Esto! exclamó Service.

-Es un guanaco, respondió Gordon, y estos animales se estiman mucho en las cuadras de la América del Sur.

Por útil que pudiera ser ese guanaco, Doniphan sintió mucho no haberle matado; pero se guardó muy bien de dar a conocer su pensamiento, y se acercó para examinar de cerca aquella hermosa muestra de la fauna chairmaniana.

Aunque la Historia natural clasifique al guanaco en la familia de los camellos, no se parece en nada al animal de este nombre, tan común, en el Africa Septentrional. El guanaco, con su largo cuello, su fina cabeza, aun piernas largas y delgadas, señal de agilidad, y su piel aleonada con manchas blancas, no era inferior a los más hermosos caballos de raza americana. Seguramente que podrían emplearle en rápidas carreras, amansándolo primero y

amaestrándolo después, como se hace, según dicen, en las granjas de la Pampas argentinas.

Además, este animal es bastante tímido, y cuando Baxter aflojó el nudo corredizo, que casi la estrangulaba, no dio señales de querer escaparse, y fue fácil conducirla atada con la cuerda del lazo, cual si fuese una brida.

Decididamente aquella excursión al Norte de *Family-Lake* iba a ser provechosa para la colonia. El guanaco, la vicuña y sus cachorritos, el descubrimiento del árbol de té, de las trulcas y del algarrobo, merecían que se hiciera una buena acogida a Gordon, y sobre todo a Baxter, que no teniendo nada de vanidoso, como Doniphan, no se enorgullecía por sus triunfos.

El americano estaba contentísimo viendo que el lazo y las bolas prestaban grandes servicios. Es verdad que Doniphan era un excelente tirador, con quien se podía contar; pero su destreza costaba siempre algunas cargas de pólvora y de plomo.

Gordon se propuso alentar a sus compañeros para que se amaestrasen en el ejercicio en que Baxter era ya profesor, y cuyo ejercicio utilizan los indios con mucha ventaja.

Según el mapa, quedaban aun cuatro millas que recorrer antes de llegar a *French-den*, y nuestros jóvenes se apresuraron para llegar antes del anochecer.

No le faltaban ganas a Service de montar sobre el guanaco con el fin de hacer su entrada triunfal en aquella magnífica montura; pero Gordon no quiso permitirlo, por no estar amansado aun, cual convenía para servirse de él.

-Supongo que cuando lo domesticemos no nos dará muchas coces, dijo; y en el caso, poco probable, de que no quisiera dejarse montar, será preciso, por lo menos, que tire del carro. ¡Paciencia, pues, Service, y no olvides la lección que recibiste del avestruz!

A las seis divisaron *French-den*.

El pequeño Costar, que jugaba en *Sport-terrace*, dio la noticia de la llegada de sus compañeros. Briant, seguido de los demás, aceleró el paso hasta unirse con los que esperaban, quienes con alegres ¡hurras! acogieron la vuelta de los exploradores, después de algunos días de ausencia.